Fray Mocho

Revista Semanal



Nº. 865

COMPAÑIA DE NAVEGACION *LLOYD BRASILEIRO* S. A.

La C. N. Lloyd Brasileiro, con una flota superior a la de todos los países de la América Latina reunidas, desplazando más de 500 mil toneladas, con una administración perfecta y honesta, sirve, no solo a todos los puertos del Brasil, sino también a los de Europa, América del Norte y las Repúblicas del Plata. Hay actualmente en servicio más de noventa navíos, algunos de los cuales detallamos a continuación:

Nombre	*Tonelaje*	*Nombre*	*Tonelaje*
Alm. Alexandrino	6.850	Joaseiro	5.980
Affonso Penna	4.120	Joao Alfredo	1.380
Alegrete	7.670	Juncal	166
Alm. Saldanha	3.055	Javary	830
Amazonas	2.300	Lages	8.150
Aracajú	6.540	Macapá	3.560
Atalaya	8.680	Manáos	12.270
Ayuruoca	11.350	Mandú	11.460
Alm. Jaceguay	6.080	Mantiqueira	2.450
Aspirante Nascimento	610	Maranguape	4.506
Argentina	1.310	Miranda	1.131
Bagé	8.540	Murtinho	1.131
Borborema	2.615	Oyapock	830
Baependy	6.310	Pedro I	3.970
Barbacena	7.900	Pedro II	3.840
Bocaina	2.450	Pará	2.510
Campos Salles	6.250	Purús	6.130
Cahy	304	Parnahyba	11.200
Camamú	8.120	Poconé	7.850
Comm. Severino	2.490	Prudente de Moraes	4.250
Comm. Ripper	2.480	Pyrineos	2.410
Comm. Alcide	1.150	Presidente Wenceslau	610
Comm. Alvim	1.040	Paraguay	1.310
Comm. Capela	1.150	Río Grande	162
Cabedelo	6.520	Rodrigues Alves	3.089
Comm. Vasconcellos	1.170	Ruy Barbosa	11.780
Cubatao	2.615	Raul Soares	6.950
Curityba	5.100	Sabará	6.220
Cantuaria Guimaraes	7.150	Santarem	7.860
Caxambú	8.140	Santos	6.360
Campos	6.370	Sergipe	6.520
Cuyabá	7.180	Tabatinga	1.300
Duque de Caxias	8.810	Tapajós	6.180
Diamantina	550	Tocantins	6.430
Guajará	2.151	Taubaté	7.260
Guaratuba	5.350	Ubá	8.060
Goyaz	3.510	Una	1.510
Ipiapaba	2.615	Urú	7.070
Iguassú	6.540	Uno	1.500
Ingá	6.730	Ucá	2.120
Jaboatao	7.550	Uruguay	1.310

ESTOS NAVIOS HACEN LOS SIGUIENTES RECORRIDOS:

LINEAS DE PASAJEROS

1) Línea a Europa. — Tres viajes de ida y vuelta mensuales entre Santos y Hamburgo, con escalas en Río de Janeiro, San Salvador, Recife, Leixoes y el Havre;

2) Línea Norte - Sud. — Tres viajes de ida y vuelta mensuales entre Manáos y Montevideo, con escalas en Itacoatiára, Obidos, Santarem, Belém, Fortaleza, Recife, San Salvador, Victoria, Río de Janeiro Santos, Paranaguá, San Francisco y Río Grande;

3) Línea del Norte. — Un viaje de ida y vuelta semanal entre Río de Janeiro y Belem, con escalas en San Salvador, Maceió, Recife, Cabedello, Natal, Fortaleza y San Luis, y hace escalas en Tutoya, en uno de los viajes semanales;

4) Línea del Sud. — Un viaje de ida y vuelta semanal entre Río de Janeiro y Porto Alegre, con escalas en Santos, Paranaguá, Florianópolis, Río Grande y Pelotas;

5) Línea de Sergipe. — Un viaje de ida y vuelta mensual entre Río de Janeiro y Penedo, con escalas en Victoria, Ilhéos, San Salvador y Aracaju;

6) Línea de Laguna. — Un viaje de ida y vuelta mensual entre Río de Janeiro y Laguna con escalas en Angra dos Reis, Ubatuba, Caraguatatuba, Villa Bella, Santos, San Francisco, Itajahy y Florianópolis.

7) Línea da Lagoa Mirim. — Dos viajes de ida y vuelta mensuales entre Columbá y Montevideo con escalas en Porto Esperanza, Forte Coimbra, Barranco Branco, Porto Murtinho, Asunción y Rosario.

LINEAS DE CARGAS

1) Línea de Liverpol. — Un viaje de ida y vuelta mensual entre Río de Janeiro y Liverpool, con las escalas intermediarias convenientes;

2) Línea de Nueva York. — Dos viajes de ida y vuelta mensuales entre Santos y Nueva York, con las escalas intermedias convenientes;

3) Línea de Nueva Orleans. — Dos viajes de ida y vuelta entre Santos y Nueva Orleans, con las escalas intermediarias convenientes;

4) Línea de Tutoya. — Un viaje de ida y vuelta mensual entre Río de Janeiro y Tutoya, con escalas en San Salvador, Maceio, Recife, Cabadello, Natal, Aracaty, Fortaleza, Camocim y Amarracao;

5) Línea de Sergipe. — Un viaje de ida y vuelta mensual entre Río de Janeiro y Pinedo, con escalas en Victoria, Ilhéos San Salvador y Aracajú;

6) Línea de Laguna. — Un viaje de ida y vuelta mensual entre Río de Janeiro y Laguna, con escalas en Santos, San Francisco, Itajahy y Florianópolis;

7) Línea Recife. — Porto Alegre. — Dos viajes de ida y vuelta mensuales entre Recife y Porto Alegre, con escalas en Maceló, San Salvador, Río de Janeiro, Paranaguá, San Francisco, Río Grande y Pelotas;

8) Línea del Río de la Plata — Un viaje de ida y vuelta mensual entre Río de Janeiro y Buenos Aires al Rosario, con escalas en Santos, Paranaguá, San Francisco, Floriniápolis y Río Grande.

Tomando como base de referencias el informe oficial del año 1926, verificamos que el número de millas navegadas por los vapores de esta importante Compañía fué de 2.150.013.

En el mismo período fueron transportados 71.008 pasajeros de primera clase, 6.648 de segunda, 79.552 de tercera. Durante el mismo tiempo la carga transportada ascendió a 21.117.121 volúmenes con un peso de 1.189.569.418 kilos, siendo transportados 1.493 animales y 93.307 maletas postales. La Cía. consumió durante el referido año 406.677.463 kilos de carbón de piedra, 602.900 kilos de leña, 581.430 kilos de lubrificante y 55.164 kilos de estopa.

Por estas rápidas notas que publicamos, demuéstrase la importancia de los servicios prestados por esa compañía brasileña, que se esfuerza, cada vez más, por perfeccionarles a fin de corresponder a las necesidades de los países de América.

Actualmente la Administración del Lloyd está compuesta por un Directorio de tres miembros, cuyo Director Presidente es el Dr. Demósthenes Rockert, Director Comercial Señor Amantino Camara, Director Técnico Comandante Raúl Romeo Braga. Además cuenta con el doctor Osvaldo Paixao como secretario. El Dr. Paixao es un destacado periodista y escritor, autor de valiosas obras que le consagran ampliamente.

El actual Directorio siguiendo ventajosamente el programa de las administraciones anteriores, no omite esfuerzos para dar mayor impulso a esta Empresa, verdadero orgullo, no solo del Brasil, sino del continente americano.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 | Dirección, Redacción y Administración CERRITO 607

Año XVII | Buenos Aires, noviembre 20 de 1928 | N. 865

¡BRASIL!

Brasil, la tierra cálida y florida, llega al nuevo glorioso aniversario de su Independencia republicana. Elevamos las palmas de nuestro homenaje y la fe de nuestro entusiasmo hacia la grande patria hermana que cumple su destino de libertad, en medio de la admiración de todos los pueblos del mundo y fortalecida por el prestigio de sus instituciones, la inteligencia y el espíritu de trabajo de sus hijos y la prodigalidad generosa con que la naturaleza se entregó a su suelo.

Brasil está unido perdurablemente al recuerdo de nuestra historia por perdurables lazos de sacrificio. El amor, el dolor y la esperanza salvaron todas las dificultades de la primera hora, cuando aún los pueblos no se habían reconocido en su identidad filial, afianzando esta inconmovible base de afectos recíprocos sobre la cual descansa el porvenir de la común grandeza. La tierra de los estados ilimitados, densos de riqueza; la tierra del Amazonas, ancho y limpio en su formidable correntada de aguas vívidas que reflejan las alturas del cielo del trópico; la tierra de los cafetales inmensos, del caucho, del cacao, de las pieles finísimas, de los cueros, del manganeso, del oro y del diamante; la tierra de los loros de brillantes plumajes, de las mariposas luminosas, del armadillo y el tapir; la tierra de las bahías abiertas como abrazos a las flotillas mercantiles de todos los pueblos del mundo; Brasil, la tierra selvática y pura, de las mil ochocientas clases de peces varios, de la fauna y de la flora paradisíaca que Ramalho y Cousin entrevieran en sus fabulosos viajes a través de las zonas desconocidas del mar antiguo; Brasil, el mundo descubierto y conquistado por la osadía homérica de Pedro Alvares Cabral, Brasil, la patria hermana, está en el aniversario del **15** *de Noviembre de* **1891**.

Desde la proclamación inmortal del Grito de Ipiranga, hasta el definitivo alarde republicano de Deodoro Da Fonseca, y el esplendor insigne de sus días actuales, Brasil siguió progresivamente el vasto camino de desarrollo institucional, económico y espiritual que lo hace el pueblo de primera fila en la civilización.

Estuvo en sus manos alcanzar la plenitud de su destino de nacionalidad libre, y supo, por cierto, mantenerse digno de la confianza que sus patricios depositaran en él. Por eso la fecha del Brasil será festejada en el alborozo de nuestros pechos. Por eso el **15** *de Noviembre exalta el júbilo total de que nos sentimos embargados. Brasil, la heroica patria del Atlántico, hermana verdadera en la gloria pasada y en la gloria futura, arrebata esta profunda y sincera fé de entusiasmo con que conmemoramos su efemérides. La sabiduría política de sus hombres de gobierno, desde el Rey D. Pedro hasta su magistrado de ahora, el eminente ciudadano D. Wáshington Luis Pereira de Souza, cultivó el espíritu de consorcio y simpatía que rodea a la nación carioca y que adquiere su exponente magnífico en estos momentos de expansión fraternal.*

El **15** *de Noviembre pertenece de hecho a los grandes aniversarios de la humanidad. Representa, con el grito de Ipiranga, el anuncio de una patria libre que surgió a la faz del mundo para realizar sus altos destinos y dar cima en sus fronteras, entre sus hijos, a los ideales superiores que forman el patrimonio común. Brasil es tierra de paz y de trabajo, de esfuerzo sano guiado hacia la consecución de los más nobles fines. Tiene una tradición ejemplar, bella por los numerosos espectáculos de heroismo, de sacrificio y de integridad moral que brinda a la curiosidad inteligente de todos los pueblos libres. De ahí que la celebración de su fecha ponga una nota resonante en todos los corazones.*

El **15** *de Noviembre está grabado con indelebles caracteres en nuestro sentimiento de cordial admiración. Es día para reafirmar la fé en el pueblo grande que en las ciencias, en las artes y en la voluntad dió a la civilización elevados exponentes de genio. Por los imperecederos lazos de afecto, de compenetración y entendimiento mútuo, de paralelo avance en los caminos del progreso y de la democracia, Brasil recogerá hoy en su antena vigilante la onda de entusiasta adhesión que parte de nuestro sentimiento de argentinos.*

LOS CUATRO

Por A. Christie

Poirot y yo acostumbrábamos a almorzar en un pequeño restaurant del Soho. Estábamos allí una noche, cuando entró un viejo amigo común. Era el inspector Japp, y como había suficiente lugar en nuestra mesa, tomó asiento junto a nosotros.

—Hace mucho que no viene usted a casa—dijo Poirot en tono de reproche.

—He estado en el Norte del país, por eso no he venido a verle. ¿Cómo van sus asuntos? ¿Los Cuatro se mantienen fuertes aún?

Poirot le amenazó con el dedo.

—Se burla usted de mí, pero Los Cuatro existen...

—Oh, no lo dudo. Pero no son los más terribles criminales del mundo, como usted los presenta.

—Amigo mío, se equivoca usted de medio a medio. El más grande poder maléfico del mundo es precisamente esta organización. No sé todavía qué es lo que pretenden en definitiva, pero le aseguro que no se ha formado todavía en el mundo un conjunto de criminales tan poderoso como éste. El cerebro más perfecto de la China a su cabeza; un gran millonario norteamericano y una sabia francesa como miembros; en cuanto al Número Cuatro...

Japp interrumpió:

—Sí, sí; ya le conozco. Eso se ha convertido en su pequeña manía, Poirot. Cambiemos de tema, si le parece. ¿Le interesa el ajedrez? ¿Juega usted algunas veces?

—Solía jugarlo.

—¿Se ha enterado del curioso suceso de ayer? Durante un partido de ajedrez entre dos campeones mundiales, falleció uno de ellos.

—He leído algo de eso en los diarios. El doctor Savaronoff, uno de los participantes, se enfrentó con el joven y brillante jugador norteamericano Gilmour Wilson. Este último sucumbió ante un fulminante ataque al corazón.

—Así sucedió, en efecto. Savaronoff hace un tiempo venció a Rubinstein y conquistó el título de campeón de Rusia. Wilson tiene fama de ser un segundo Capablanca.

—Ciertamente, algo muy curioso—dijo Poirot.—Si no me equivoco tiene usted mucho interés en el asunto.

Japp rió con embarazo.

—Ha acertado usted, Poirot. Eso me intriga sumamente. Wilson era sano y fuerte como un toro y su corazón no tenía nada de débil. Su muerte es completamente inexplicable.

—¿Sospecha usted que el doctor Savaronoff ha intervenido en el asunto? — exclamé asombrado.

—Nada de eso—repuso Japp—. No creo que haya en el mundo una persona capaz de asesinar a un semejante sólo por no perder una partida de ajedrez. Además, creo que el zapato aprieta precisamente del otro lado. El doctor es considerado como un jugador magistral, sólo inferior a Lasker.

Poirot asintió pensativamente.

—Entonces, ¿cuál es su pequeña idea? ¿Hay algún motivo para sospechar que fué envenenado? Porque estoy seguro que es esto lo que usted sospecha.

—Naturalmente. Ataque al corazón significa que el corazón deja de latir. Eso es lo que le dice a usted oficialmente el médico al examinar el cuerpo; pero, a solas ya, insinúa que aquello no le satisface.

—¿Cuándo tendrá lugar la autopsia?

—Hoy de noche. La muerte de Wilson fué extraordinariamente rápida. Parecía en uso normal de todas sus facultades y estaba moviendo una de sus piezas cuando cayó hacia adelante bruscamente, muerto.

—Hay pocos venenos que puedan actuar de esa manera instantánea.

—Lo sé. La autopsia nos aclarará un poco estas cosas. Pero, ¿para qué suprimir a Wilson? Eso es lo que quisiera saber. Era un muchacho excelente y aparentemente carecía de enemigos.

—Parece increíble—musité yo.

—No tanto—afirmó Poirot sonriendo.—Veo que Japp tiene su teoría.

—Es cierto. Y es ésta: que no creo que el veneno, suponiendo que existe, haya sido destinado para Wilson, sino para su contrincante.

—Denos razones, Japp. No nos conformamos con afirmaciones.

—Bueno. Savoronoff cayó prisionero de los bolsheviques cuando estalló la revolución. Se le dió por muerto, pero en realidad logró escapar, y vivió durante tres años en las salvajes estepas de Siberia, en medio de terribles sufrimientos y penalidades. Tanto, que es ahora un hombre completamente desconocido. Sus parientes y amigos declaran que no lo hubieran reconocido nunca. Tiene el cabello completamente blanco y su aspecto es el de un hombre terriblemente viejo. Es semi-inválido y rara vez sale de su casa. Vive con una sobrina suya, Sonia Daviloff, y un sirviente ruso, en un piso de Westminster. Es posible que crea que es todavía un hombre "marcado" por los revolucionarios, y seguramente por eso no quiso concertar el match de ajedrez. Rehusó varias veces terminantemente, y fué sólo cuando los diarios comenzaron a ocuparse de "aquella extraña y poco caballerosa negativa" que se decidió a aceptar. Ahora bien; yo le planteo esta pregunta, Poirot: ¿por qué esa repugnancia a aceptar el desafío? Yo contesto que lo hizo porque no quería atraer la atención de sus enemigos sobre sí. Esta es mi solución al misterio. El pobre Wilson recibió por carambola lo que estaba destinado a Savaronoff.

—¿Hay alguien que pueda sacar algún provecho de la muerte del doctor?

—Su sobrina. El ruso ha entrado recientemente en posesión de una inmensa fortuna, que le legó madame Gospoja. Se conocían íntimamente, al parecer, y ella se negó terminantemente a creer en su muerte.

—¿Dónde se llevó a cabo el match?

—En el departamento de Savoronoff. Es un inválido, como creo haberle dicho ya.

—¿Había mucha gente presenciando la partida?

—Por lo menos media docena de personas. Probablementne más.

Poirot hizo una mueca expresiva.

—Mi pobre Japp; su tarea no me parece muy fácil que digamos.

—Veo que se está usted interesando en el asunto, Poirot — repuso Japp guiñándome un ojo.— ¿Tiene interés en venir conmigo a la Morgue para examinar el cuerpo del pobre Wilson antes que el médico lo tome por su cuenta?

—Querido Japp, no tengo ningún inconveniente.

x x x

Era fácil ver que la atención de Poirot estaba completamente cautivada por aquel nuevo problema. Por mi parte sentí una pena muy profunda al observar el cuerpo inerte y la cara convulsa del desgraciado joven norteamericano, que había encontrado la muerte en una forma tan extraña. Poirot lo examinó atentamente. No había señal alguna en todo el cuerpo, a excepción de una pequeña línea obscura sobre la mano izquierda.

—El médico dice que es una quemadura, y no un rasguño o un tajito—explicó Japp cuando Poirot comenzó a examinarla.

La tención de Poirot se sintió atraída por el contenido de los bolsillos del muerto. Había un pañuelo, llaves, un librito de notas y algunas cartas sin importancia. Pero un objeto llamó poderosamente la atención del detective y, por ende, la mía.

—¡Una pieza de ajedrez!— exclamó.—Un alfil blanco. ¿Estaba en su bolsillo?

—No; lo empuñaba en la mano y tuvimos mucha dificultad en sacárselo de entre los dedos. Habrá que devolvérselo al doctor Savaronoff. Forma parte de un espléndido juego de marfil con incrustaciones.

—Permítame que se lo devuelva yo. Esta será mi excusa para ir allá.

—¡Ajá!—exclamó Japp.— ¿Así que quiere encargarse de la investigación?

—Confieso que usted ha despertado grandemente mi interés por el asunto.

Poirot se volvió nuevamente hacia el cadáver.

—¿No tiene ningún otro detalle para darme respecto a Wilson?

—Creo que no.

—¿No era zurdo?

—En efecto — admitió Japp asombrado.—¿Cómo se ha dado cuenta? Pero es un detalle que no tiene ninguna importancia en ese caso.

EL POETA CIEGO

El bien y el mal te han hecho merced de un gesto digno
de la clara oración y del sutil veneno:
tu sonrisa de fauno lujurioso y maligno
y el dolor de tu pálido rostro de nazareno.

Te ha cegado los ojos visionarios Saturno,
deshojando en la sombra tus pupilas marchitas,
y así vagan tus sueños por su parque nocturno,
lleno de una fragante pasión de margaritas.

Porque tus ojos se abren humildes como en ellas
se rasga el corazón en las noches lunarias,
mientras salen al campo florido las estrellas
temblando en las azules estepas solitarias.

Cuando te arroja el sol sobre el rostro cansado
a puñados la luz y en los ojos te escarba,
sonríes como un dulce abuelo ilusionado
a quien pasase un niño las manos por la barba.

Pero la clara alondra no vuela en tu pensil
cuando ruge en tu carne la pantera sensual.
Yo he visto encabritarse tu sereno perfil
con el ávido gesto lujurioso de Pan.

Y así tu alma medita y tu ensueño se pierde
por las rubias arenas y los suaves senderos,
ante ese mar latino violeta, azul o verde,
y un bosque de naranjos y claros limoneros.

Poeta, yo te estrecho las manos. Que la venda
que ciega tus pupilas, sueñe un claro cristal.
Que una reina te bese los ojos y te prenda
una triunfante rosa de Abril en el ojal.

José MARTINEZ JEREZ.

—Posiblemente sea así como usted dice—convino Poirot pensativamente.

x x x

A la mañana siguiente nos dirigimos ambos a casa del doctor Savaronoff.

—Sonia Daviloff—insinué yo, —Es un bonito nombre, a fe mía.

Poirot se detuvo en seco y me miró con compasión.

—¡Siempre en busca de una novela! Eres incorregible. Y te vendría muy bien que esta Sonia Daviloff resultara ser nuestra amiga y enemiga la condesa Vera Rossakoff.

—Bueno, bueno, Poirot. No creo que sospeches que esto es también...

—No, Hastings. Fué una broma nada más.

—La puerta de la casa nos fué abierta por un sirviente, cuya cara parecía más bien una tabla rasa de madera que una expresión humana. Poirot presentó una tarjeta en que Japp había garabateado unas palabras de introducción, y se nos hizo pasar a una pieza baja y muy amplia, lujosamente adornada.

Mientras yo examinaba uno de los íkonos que prestaban un aspecto exótico a la sala, se puso de rodillas sobre la alfombra para observarla más de cerca.

—Por bonita que sea la alfombra, no creo que merezca esa atención.

—¿Eh? Ah, la alfombra. Pero te equivocas, Hastings; no es eso lo que me preocupaba. Pero de cualquier manera es un ejemplar demasiado bello para que se le arruine atravesándolo con un gran clavo. El clavo ya no está aquí, pero sí el agujero que ha dejado.

Un ruido detrás de nosotros me hizo girar rápidamente, mientras Poirot se ponía ligeramente de pie, Una muchacha nos observaba desde el umbral con los ojos llenos de sospechas. Era de mediana estatura, bastante bonita, aunque su cara parecía malhumorada.

—Temo que mi tío no pueda atenderles; no se siente bien—dijo secamente.

—Es una lástima; pero puede ser que usted nos pueda ayudar en vez de él. Es usted mademoiselle Daviloff, ¿no es así?

—Sí, soy Sonia Daviloff. ¿Qué desean ustedes?

—Estoy haciendo algunas investigaciones referentes al triste asunto de anteanoche: la muerte del señor Gilmour Wilson. ¿Qué puede usted decirme de eso?

Los ojos de la muchacha se abrieron sorprendidos.

—Murió de un ataque al corazón, mientras jugaba al ajedrez con mi tío.

—La policía no está tan segura de que haya sido un ataque al corazón.

—¡Era entonces verdad!— exclamó la muchacha haciendo un gesto de terror.

—¿Qué es lo que era verdad, mademoiselle, y quién se lo dijo?

—Ivan, que es el sirviente que les ha abierto la puerta, me ha dicho que él no cree que Gilmour Wilson haya muerto de un ataque al corazónn. Según él, ha sido envenenado por una desgraciada equivocación.

—¿Por equivocación?

—Sí; el venenno estaba destinado para mi tío.—La muchacha parecía haber olvidado toda su desconfianza y hablaba flúidamente.

—¿Por qué dice usted eso mademoiselle? ¿Quién tenía intenciones de envenenar al doctor Savaranoff? Le ruego que se exprese en forma más explícita.

Ella movió la cabeza negativamente.

—No lo sé. Y mi tío no me lo confiaría nunca. Eso es por otra parte, muy natural, puesto que apenas me conoce. Me conoció cuando era yo una niña, y desde entonces no me vió hasta hace unos meses, cuando llegó a Londres. Pero de algo estoy segura, y es que mi tío teme algo. Hay muchas sociedades secretas en la Rusia de ahora, y una vez sorprendí una parte de una conversación que me hizo pensar que es seguramente a una de esas sociedades que teme mi tío. Dígame, monsieur —agregó acercándose y bajando prudentemente la voz—¿ha oído usted hablar alguna vez de una sociedad llamada Los Cuatro?

Poirot casi saltó, lleno de estupefacción, y sus ojos se abrieron extraordinariamente.

—¿Qué es lo que usted.... qué es lo que usted sabe de esa sociedad, mademoiselle?

—¿Existe entonces una tal asociación? Sorprendí una referencia a ella, y pregunté a mi tío qué significaba aquello. Nunca vi una persona tan asustada como lo estuvo mi tío cuando recibió la pregunta. Se puso completamennte pálido y comenzó a temblar como un azogado. El les temía, monsieur; de esto estoy segura; les temía grandemennte. Y, por un error fatal, asesinaron a ese Wilson.

—¡Los Cuatro!—murmuró Poirot. — Siempre Los Cuatro. Una sorprendente coincidencia. Mademoiselle: su tío está aún en peligro, y yo debo salvarle. Cuénteme todo lo que pasó durante la noche del suceso fatal. Muéstreme el tablero de ajedrez, la mesá; dígame cómo estuvieron sentados los jugadores: todo.

Se dirigió a un rincón de la gran sala y trajo una pequeña mesa. La parte superior de la misma estaba ricamente dividida en cuadrados de plata y oro para formar el tablero de ajedrez.

—Eso le fué enviado a mi tío hace unas semanas, como un regalo anónimo, con la petición de que fuera utilizado para el primer match de importancia que jugara. Anteanoche fué colocado en el centro de la sala, así.

Poirot examinó la mesa. En general no estaba conduciendo el interrogatorio en la forma en que lo hubiera hecho yo. Muchas de sus preguntas me parecían sin sentido, y en cambio, sobre cuestiones de verdadera importancia, no tenía que preguntar. Concluí que la sola mención del nombre de Los Cuatro le había hecho perder la serenidad.

Después del minucioso examen de la mesa y de la posición exacta que había ocupado durante el match, Poirot pidió que se le trajeran las piezas del juego. Examinó y sopesó cuidadosamennte algunas de ellas sin perder su aire pensativo.

—Un juego exquisito de piezas —murmuró distraídamente.

Ninguna pregunta respecto a los refrescos que se habían servido a las personas que habían presenciado el match. Carraspeé significativamente.

—Pienso, Poirot, que sería conveniente...

—Por favor, Hasitngs, no pienses. Deja todo a mi cuidado. Mademoiselle, ¿es completamente imposible que yo vea a su tío?

—Hablará usted con él, por supuesto. Tengan a bien esperar un instante.

La muchacha desapareció y escuchamos un rumor de voces en el cuarto de al lado. Volvió en segui-

EL GRITO DE YPIRANGA

*La gesta de la Independencia brasileña constituye capítulo aparte en el movimiento revolucionario continental que debía dar normas definitivas de gobierno propio a las jóvenes nacionalidades del nuevo mundo. Brasil, por sus características étnicas, por su idioma, por su relación de origen con una metrópoli de idioma diverso del nuestro llevó a lo largo del periodo de la colonia una vida autónoma, alejada profundamente de los pueblos iberoamericanos que, sin embargo, sentíanse movidos de idénticas inquietudes, de iguales esperanzas. De ahí que su acción libertadora, aunque experimentara el influjo de las ansias de soberanía que se habían desatado en las fronteras inmediatas, en el Plata, en el Pacífico, y en el Norte, cuando resonaba el cálido aliento de la jornada del **9** de Julio y de la proclamación de El Callao y de Quito, fué obra solitaria y espontánea, tanto más heroica por ello, puesto que le faltó el apoyo amplio por el cual la epopeya de la Independencia se hizo menos cruenta y dolorosa. Brasil se halló aislado, pues, en la empresa gigantesca de conquistar sus derechos en el concierto de la civilización. Es decir, no contó con otras fuerzas que las suyas, tan considerables ciertamente puesto que en el noble pueblo carioca primaban las virtudes y el genio de aquella raza superior de navegantes y aventureros heroicos que disputaron a España, en los límites de la grandeza de Occidente, el dominio de las tierras y de los mares descubiertos en el hemisferio nuevo.*

Las pródigas y dilatadas colonias de los portugueses en la América meridional no permanecieron tranquilas en medio del torbellino revolucionario que agitaba a las colonias españolas. Las causas fundamentales que produjeron la Independencia del Brasil surgieron también de las complicaciones europeas de principios del siglo pasado. La caída de la dinastía lusitana bajo el apremio del espíritu conquistador y aguerrido de Napoleón, el Grande, que persiguiera hasta las alturas del Mediterráneo a la escoltilla fugitiva del gobierno y la aristocracia de Lisboa, fué, en realidad, el primer signo de la Independencia del Brasil, destinado a ocupar en la historia el elevado título que detenta actualmente como una de las más pujantes democracias civiles.

El debarajuste de la metrópoli abrió brecha en el corazón del Brasil. Hubo la sensación rápida, certera, de que aquel inmenso y formidable pueblo de las bahías encantadas, las frondosas selvas vírgenes y los cultivos como imponente mar lloviendo hacia el cielo, podía erguirse por sí mismo y guiarse en el mundo al exclusivo amparo de su fortaleza física y moral.

El arribo del Rey D. Juan a Río de Janeiro, y el reconocimiento posterior de que la colonia tenía "la dignidad, preeminencia y denominación de reino", puso en el Brasil la certidumbre de que era, por fuerza, la entidad representativa de la raza que Camoens cantara en "Las Lusiadas" con inmortal y hondo acento de poesía. Desde entonces el pueblo carioca sufrió el proceso espiritual que lo preparó para la hazaña de la Independencia. Aquí y allá estallaron las más impacientes voces. El alzamiento de Pernambuco, con José de Barros Lima, que respondió a la requisitoria del brigadier Barbosa con un disparo a quemarropa, y con D. Domingo José Martins, el ilustrado comerciante de Bahía en quien prendieran los postulados rousenianos de la república, señaló la primera etapa de sacrificio; Brasil sería libre por designio ineluctable de Dios y por soberana voluntad del pueblo. La sangre de los mártires, vejada por el decreto de amnistía acordado después de la muerte de los patricios de la causa, encendió con su rojo vivo una llamarada de entusiasmo y coraje en el pecho de todos los ciudadanos brasileños.

*D. Pedro, el Príncipe del Brasil en cuyas manos quedara la regencia cuando el Rey D. Juan se alejó a Lisboa una vez impuesto de las corrientes constitucionalistas, no escapó a las profundas manifestaciones de Independencia. Por el contrario, fué su intérprete legítimo. Animo generoso, inteligencia clara y sutil, temperamento enérgico, habíanse compendiado en él las cualidades y las aspiraciones del pueblo brasileño. Y fué el Grito de Ipiranza. Repercutió como campanazo profundo en el alba cálida del trópico, sobre las aguas azules del río que le dió su nombre en el calendario de los acontecimientos de la humanidad. Pedro declaró la Independencia del Brasil en el calor de la indignación producida por las agraviantes resoluciones de la metrópoli. ¡El Grito de Ipiranza! ¡7 de Septiembre de **1822**! Aún están vibrando en concéntricas ondas en la conciencia latino-americana el llamado que entregó al Brasil el pleno ejercicio de sus derechos de soberanía, incorporando a la civilización un pueblo que, por su grandeza moral y material y por el preclaro genio de sus hijos figura al frente de las naciones libres del mundo.*

da y nos indicó que pasáramos allí.

Había allí un hombre acostado en una cama, de aspecto imponente. Era alto, delgado, con grandes y pobladas cejas y blanca barba, y una cara arrugada y noble que hablaba de sufrimientos y penalidades sin cuento. Me llamó la atención la conformación especial de la cabeza y su tamaño poco común. Un gran jugador de ajedrez debe tener una gran cabeza—me dije.

Poirot se inclinó ante el doctor.

—"Monsieur le docteur", ¿puedo hablar con usted a solas?

Savaronoff se volvió hacia su sobrina:

—Déjanos solos, Sonia.

Sonia Daviloff desapareció obedientemente.

—Doctor Savaronoff: usted ha entrado recientemente en posesión de una inmensa fortuna, según me han informado. ¿Quién la heredaría suponiendo que usted?...

—He hecho testamento, dejando todo lo que tengo a mi sobrina Sonia Daviloff. ¿Pero usted tiene sospechas que...?

—No trato de insinuar nada. Pero usted no ha visto a su sobrina desde que era ella una niña; fácil hubiera sido para cualquiera hacerse pasar por ella.

Savaronoff pareció anonadado por esa idea. Poirot prosiguió fácilmente.

—Le doy la palabra de advertencia, nada más; esto es suficiente. Lo que deseo ahora de usted es que me describa la partida que jugó usted anteanoche.

—¿Describirla? ¿En qué sentido?

—Bueno; yo por mi parte, no juego al ajedrez, pero sé que hay varias maneras regulares de comenzar una partida. Hay el gambito... ¿no es así?

—Ah, ahora le comprendo. Wilson abrió la partida con un Ruy López, una de las más sólidas aperturas que se conocen, y muy usada hoy en día.

—¿Y cuánto tiempo estuvieron jugando hasta que sucedió la tragedia?

—Creo que fué durante el tercero o cuarto movimiento que Wilson cayó bruscamente hacia adelante, instantáneamente muerto.

—Un asunto bien triste, por cierto, doctor Savaronoff.

Poirot y yo nos despedimos del anciano.

En el vestíbulo encontramos a Ivan, que nos acompañó hasta la puerta. Poirot se detuvo en el umbral.

—¿Sabe usted quién vive en el piso de abajo?

—Sir Charles Kinkwell, miembro del Parlamento, señor. Hace unos meses ha sido alquilado a una persona que no conozco.

Mientras caminábamos por la calle, no pude menos de decir a Poirot lo que pensaba de su actuación.

—Verdaderamente, Poirot, me parece que esta vez has procedido como un principiante, en el interrogatorio, y en general.

—¿Te parece, Hastings?—preguntó Poirot pensativamente—. Estaba un poco "bouleversé". ¿Qué hubieras preguntado tú?

Expuse todo lo que yo hubiera preguntado y examinado, y Poirot me escuchó al parecer con religiosa atención. Mi monólogo duró hasta que llegamos a casa.

—Todo muy lógico y penetrante—dijo Poirot al introducir la llave en nel agujero de la cerradura—pero completamente inncesesario.

—¡Innecesario!—exclamé asombrado—. Si el joven fué envenenado...

—¡Ajá!—dijo Poirot, tomando una esquela que estaba sobre la mesa. Es de Japp, y dice lo que me esperaba: ni rastros de veneno. Ya ves como tus preguntas hubieran sido completamente inútiles e inadecuadas.

—¿Adivinaste, acaso, que no había veneno?

—"Mon ami", cuando se resuelve un problema con el cerebro y la inteligencia, no se dice que se adivina.

—Bueno— convine impaciente—¿Lo previste, lo dedujiste?

—Sí.

—¿Por qué?

Poirot metió su mano en el bolsillo y extrajo... un alfil blanco.

—Te has olvidado de devolvérselo al doctor Savaronoff—le dije.

—Estás en un error, querido Hastings. El que tú mencionas está aun en mi bolsillo. El que estás viendo en mi mano, es el compañero del otro, que tomé de la caja que mademoiselle Daviloff tuvo la gentileza de mostrarme.

—¿Pero, para qué lo tomaste?

—"Parbleu"; quise saber si eran iguales.

Los colocó uno al lado del otro, sobre la mesa.

—Y bueno, Poirot, son exactamente iguales, como puedes verlo.

—Lo parecen. Pero no hay que admitir una verdad en seguida hasta que no se la demuestre como tal. ¿Quieres hacerme el favor de traerme la pequeña balanza de precisión?

Con gran cuidado pesó ambos alfiles y luego se volvió hacia mí con la cara brillante de triunfo y de contento.

—Tenía razón. Toda la razón del mundo, Hastings, de mi parte. Imposible engañar a Hércules Poirot; completamente imposible.

Corrió hacia el aparato del teléfono, descolgó el tubo y esperó impacientementne que se le diera comunicación. ¿Habla Japp? Con Hercule Poirot. Haga vigilar al sirviente Ivan. Bajo ningún concepto debe escapársele. No se preocupe; es así como yo le digo.

Colgó nuevamente el tubo y se volvió hacia mí.

—¿No entiendes todavía, Hastings? Voy a explicártelo. Wilson no fué envenenado, sino electrocutado. Hay un delgado filete de hierro o de cobre que atraviesa uno de los alfiles. La mesa fué preparada de antemano y colocada en lugar prefijado, sobre la alfombra. Cuando Wilson tomó ese alfil fatal y lo movió hacia uno de los cuadros de plata, la corriente mortífera de altísima tensión lo fulminó instantáneamente. La única señal dejada fué la pequeña quemadura en la mano izquierda, porque era zurdo. La mesa especial, es sin duda, una delicadísima obra de de la mecánica. La que yo examiné es una exactísima e inofensiva reproducción de la prime-

EL AMOR A LA PATRIA

Sólo por el amor a nuestra Patria, podemos comprender el amor de los demás hombres a la suya; como sólo por el amor a nuestra madre y a nuestros hermanos y a nuestros hijos, podemos comprender cómo los demás hombres deben amar a los suyos.

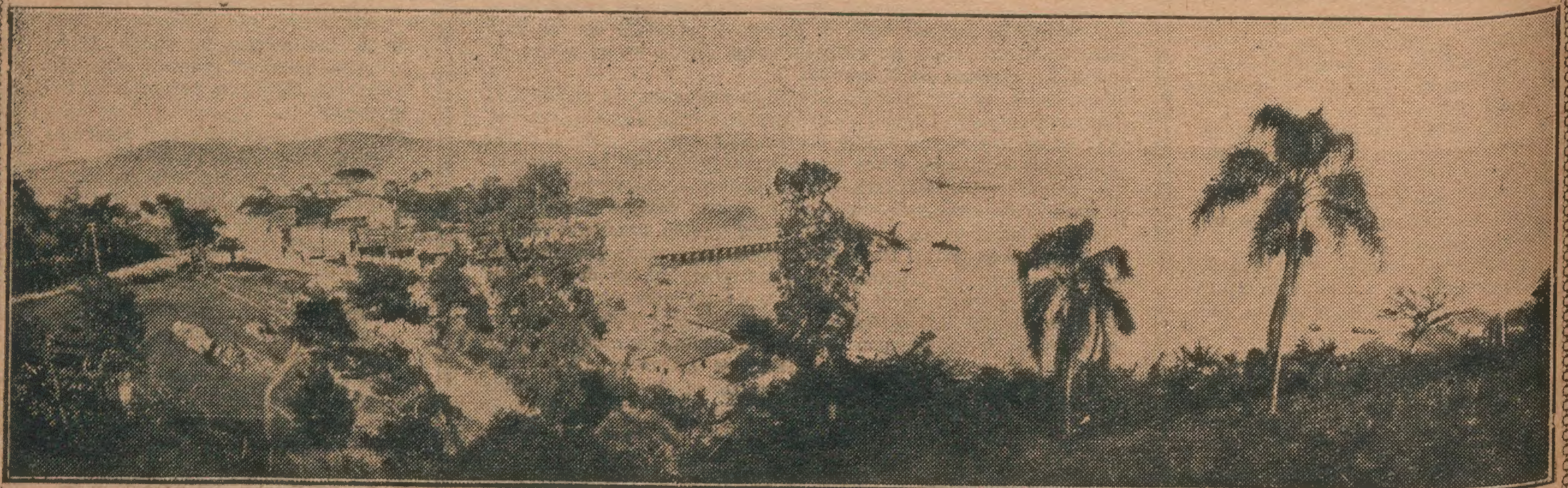
Desconfiad de los que, por amor a la Humanidad, dicen ellos, se desentienden del amor a la Patria. ¡Es tan fácil poner nuestros amores en las estrellas! Ese amor por las abstracciones lejanas, no molesta, ni exige sacrificios, ni responde con ingratitudes.

Lo difícil es amar, muy cerca, lo que unas veces es alegría, otras veces dolor, y muchas tristeza; lo que, si tal vez nos aligera la carga de la vida, otras veces es pesadumbre.

Los que no aman cerca, y pretenden hacernos creer que aman muy lejos, me recuerdan a esos seres de sensibilidad perturbada, que no se emocionan por nada en la realidad, y lloran al leer una novela.

El verdadero patriotismo, que es amor y deseo de justicia, no puede nunca separar a unas naciones de otras, sino unirlas estrechamente, en una misma aspiración. Como no hay patria sin familia, sin patria no puede haber Humanidad.

Jacinto BENAVENTE.



Un aspecto del jardín de la antigua residencia del emperador Don Pedro II, en Río de Janeiro.

ra, que la reemplazó no bien se retiró la gente y la policía. El asesinato fué, en realidad, cometido desde el piso de abajo, pero los asesinos tenían, por lo menos, un cómplice en casa del doctor Savaronoff. La muchacha es un egente de Los Cuatro, que están trabajaudo para apoderarse del dinero del doctor.

—¿E Ivan?

—Tengo fuertes sospechas de que este Ivan no sea otro que el famoso Número Cuatro. Es un maravilloso actor de caracteres, como debes saber muy bien.

Pensé retrospectivamente en nuestras pasadas aventuras, en el guardián del manicomio, en el empleado de la carnicería, en el doctor Quentín: siempre el mismo hombre, y siempre, totalmente, diferente del anterior.

—Es asombroso—dije por fin. —Todo parece haber sucedido como lo explica tu teoría. Savaronoff tuvo, seguramente, una sospecha de lo que iba a pasar, y por eso se nengó a aceptar el match.

Poirot me miró extrañamente sin contestarme, y después comenzó a recorrer la pieza a grandes pasos agitados.

—¿Tienes, por casualidad un libro de ajedrez, "mon ami"? —preguntó bruccamente.

—Creo que en efecto, tengo uno por ahí.

Tardé algún tiempo en hallarlo, pero lo enconntré al fin, y se lo traje a Poirot, quien tomó asiento en un sillón y comenzó a leerlo con profundo interés. Un cuarto de hora pasó de esa manera. Después sonó el timbre del teléfono, y yo descolgué el tubo para atender. Era Japp, que hablaba para avisarnos que Ivan había abandonado el departamento del doctor llevando un gran bulto. Había subido a un taxi y la caza había comenzado. Estaba tratando, evidentemente, de hacer perder la pista a sus perseguidores. Por fin pareció considerarse satisfecho y se dirigió a un edificio vacío en Hampstead. La casa estaba rodeada.

Repetí todo esto a Poirot. No hizo más que mirarme de una manera curiosa, como si no entendiera lo que le estaba diciendo. Después señaló el libro que sostenía en la mano.

—Escucha, amigo mío. Esta es la apertura Ruy López: 1) P4CR, P4CR; 2)C3AR, C3AD; 3)A5A. Ahora vienen los análisis sobre la mejor respuesta del negro. Tiene varias defensas. Fué la tercera jugada de Wilson la que lo mató. A5A. Eso y nada más. ¿No te sugiere nada esto, Hastings?

No tenía la menor idea de lo que quería decirme.

—Suponte, amigo mío, que mientras estás sentado en tu silla, oyes que se abre la puerta de calle; ¿qué pensarías de eso?

—Pensaría que alguien ha entrado en la casa.

—Sí; pero hay dos maneras de considerar las cosas, Hastings. Que alguien ha entrado o salido, que son dos cosas completamente distintas. Ahora, suponiendo que que tú tomaras por cierta una de ellas, la equivocada, no tardarían en presentarse algunas discrepancias y contradicciones que te dirían que estás en un error. Eso que pasa con la puerta, que he tomado como ejemplo, pasa también con otras cosas y asuntos muy distintos, Hastings.

—¿A qué viene todo esto, Poirot?

—Significa, simplemente, que he sido un triple imbécil. Rápido, a casa del doctor Savaronoff, sin perder tiempo. Tal vez no sea aún demasiado tarde para rectificar el error cometido.

Partimos inmediatamente. En el taxi, Poirot no contestó a ninguna de mis ansiosas preguntas. Subimos corriendo las escaleras. Repetidos golpes y llamadas, no obtuvieron ninguna respuesta. Escuchando atentamente, pude distinguir un gemido ahogado que provenía de adentro.

El portero nos facilitó una llave maestra de toda la casa, después que Poirot le reveló su identidad.

Abrimos la puerta sin perder tiempo. Una bocanada de cloroformo nos paralizó en el umbral. En el suelo estaba Sonia Daviloff, maniatada y amordazada, con un gran trozo de algodón sobre las narices. Poirot se lo quitó de encima, y comenzó a hacerla volver en sí. Innstantes después llegaba el médico de la casa, a cuyo cuidado la dejó Poirot.

No había ni señales del doctor Savaronoff. Llevé a un lado a Poirot.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté completamente desconcertado.

—Significa que, entre dos conclusiones igualmente verosímiles, tomé la falsa. ¿Te acuerdas que te dije que hubiera sido fácil representar la persona de Sonia Daviloff?

—Sí; me acuerdo perfectamente de esto.

—Y bien: el extremo opuesto era posible también. Era fácil, igualmente, representar la persona del doctor Savaronoff.

—¿Cómo?

—Savarononff murió efectivamente, durantne el estallido de la revolución rusa. El hombre que pretendió haber escapado a la muerte después de terribles penalidades, el hombre tan cambiado, "que sus parientes y amigos no lo hubieran reconocido"; el hombre que entró en posesión de un riquísimo legado...

—Sí sí—interrumpí impaciente. ¿Quién era?

—¡El Número Cuatro! Y no hay que extrañarse que se haya asustado cuando su sobrina le dijo que había sorprendido una de sus conversaciones privadas sobre Los Cuatro .Nuevamente se me ha deslizado por entre los dedos. Previó que yo no tardaría en llegar a la buena pista, así que envió al honrado Ivan con un recado extravagante, cloroformó a la muchacha y se largó. A esa altura de su herencia ya habrá convertido toda la fortuna de madame Gospoja en dinero, y se lo ha llevado consigo.

—Pero, ¿quién, entonces trató de asesinarlo?

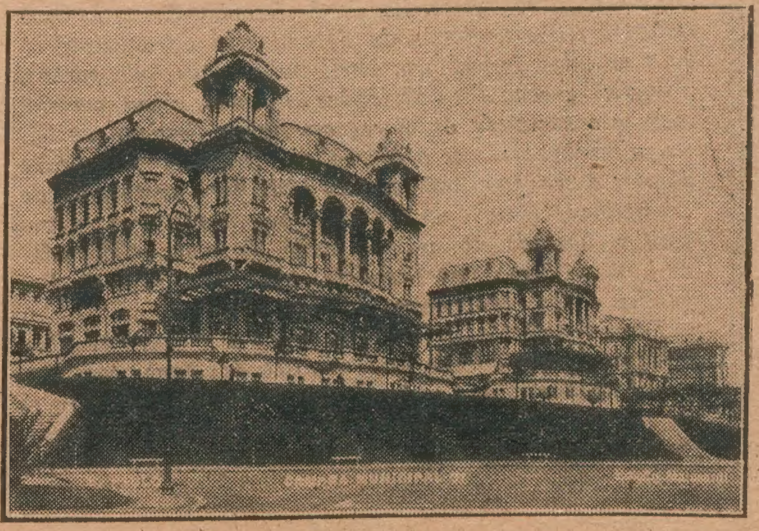
—Nadie trató de asesinarlo a él. Wilson fué la víctima premeditada.

—¿Por qué?

—Amigo mío, Savoronoff era el segundo jugador del mundo, de ajedrez. A buen seguro que el Número Cuatro no conocía ni los rudimentos de este noble juego. No podía, por lo tanto, sostener la ficción o la farsa de un match. Hizo todo lo que pudo por evitar el encuentro. Cuando no pudo resistir más la presión, el destino de Gilmour Wilson fué sellado. Se trataba de evitar por todos los medios, que el joven jugador se diera cuenta de que el doctor Savaronoff no sabía jugar al ajedrez. Wilson era muy amigo de la apertura de Ruy López, y era seguro que la iba a emplear en la partida. El Número Cuatro arregló todas las cosas para que la muerte sorprendiera a Wilson antes de que se iniciaran las complicaciones. ¿Entiendes ahora?

Poirot se detuvo unos instantes, y luego añadió:

—Pero estoy en condiciones de jurarte, Hastings, por todo lo que quieras, que el Número Cuatro y yo, hemos de encontrarnos otra vez; varias veces probablemente. Pero, a la larga, Hercule Poirot será el victorioso. No te quepa duda algunan al respecto. Venceré.



Cámara Municipal de San Pablo. (Brasil)

Un duelo a muerte

Por José de Laserna

Hace ya algunos años oí referir en la habitual tertulia de café la historia de este lance. Es una historia cómicamente fúnebre, un suceso siniestro y risible todo junto, una especie de tragedia para hacer reír y de sainete para hacer llorar, hablando al estilo de D. Ramón de la Cruz.

El coronel era uno de los más asiduos concurrentes a la tertulia, y no sé por qué todos le llamaban "Talegón". Por supuesto, se le llamaba cuando él no lo oía, porque el difunto coronel "Talegón" (ahora que no me oye) tenía un genio de todos los demonios, pero era en el fondo un buen hombre, para los que sabían conllevarle el carácter. Ordenancista, eso sí, "no se había casado nunca con nadie" y ya retirado "prolongaba" el fuero de guerra y conceptuaba el estado de sitio perpetuo como el ideal del Estado.

—Estas patatas están pocos fritas. Era cosa de pegarle cuatro tiros al cocinero.

Aquellos contertulios que le eran simpáticos le "tomaban el pelo" impunemente.

—¿No ha reparado usted, mi coronel?

—Usted dirá, pollo.

—Que cada día le ponen a usted menos manteca en las tostadas.

—Ya, ya. Si este país estuviera gobernado como es debido..., habría que formar sumario a la repostería. La ordenanza lo dice. Insuficiencia de los víveres. A mí déjenme ustedes las ordenanzas y gobierno el planeta como una seda. ¡Mozo! Este café está frío.

—Mi coronel...

—Te voy a fusilar.

—Con su aspecto de coronel de teatro, cejijunto, bigote y larga perilla embadurnados de tinte barato, alto y marcial y echando ¡mil bombas! y ¡cien rayos! por aquella boca, parecía que se iba a tragar el mundo. Luego otorgaba generosamente el indulto y no pasaba nada.

Con lo único que no transigía era con el mote. Llamarle "Talegón" era el peor de los "insultos a su superior" que pudieran dirigírsele.

Había ya tenido por eso tres o cuatro "cuestiones personales", que en realidad no llegaron a ser cuestiones porque acabaron en otras tantas actas. Quedaba retirado lo de "Talegón", pero el mal rato que el coronel había pasado "no se lo abonaba nadie".

—Un día voy a tener que matar a uno, añadía, para concluir de una vez con esas bromas.

Decíase que era un gran tirador de pistola. Y sin duda estaba de Dios que habían de cumplirse los funestos presentimientos del coronel.

Ello fué una noche que llegó al café con el humor más agrio que de costumbre.

—Va a llover, — exclamó don Fermín viéndole entrar.

—¿Ha bajado el barómetro?

—No sé, pero a "Talegón" debe de habérsele resentido el balazo de la batalla de Montejurra, a juzgar por la cara que trae. Signo de humedad... de "bronca".

—Oiga usted, paisano...

Así comenzó a entablar conversación el coronel y cuando él comenzaba de tal modo..., ¡hum!, malo, malo, malo.

Le daba una entonación particular a aquella palabra. Decía: "Oiga usted, paisano". Y sonaba como si diría: "Oiga usted, cualquiera". Habló y tronó contra todo y contra todos. Quería fusilar "al verbo" y poner al país patas abajo y no respetar "ni al sursum corda" y hacer "una sonada" y tirar al gobierno, que tampoco aquel mes había pagado a las clases pasivas... ¡Qué sé yo!

—Aquí no hay país, ni vergüenza, ni nada.

—Vamos, cálmese usted, se atrevió a insinuar un tal González, nuevo en la reunión.

—No admito advertencias, paisano.

—No es advertencia, perdone usted. Digo que me parece que no es para tanto, señor "Talegón".

¡Horror! ¡Terror! ¡Furor! ¡Señor de "Talegón"! Y con qué tranquilidad y con qué dulzura había pronunciado aquel hombre la palabra fatal.

El coronel se abalanzó sobre él, furioso. González paró el golpe con un bastón, se interpusieron los amigos... Después, cambio de tarjetas, envío de padrinos, lo de ritual.

—¡A muerte!, — rugía "Talegón".

Pero el caso era que González no había soñado en ofenderle. Le había llamado "Talegón" de buena fé, porque creía que se llamaba así. Había oído hablar del coronel "Talegón" en el café. Hasta creía que era pariente de los Talegones de su pueblo, una familia muy bien considerada.

—¡A muerte!, — continuaba el ofendido. El mote se puede retirar. Pero me tocó en la cara con el bastón. "Ofensa con golpes". No tiene remedio. ¡A pistola y a muerte! Concluyamos de una vez. Ahora se verá quién es "Talegón"; digo, ¡mil bombas! ahora se verá quien soy yo.

No pudo haber arreglo y se concertó el desafío para la madrugada siguiente, en una quinta de las cercanías de la capital. A pistola y a muerte.

—Mi coronel, — le dijo ya, en el terreno, uno de los padrinos a "Talegón"; — González es un infeliz; su pobre mujer dió a luz anoche el primer fruto de bendición de este matrimonio. Está decidido a no tirar. Usted es bueno, usted es noble, el honor se ha salvado, tenga usted compasión.

Sonaron a poco las tres palmadas.

—No quiero matar a un padre de familia, — exclamó "Talegón" conmovido.

Desvió la pistola, salió el tiro y cayó muerto Sebastián, el guarda de la quinta que tenía seis hijos y presenciaba el lance a poca distancia.

---

15 DE NOVEMBRO

Por el Doctor José de Paula Rodrigues Alves, embajador de los Estados Unidos del Brasil.

Para FRAY MOCHO.

O Brasil festeja no dia de hoje a implantacao do regimen republicano federativo, que integrou o antigo Imperio liberal na familia americana, debaixo dos mesmos principios constitucionaes.

A monarchia brasileira representa na historia do Brasil una etapa gloriosa da independencia nacional. Devemos a Pedro I o grito libertador do Ipiranga; a Pedro II, o grande servico de haver num longo reinado conservado integro o patrimonio que nos legou a Colonia, que nos permittiu transformar em 15 *de Novembro de* 1889 *as antigas Provincias do Imperio na Republica dos Estados Unidos do Brasil, num movimiento triumphante no qual participou a vontade da Nacao, amparada pelas suas forcas armadas.*

O trabalho fecundo realisado pela Republica, nos 39 *annos de sua existencia, próva que tinhamos razao em substituir o regimen politico dominante desde o dia da independencia. Borrada das nossas leis a escravatura depois de una campanha magnifica coroada de exito um anno antes do advento de Republica, o partido republicano, principalmente em Sao Paulo, centro de onde se irradiaram todos os grandes pensamentos, acelerou a sua marcha, e na manhá do dia* 15, *civis e militares, rebellados e vencedores, substituiam o Imperio liberal pela Republica democratica. Golpe de forca, elle nao teria se imposto, se nao encontrasse na alma do povo aninhados os mais puros sentimentos republicanos, fazendo com que depressa se consolidasse o novo regimen, ao qual, hoje, todos os brasileiros, numa eloquente unanimidade, prestam o concurso da sua collaboracao e da sua perfeita fidelidade.*

O desenvolvimento económico do paiz; ***as suas finan****cas normalisadas gracas á tenacidade do actual Presidente; o paiz livre do flagello semi-secular da febre amarella pela accao vigorosa de um grande governo, onde surgiu a figura extraordinaria de Osvaldo Cruz; as suas industrias libertandonos da dependencia estrangeira; as suas estradas de rodagem internando-se por toda parte e alargando a area das actividades humanas; a sua marinha mercante surcando es mares em linhas fluviaes, costeiras e transoceanicas; a Nacao em franca marcha para diante; o seu povo animado da mais puro sentimento de cordialidade para com todos os povos da terra; a sua politica baseada no espirito sadio de uma solidariedade humana bem comprehendida, tudo isto é obra da Republica e dos republicanos do Brasil.*

Temos, portanto, de que nos orgulhar e podemos olhar o futuro com a mirada forte e altiva dos povos pacificos e trabalhadores, que nada temem porque nao constituem ameaca para ninguem, e só desejam a grandeza e a prosperidade cada vez maiores dos seus visinhos e amigos...

José de Paula RODRIGUES ALVES.

VIDA SOCIAL

—Está usted cansado, por lo que veo, caballero.

—¡Ah! ¡Esto es horrible! ¡Estoy atrozmente fastidiado!

—Yo también.

—¿Quiere usted que nos vayamos?

—Yo no puedo.

—¿Por qué?

—Porque soy el dueño de la casa.

TEATRALERIAS

El cómico. — Señor empresario, la propiedad ante todo. El pollo que me como en el primer acto, no debe ser de cartón, sino de verdad.

El empresario. — Está muy bien; pero, en ese caso, el veneno que se toma usted en el tercero, también tendrá que ser de verdad.

Curiosidades

En Nueva Granada se cría una planta que, oprimiéndola, suelta un jugo igual que tinta, tanto que puede emplearse y se emplea como tal.

***

En la India existe un instrumento musical, llamado Mahati-Vina, que tiene siete cuerdas tendidas sobre un bambú a modo de mástil, el cual lleva dos calabazas adheridas que hacen de cajas armónicas.

***

Los bayacasos fueron los que habitaron la Galia Céltica y que en tiempos de César formaron parte de la Confederación Armoricana.

***

Aunque se le agobie de trabajo, el elefante no dormirá nunca más de cinco horas diarias. Por lo general estos paquidermos duermen dos horas antes de la media noche y tres después de la una de la mañana.

***

Uno de los hechos más destacados del año 1608 fué, sin duda, la invención del telescopio por el holandés Lepperskey. Habiendo oído hablar Galileo de esta invención, armó en 1619 un telescopio que le permitió hacer sus más notables descubrimientos. En 1611, Kepler construyó el telescopio astronómico. Se construyen actualmente telescopios que hacen aparecer hasta 3.000 y 4.000 veces más grandes de lo que representan a simple vista.

***

Entre las plantas utilizables para la fabricación del papel, se encuentra la yuca, que crece abundantemente en las regiones cálidas, sin cultivar, de la América del Norte.

***

Las costillas de las serpientes tienen el extremo libre, y en la locomoción desempeñan las funciones de propulsoras de todo su largo cuerpo.

***

El jade, que para nosotros no pasa de ser una curiosidad mineralógica, es para los chinos la piedra más preciosa que existe.

***

Es asteroide Dorotea, de 12.a magnitud, que da vuelta alrededor del sol en cerca de seis años, fué descubierto en el año 1892 por Max Wolf y está catalogado con el número 39 de la serie.

***

Los monos de Pattani, una provincia del Sur de Siam, están amaestrados para subirse a los cocoteros y lanzar cocos a sus dueños.

***

Durante la guerra de Troya se construyó un túnel de ocho kilómetros de largo para desviar las aguas del lago Tapolia, en Bercia.

***

La naranja amarga fué introducida primeramente en las costas del Mediterráneo por los viajeros procedentes de la India y de China.

***

En Honduras recibe el nombre de Pacón un árbol americano que se conoce también por "el árbol del jabón".

La seudoesmeralda es una piedra falsa, constituída por una variedad de cuarzo hialino al que el óxido de cromo le da el color verde, parecido al de la verdadera esmeralda.

***

El mongol que comete la imprudencia de matar un pájaro o una alimaña cualquiera en la montaña sagrada de Bogdo Nom, situada al sur de la ciudad de Urga, es condenado a muerte.

***

Las moscas no respiran por la boca, sino por los poros del cuerpo.

***

Los nativos del desierto de Arabia no fuman ni toman ninguna clase de bebidas alcohólicas.

El jardín Botánico de Nueva York posee una colección de musgos compuesta de 50.000 ejemplares de otras tantas especies diferentes.

***

La primera campana de buzos se usó en las costas de Mull, por el 1669, para recobrar objetos del naufragio de uno de los buques de la armada española.

***

El erímetro es un aparato inventado por Young para medir el espesor de los cuerpos pequeños o muy delgados.

***

El sentido del tacto en los dedos puede distinguir la diferencia de medio grado en la temperatura.

TRISTE REMEDIO

Por Sebastián Gomila

Borrachín lo había sido tanto como trazudo y trabajador el redomado. Lo cuál es mucho decir, porque nadie como él podía con el martillo, dale que dale a la barra, cuya caída era siempre un primor, por lo a punto y bien, para que piezas muy difíciles tomaran forma sin discrepar lo más mínimo. Levantarse con el sol, encender la fragua, preparar los hierros, un tirón de orejas al muchacho para qué soplara firme el fuelle, y empezar sobre el yunque para no acabar en horas y más horas la tarea, era cosa de todos los días. A él no le fueran con solfás, llamados al trabajo no responder es la necedad mayor del mundo. Cuando algún otro compadre hablábale de emancipaciones y garambainas por el estilo, solía decir por vía de réplica que cortaba el intento.

—Esas son tontunas. Tengo mujer y tengo una hija que este mi sudor reclaman. ¿Fijarme a mi horas de trabajo? ¿A cuento de qué?... Treinta tuviera el día, y con seis no más para el descanso, trabajara yo en las restantes.

Al hablar así, solía arremangar instintivamente el brazo, estirándolo como dando la pinta de su resistencia y brío. Aquel miembro nervudo, de color moreno, aterciopelado como quien dice por una felpa velluda tirando a rojo, era un signo de traza y vigor cual pocos.

Y tenía razón, hablaba como sentía. Padrazo como él y marido humilde, no se encontrarán muchos. ¡Yo lo creo que tremolaba el hierro, y resollaba el soplete, y resonaba el acero cuando al quehacer acompañaba, con la idea de la labor, ora el intento de comprarle a la esposa una presea, ora el plan de endomingar a la pequeña que diera envidia. Así el hogar hubiera sido un paraíso, a no haber un punto, uno solo, que sombreaba tanta bondad y delicia tanta: aquel que hemos dicho al comienzo, la maldita afición al mosto, que alternaba con la que le tenía a la forja. Causa, y grave, de las únicas tremolinas en el matrimonio; porque la mujer extremaba el imperio, por lo mismo que veía el amor de un lado, y de otro la necesidad de afear tamaño vicio, sin éste, a espuertas hubiera podido entrar el oro en aquella casuca, un verdadero nido. Y aquel hombre todo energía y robustez, se amilanaba como un cachorro cada vez que oía una catilinaria de aquella boca querida, mientras se esforzaba vanamente en disimular una falta de equilibrio que era un dolor.

El propósito de enmendarse lo recalcó muchas veces, y si no triunfó del todo en algún tiempo, parte hubo al menos de cordura y privación; el empinar el codo era únicamente cosa de los días de asueto, y aún así no toleraba la esposa aquella manera de santificar las fiestas. De modo que salían, puede decirse, a pelotera por domingo.

En uno de ellos fué que se cortó de golpe la afición con lo siguiente:

Hubo de salir la mujer a unos recados, no sin advertir y obtener del cónyuge una formal promesa de continencia y seriedad. Pero verse solo y cosquillearle el paladar el sabor del "cariñena" fué todo uno. ¿Iba a delinquir por apurar unas copas?... Y entre querer y no querer, abstenerse y decidirse, pasó un buen rato; hasta que mandó a la chiquitina por un litro, cantidad con la cual juzgó no pecar ni caer en perjurio. Se atrevía él con más; pero lo prometido era deuda: nada de exceso. La niña pareció resistirse, porque no en vano oyera al dos por tres las zaragatas por causas idénticas; mas obedeció medio a la fuerza.

No era mucha en consonancia con la costumbre, y menos habiendo en cuenta que la rapaza, hostigada por el propio autor de sus dias en una de expansión y holgorio que era un encanto, probó el tinto tambien y hasta con gusto vaciar la botella.

—¡Que rico es! ¡Añejo y de fuerza, córcholis! ... ¿No beberías tu más, chiquilla? ..

—No, padre ..., que hace "pupa" ..., ya lo sabes por madre, que regaña ...

—¡Anda, tonta ... que te den otro medio litro no más! Eso "entona" el cuerpo ...

—Que no, que no, hacía la chica entre enfurruñada y risueña.

Al fin era padre, y no de los que aguantan rebeldías; por lo que la negativa avivó el mandato. Item más, los vapores del mosto empezaban a obrar sin duda y contribuyeron no poco. La chiquilla fué por más vino. Al volver ocurrió la desgracia... Un tropezón, rodar por el suelo cuando entraba en el portal, dar de cabeza contra un canto y quedar sin sentido. A sus pies, la botella rota en cien pedazos y el vino desparramado por el suelo.

La madre llegó a los pocos instantes, y su dolor no tuvo más límite que el coraje al entrar en la habitación con su hija ensangrentada en brazos y ver a aquel padre imbécil sentado en una silla, inclinado el busto hacia la mesa, amodorrado, baboso, incapaz... Todo lo comprendió en el acto.

No estaba muerta la niña, pero no vivió más que un mes. El golpe afectó a los sesos... y también el vino. Cuando el cuitado se dió cuenta de la desgracia, el dolor allá se fué con la vergüenza. Entonces sí que juró por la salvación de su alma y luego por el cadáver de aquel angelito, que nunca jamás volvería a reincidir.

Y desde entonces, cada fiesta de guardar parece un aniversario triste; se llora en el hogar más que se bebe, los hipos son suspiros; y el pasacalle del forjador una caminata al camposanto, donde al pie de una cruz renueva el juramento, sintiendo el amargor de un remedio harto cruel para curar un vicio.

La epopeya cívica de la República

Un día, en pleno recinto de las Cámaras del Imperio del Brasil, resonó estentóreo el grito: "¡Viva la República!" Puestos de pié, los representantes del pueblo, corearon aquella exclamación que partiera de lo más hondo del alma popular. "¡Viva la República! Y la voz fué repercutiendo proféticamente a través de los pechos ciudadanos que, abolida la esclavitud secular, habíanse abierto a las expansiones de los ideales nuevos.

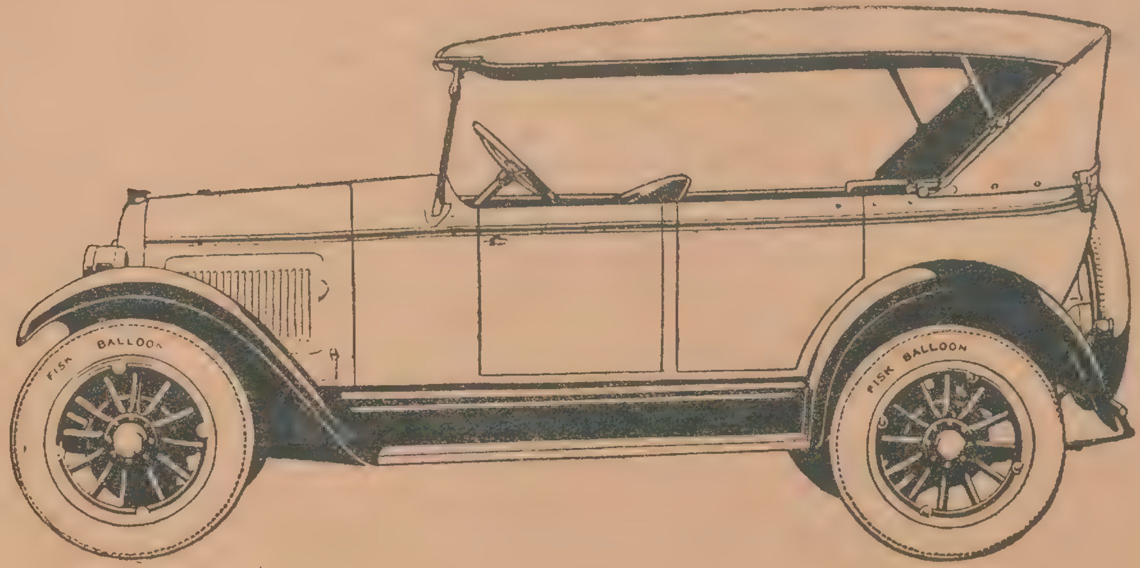
La República era ya, por entonces, la verdadera esencia del Brasil. Sentíase subir la marea, reclamando la instauración del régimen que acordaría al pueblo el designio de elegir libremente sus gobernantes.

Desde **1888** *inquietos movimientos republicanos, dispersos, pero por eso mismo espontáneos y claramente alentados de un espíritu común que a duras penas se contenía, vinieron anunciando el estallido de la vasta ansiedad popular. ..*

El Imperio, cuya indiscutible grandeza política no lograba conquistar la simpatía absoluta del pueblo, en virtud de que éste exigía el derecho amplio de su democracia, se hallaba frente a un problema insoluble. Los jefes militares y políticos de los partidos representativos parecieron perder el rumbo en medio de aquellas agitaciones que conmovían a la patria hermana. Se exigían reformas perentorias y fundamentales, hablábase de coordinar las necesidades generales de la población, se proclamaban autoridades circunstanciales sin que nadie llegara a concretar remedios para un estado de cosas que por momentos tornábase más difícil. Teníase la impresión de qué dentro de los moldes del régimen imperial no existían medidas o soluciones que satisficiesen la ansiedad del alma nacional". En las Cámaras no fué posible ocultar que Brasil atravesaba por el instante más excepcional de su historia. En las provincias, indecisas y recelosas de los acontecimientos, aumentaba la intensidad de ánimo del pueblo. Hubo municipios que adoptaron actitudes de franca rebelión contra el Imperio, y que votaron mociones de violento carácter político; y algunos hasta sometieron al voto de la soberanía popular la suerte de las instituciones. Los hombres de gobierno del Imperio, previendo la magnitud de la situación, resolvieron salir a su encuentro auspiciando serias reformas políticas y sociales. Pero ello no hizo sino precipitar el espíritu republicano. "Parecía, dice un autor, que todo el mundo presentía la aproximación de la borrasca y se disponía a intervenir en ella, sin cuidar de guarecerse." Por eso, caído el gabinete de Juan Alfredo, el nuevo gobierno imperial del vizconde de Ouro Preto debió escuchar aquel grito irrefrenable del sentimiento y la conciencia brasileña: "¡Viva la República!" Las Cámaras fueron disueltas, y no volvieron a reunirse más en los cortos días de vida que restó desde entonces al Imperio. El ejército, a cuyo frente estaba la marcial figura del mariscal Deodoro Da Fonseca, afrontó la situación. El gabinete del vizconde de Ouro Preto realizaba una acción intensa y liberal, ,de grandes y nobles consecuencias para las legítimas aspiraciones democráticas del pueblo brasileño. Pero nada de esto disminuyó el espíritu republicano, ni tampoco la austeridad del anciano Emperador logró neutralizar la avasallante fuerza cívica que descansaba en el apoyo de las armas nacionales. La agitación subsistía, intensa y hasta violenta, y por último el Mariscal Deodoro Da Fonseca entraba al cuartel seguido de los suyos y el **15** *de Noviembre de* **1891** *proclamaba la República. Depuso el Ministerio del vizconde de Ouro Preto y vitoreado por el pueblo, el Ejército y la Marina se dirigió en apoteosis al Palacio Imperial, saliendo a su encuentro el propio Emperador.*

La escena es memorable. Cuando el Emperador requirió al Mariscal Deodoro Da Fonseca la deposición del movimiento, éste se limitó a responder con firmeza: "Demasiado tarde, Emperador".

Así fué hecha la República, así el Brasil entró en el definitivo derrotero que ostenta como lema de su eterno símbolo. La ejecutoria republicana del Brasil constituyó la primera epopeya cívica de la patria hermana. De allí, de su limpio origen democrático, surgió la poderosa nación que, un día, sobrecogida de esperanza, escuchó el grito inolvidable: "¡Viva la República!"


FISK BALLOON
FISK BALLOON

El Dr. Irigoyen agregó a su gloria de estadista el planteo y solución del problema agrario argentino.

UNA INICIATIVA DE PROPORCIONES HISTÓRICAS.

Es subido la trascendencia, que tiene para los intereses generales del país la protección y estímulo de los agricultores. El asunto, que en diversas circunstancias económicas atrajo la atención de los poderes públicos, constituye el tema principal del Gobierno del doctor Irigoyen, que se propuso encararlo en toda su magnitud dándole un corte definitivo y perfectamente encuadrado con la situación de los productores, de las grandes firmas cerealistas y del nivel financiero que registra en estos momentos el mercado argentino. Del criterio patriótico e ilustrado con que el doctor Irigoyen se dispuso a afrontar el problema da cuenta la satisfacción experimentada en los distintos círculos afectos al mismo, y la grata repercusión observada en el país y en el extranjero donde, por el rol predominante que ejerce la Argentina como entidad productiva, se sigue de cerca cuanto en el sentido de mejorar nuestras condiciones agrícolas se hace por parte de las corporaciones particulares u oficiales. El doctor Irigoyen, empapado en el asunto, que de largo tiempo atrás era una de sus miras de estadista, reunió en su despacho a las principales fuerzas que gravitan sobre nuestra agricultura a fin de aplicar sin demoras ni reservas las medidas más viables para proveer a la ayuda financiera del agricultor y colocarlo así en situación de aprovechar de los mejores precios para la venta de sus cosechas. Todos los gremios interesados, sin excepción, respondien- a tan auspiciosa, patriótica y plausible iniciativa del doctor Irigoyen manifestaron sinceramente el deseo de coadyuvar a la efectividad de los propósitos que la inspiraron y, por consiguiente, han estudiado con todo detenimiento y juicio los diversos aspectos de las cuestiones que involucra el problema, buscando conclusiones prácticas y realizables, que aplicadas de inmediato pudieran constituir el primer paso en el conjunto de soluciones a tomar en pro de la producción agrícola del país y el porvenir y bienestar del agricultor. Es de hacer notar especialmente la inteligente y generosa disposición de ánimo demostrada por el gremio de exportadores cerealistas al considerarse la sabia iniciativa del doctor Irigoyen. En medio de las condiciones regulares en que se llevan en nuestro país los negocios en cereales, a base de una reglamentación excelente y de una estrecha concordancia con las formas y sistemas que rigen en los mercados europeos, el gremio de exportadores, disipando el error común de que está en manos determinadas la obtención de mejores precios por nuestra producción, adoptó las medidas pertinentes ampliando las facilitaciones de crédito por intermedio de las sucursales y agencias de su dependencia. De tal modo, en armonía con los superiores anhelos expresados por el doctor Irigoyen el agricultor argentino quedará a salvo de las contingencias que, por falta de recursos propios, que lo dejarían a merced de los especuladores, se le crearían con motivo de la próxima cosecha, de tan halagüeñas perspectivas. El colono dispondrá, pues, de dinero para los pagos de recolección, trilla, bolsas, libreta de comerciante y otros gastos anexos que debe solventar de inmediato ya que son gastos inherentes e indispensables. Así el colono no se verá en el trance muchas veces angustioso de vender, forzando las ofertas, lo cual produce siempre bajas oscilaciones en los precios, el retraimiento de la demanda y por ende la baja en las cotizaciones.

Significa todo ello que hemos avanzado la etapa más considerable en la solución del problema agrario argentino. El proyectado Banco Agrícola, será la segunda y definitiva. El país entrará desde luego al desenvolvimiento pleno y armónico de sus grandes y pródigas fuentes de producción. A los pocos días de ejercicio de su Gobierno, iniciado bajo inmejorables auspicios y con la absoluta confianza nacional, el doctor Irigoyen cumple la obra prometida y esperada por el país. Su interés probado por el problema agrario y la clara, noble y patriótica solución planteada al mismo anuncian la administración histórica prevista por el pueblo y son ya un nuevo título de su gloria de estadista.

LA ACCIÓN

No hay más que un modo de hacer las cosas: hacerlas eternas. No se trata de trabajar con esta luz ni con la otra. Se trata de trabajar con la Luz. Toda acción es un trasiego de esta luz al mundo. Otra cosa no es obrar digno ni libre. La libertad es el triunfo del espíritu. Muchas vidas se rescatan por una sola obra.

No hay buenas ni malas acciones. Las hay del más acá y del más allá. Las últimas son las verdaderamente humanas, las que abren horizontes infinitos: aberturas que rasgan la vida para mirar a la eternidad; relámpagos que muestran el territorio ignorado y dan una constante novedad a la vida y la hacen fecunda. Estas acciones son lo excepcional. Lo corriente es que la historia sea un tejido de tentativas perdidas y estériles. Por un momento de heroicidad o de sacrificio, toda una serie de repeticiones mecánicas, que ahogan el espíritu. Da pena concurrir a esa labor. De ahí el miedo a la acción y la aristocracia de algunas pasividades. Pero las gentes os exigen que cumpláis con los reglamentos. No vale mirar por encima de las barreras. A luchar ...nidamente en el circo hasta que llegue el turno de caer. Os hablan de lo inmediato como de lo último, y vosotros no veis allí ni el comienzo. Justamente estáis aguardando la hora de comenzar... El girar en un círculo os parece un juego infantil.

¡Pobres seres que no salen del mismo sitio y se hacen la ilusión, porque van de prisa, que van muy lejos! Al cabo, las mismas vueltas diariamente. Nosotros queremos rasgar el velo de la noche y vivir en esa luz perenne. ¡Soñadores místicos, legión de inadaptados! ¡Loor a los hombres prácticos, a los luchadores, a esas voluntades plebeyas que tienen la tozudez de los asnos! ¡Oh los que mudaron de sitio creyendo que el sentido de la vida se determina por el espacio y por el cambio de lugar! Como si en un punto no se pudiese edificar una torre y situarse en lo alto para dominar los horizontes. Como si la vida fuese longitud y no intensidad.

La acción que no nos coloca en lo alto no sirve sino para perder el tiempo. Y nosotros no hemos venido al mundo para perder el tiempo.

Sólo en el mundo interior se puede ser puro. El hacer es ya, en la mayoría de los casos, claudicar. El bien es obra excepcional, y la conducta de los hombres, diaria. En realidad, esa zona exterior no les pertenece. Ellos sólo son responsables del abandono de su morada. Claro que ningún estímulo de fuera basta al que pretende ser únicamente servidor del alma.

Es curioso, sin embargo, cómo las gentes hablan del espíritu y llegada la hora de obrar lo olvidan. Este olvido no puede justificarse más que por una falsa labor educativa. En realidad, el espíritu de que hablaban no era el de ellos. No habían desgarrado nada en su interior para ese alumbramiento. Era un espíritu que se transmitían las gentes de generación en generación, como caído del cielo. Así se explica ese contraste del obrar. Notad cómo ese espíritu está más en la inteligencia que en los sentimientos. Sólo cuando se siente se engendra una conducta. La virtud no se aprende; nace todos los días. La virtud que viene de la inteligencia es una manera que enseñan a los hombres de no estorbarse. La razón al servicio del sentimiento para esclarecerlo, para ayudarlo, lo comprendo; el sentimiento al servicio de la razón, me da frío y espanto.

Figuraos una mujer que ama a su esposo y desea ser cada día más inteligente para servir su amor; figuraos, al revés, una mujer inteligente que busca en la inteligencia recursos para mantener una armonía que no viene del amor, sino de una circunstancia ajena y externa. La razón gobernando la vida sería monstruoso. La mayor parte de las obras o derivan de la sensibilidad sólo, o de la inteligencia... Muy pocas veces las anima el corazón. Así se hace el bien tan de raro en raro...

Es necesario mantener el fuego sagrado del espíritu, y aun así, ¡qué riesgos al salir de nuestra morada! ¿Y de cuántas acciones aceptamos plenamente la responsabilidad? Al instante de ejecutarlas las olvidamos como si nada tuvieran que ver con nosotros. Si a los hombres les dieran facultades de dejar en blanco sus vidas, muchos harían uso de sus derechos. Aquella obra que prohijamos siempre, hasta en la hora de la muerte, sólo esa es nuestra.

V. GARCIA MARTI

TRAGEDIA

¡Tú también te has cansado de la vida,
viejo manzano de la huerta mía!

Te has derrumbado en un crujir sonoro,
crujir de ramas y crujir de troncos.

Por muchas primaveras y veranos
nos diste flor y fruto, sombra y cantar de pájaros.

Y ahora te derrumbas con estrépito,
¡Tienes razón, eras bastante viejo!

Preferiste caer en pleno estío,
cargado de manzanas maduras. Pero, amigo,

aún quedan tus raíces en la tierra.
¡Cuidado con la nueva primavera!

Alfredo R. BUFANO.

ODIO MORTAL

Por Eduardo Zamacois

—No seas testaruda, Julia, y satisface mi curiosidad sin ambajes. ¿Por qué tus cartas las secas con cenizas?

—Es un capricho.

—Capricho del cual debes corregirte — repuso Daniel Montoro entre seriote y risueño; — porque yo hago con tus cartas lo que Werther con las de Carlota; besarlas... y me hace poquísima gracia mancharme los labios de ceniza. ¿Por qué ensucias con esa basura los pliegues de tus billetitos perfumados?...

Hubo un momento de silencio; Julia, apoltronada en su butaca, miraba al amado sin responder.

No sé cómo explicar ese humorismo de tu temperamento artístico — añadió él: — a veces creo que con esas cenizas quieres expresar el fuego devorador de tu cariño, que todo lo calcina; otras, que te mofas de tus propios juramentos espolvoreando ceniza sobre ellos, como significándome, con ese recato delicioso de las mujeres ladinas, que tu pasión es antojo vano, fingimiento, humo y cenizas...

Te engañas; ese capricho mío no obedece a los enrevesados intríngulis psicológicos que supones; es... una venganza. ¿Tú has odiado alguna vez?....

—Nunca — contestó Daniel Montoro, admirado; — imagino que es mucho más fácil amar que odiar.

—Tan difícil y tan exquisitamente agradable es lo uno como lo otro. Amar es vivir en el ser amado, discurriendo con su cerebro, sintiendo con su carne; en él hallamos lo mejor: las zarzas nos parecen flores, fausto la miseria y, bajo los mayores rigores de la suerte, nuestra alma goza paz y quietud dulcísimas... ¡Pero odiar!... Es no poder soportar la presencia ni el recuerdo torcedor del ser odiado, que nos roba el aire y emponzoña el agua que bebemos... Créeme; ¡hay venganzas crueles que regocijan hasta los tuétanos como si fuesen un deleite!...

Movida por la exaltación de su discurso, se había incorporado mirando a su amante con ojos grandes y negros de apasionada; luego añadió, un poco más serena:

No maldigas de esas cenizas con que seco mis cartas, pues envuelven un amuleto misterioso que asegura la firmeza de mi amor hacia tí...

—No comprendo, habla...

—¿Y si después de saber este secreto trágico no me quieres? Me has sorprendido en uno de esos instantes de femenil debilidad en que no puedo rehusarte nada. Pero temo hablar y que me desprecies; los que odian como yo se exponen a ser odiados de igual manera. Mi secreto es algo satánico, inaudito, casi repugnante... Daniel, amado de mi alma, no me arranques esta confesión sin antes jurar, que me quieres mucho, que me querrás siempre...

Estaban sentados a la ventana: ella en una butaca de elevado respaldo; él a sus pies, sobre una silla baja, medio arrodillado, acariciando y besando las blancas manos de su adorada.

Era una tarde lluviosa de invierno; por el cielo gris pasaban grandes masas de nubes exprimiendo una llovizna compacta y menudita que caía sin ruido; los faroles de la calle, agitados por el viento, lanzaban haces de luz rojiza que penetraban por la ventana tiñendo los objeto de la habitación con reflejos sanguinolentos. Las puertas de aquel gabinete bien alfombrado estaban cubiertas por opulentos cortinajes de terciopelo negro; en el fondo obscuro de las paredes rielaban los cristales de algunos armarios y perfiles marmóreos de estatuas que se bocetaban tímidamente en la penumbra, como espíritus livianos de personas muertas; sobre la mesa colocada en medio de la habitación, un magnífico estuche de oro cincelado, terso y pulido, parecía brillar con luz propia.

Los cuerpos de Julia y de Daniel Montoro, colocados delante de la luz, se recortaban sobre el techo con perfiles monstruosos, deformados según las leyes de la óptica; cabezas puntiagulas, narices gigantescas, brazos largos terminados en manos que huían moviendo los dedos, cual si fuesen arañas enormes.

—Las cenizas con que seco mis cartas — dijo Julia, — las tengo encerradas ahí, en ese estuche de oro...

Una ráfaga misteriosa de viento atravesó el gabinete lanzando un quejido agónico semejante al aleteo de un pájaro nocturno. Julia continuó:

—Voy a confesártelo todo, concisamente y de plano, porque estos secretos tan íntimos se dicen pronto o no se dicen nunca. Ya sabes que me casé a los veinte años, y que a los veintisiete enviudé; pero ignoras cuán funesto fué aquel hombre para mí. Eso no lo sabe nadie, pues la sociedad condena a la mujer a honrar el apellido del esposo que la dejó y afrentó, como exige al condenado a muerte bese la mano del verdugo que va a ejecutarle.

Su voz temblaba de emoción y por su semblante pálido de hembra nerviosa, rodaron dos lágrimas.

—¡Oh, Daniel — añadió he sufrido tanto... tanto!... Yo, cuando le conocí, era una niña sin mancilla, con el corazón abierto a todos los seductores mirajes de la pasión... El ajó mi juventud, desvaneció mis ensueños de opio y secó los fecundos raudales afectivos de mi alma con sus intransigencias y sus celos de macho brutal; yo servía de dócil recreo a sus caprichos; siempre me tenía encerrada creyendo que iba a traicionarle; me obligaba a jurar todas las noches que le amaba, que no le engañaría nunca, y como mi carácter altanero se rebelaba, contra semejantes complacencias, el miserable me maltrataba...

Creo que me quería, pero a su modo; con pasión rabiosa de fiera que me hizo sufrir infinitamente. El ruido de sus pasos me daba frío de cuartana: en cuanto llegaba me cogía de las muñecas para interrogarme: "¿Quién ha venido? ¿Por qué estás tan peinada?... Miraba debajo de las camas, detrás de las puertas; me olfateaba los labios, creyendo que olían a tabaco; examinaba mis dedos para ver si los tenía manchados de tinta... Como recuerdo haberte referido en otras ocasiones, él padecía ataques epilépticos que le dejaban exánime durante dos o tres días... El temor de ser enterrado vivo le obligó a recordarme que, después de muerto, le incinerasen... y yo satisfice su deseo...

Daniel Montoro tembló violentamente; acababa de comprender.

—Luego esas cenizas... — murmuró.

—Sí, acertaste, son las suyas... las guardo en ese estuche de oro... Hubo otra pausa: la cabeza de la joven se dibujaba en el techo de la habitación con un perfil quimérico, y otra vez murmuró por la estancia el quejido del viento, tenue como el aleteo de un pájaro herido.

—Por eso le odio tanto — añadió ella incorporándose, — y me vengo del muerto, ya que mi débil constitución de mujer me impidió vengarme del vivo.

Yo le odiaba con ardor sin límites; no solo aborrecí aquellas manos y aquellos labios groseros que me insultaron, sino que cifré en cada uno de los miembros de su cuerpo un odio particular: odié sus cabellos, uno por uno!... Artemisa amó tanto a Mausoleo que se bebió sus cenizas; yo, en cambio, gozo secando con las cenizas de aquella vil armazón de materia las cartas que te escribo, y con que tú las insultes también llevándotelas a los labios...

Luego prosiguió:

—Es una venganza cruelísima, superior a cuantas ejecutan los ángeles precitos en los círculos del infierno dantesco. Si es cierto que tras esta vida efímera hay otras y que los muertos tienen las capacidad de espiar a los vivos... la venganza que ahora tomo de él, es digna escuela de la escuela del martirio que de él recibí. Gozo imaginando que su alma vaga en torno mío, que se asoma por encima de mi hombro para leer las cartas que te escribo, que llora entre los pliegues del mosquitero que abriga el hecho donde me entrego a tí... Sí, odié todo su cuerpo, miembro por miembro, átomo por átomo... y ahora el polvo de sus huesos calcinados lo empleo en secar las cartas donde te cito, llamándote "luz de mis ojos, sangre de mi sangre..."

Calló...

Daniel Montoro se puso de pie, horrizado; ella también se levantó y sus dos cuerpos abrazados se recortaron sobre el fondo iluminado de la ventana.

—No me odies por eso — murmuró Julia muy quedo y cubriendo a su amante bajo una mirada de inextinguible pasión; — la mujer que odia como yo, también sabe amar infinitamente.

. . . .

SERENIDAD

(Del libro inédito *Poemas innominados*).

Yo te quiero querer para soñarte
en el sueño de un beso, estremecida,
sobre mi lecho de pasión dormida
en un santuario de Silencio y Arte.

No quiero entre mis manos deshojarte
como a la rosa del rosal caída
yo te quiero agitar contra la Vida
a manera de un místico Estandarte.

Que nos quede en los labios una gota
de miel; — y en la ilusión remota,
la emoción de los éxtasis lejanos...

Y al abrazarte con mi abrazo fuerte,
el olor de los nardos de la Muerte
que deshoja el Otoño de tus Manos!...

Juan Julián LASTRA.





Diálogo en las sombras

Para FRAY MOCHO.

Noche lujuriosa de Enero. El jardín duerme su pereza sensual. El disco blanco de la luna, colgado entre una gargantilla de nubes, ensaya la mueca de Arlequín. El camino bordeado de cicas y magnolias se estira como una serpentina arrojada en el césped. Luzbel —las malas pasiones—agazapado en la sombra, acecha la llegada de alguien. Aparece Cupido, — el buen amor, — blanco, sonrosado, juguetcando como un niño.

LUZBEL (Impaciente). — Tampoco es ella. Pero... ¿qué? ¿Cupido?

CUPIDO (Que ha oído un murmullo). — Parece que no estoy solo. Otro me ha precedido.

LUZBEL (Siempre en la sombra). — ¿Vendrá también por Ella? (A Cupido) Oye, muchacho, ¿qué haces ahí?

CUPIDO. — Te pregunto lo mismo.

LUZBEL. — Espero a la que ha de llegar; ¿harías el bien de dejarme solo?

CUPIDO. — Yo también debo aguardar. ¿No serás tú el que tengas la gentileza de cederme el sitio?

LUZBEL (Impaciente) — No es posible. Además, he llegado primero.

CUPIDO. — Yo he sido el segundo, pero da lo mismo. Me quedo.

LUZBEL. — Eres impertinente, muchacho. (Con ademán agresivo). ¡Vete!

CUPIDO (Esquivándose con gesto picaresco). — Pierdes tu entereza. Eso no es elegante.

LUZBEL (Fuera de sí). — Te digo que me dejes. (Ante el gesto burlon de Cupido se serena). Tienes razón. Hablemos.

CUPIDO. — Como dos amigos.

LUZBEL. — Como dos buenísimos amigos. ¿A quién esperas?

CUPIDO. — Obvia la pregunta. A una mujer.

LUZBEL. — Te ha prometido venir?

CUPIDO. — No.

LUZBEL. — Pero sabes que vendrá?

CUPIDO. — Debe pasar a esta hora.

LUZBEL. — Y tu la acechas. Viejo recurso.

CUPIDO. — ¡Tan viejo! Como que tú lo usas.

LUZBEL. — Pero tengo otras armas. Dime: quién es ella?

CUPIDO. — Una mujercita deliciosa. Diez y ocho años. Blancura de cisne...

LUZBEL (Interrumpiéndole). — Cabellos rubios?

CUPIDO. — Como el trigo en sazón.

LUZBEL. — Ojos verdes, profundos, inmensos...

CUPIDO. — Ojos que encierran un poema

LUZBEL (Como hablando consigo mismo). — Cuerpo perfecto...

CUPIDO. — Maravillosamente perfecto. Pero ¿la conoces acaso?

LUZBEL. — Es la que espero.

CUPIDO (Asombrado). — Luego, somos rivales?

LUZBEL (Sarcástico). — Rivales.

CUPIDO. — Y crees conquistarla?

LUZBEL. — Eso te lo pregunto a tí. Muchacho: eres demasiado joven para pensar en el amor.

CUPIDO (Con orgullo). — Pero mi juventud es una ventaja.

LUZBEL (Riendo). — Veamos: Has mirado alguna vez los ojos de una mujer?

CUPIDO (Indeciso). — ¡Tantas han pasado por mi lado!

LUZBEL. — No te pregunto eso. ¿Has sentido alguna vez en tus ojos la caricia de otros ojos que te entregaban toda una vida en la mirada?

CUPIDO (Turbado). — No.

LUZBEL. — En alguna tarde lujuriosa de estío, ¿has saciado tu sed en la frescura de otros labios?

CUPIDO. — Tampoco.

LUZBEL. — Tus manos se han adormecido en la tibieza de una piel femenina?

CUPIDO (Desalentado). — Menos aún.

LUZBEL. — ¿No has reído, no has llorado, no has enloquecido, no te has torturado junto a la enormidad de un cuerpo de mujer? Dime: ¿qué has hecho entonces?

CUPIDO (Sonrojado). — Las he adorado de rodillas.

LUZBEL (Riendo). — ¿Y te has inundado de luna, de noche, de infinito?

CUPIDO. — He contado mi tormento a las estrellas.

LUZBEL. — ¿ Y luego?

CUPIDO. — Cuando llegaba el alba se adormecía mi pena.

LUZBEL. — En suma, no has amado.

CUPIDO. — ¿Es motivo suficiente para que no ame ahora?

LUZBEL. — No lo afirmo. Pero vete. Ama a tus estatuas llenas de luna y blancas de espacio. Déjame a mí a la que ha de llegar.

CUPIDO. — No puedo. Me obsesiona su imagen.

LUZBEL. — No importa. Tu puedes adorarla de rodillas y besar el borde de su falda.

CUPIDO. — Quiero amarla con toda la plenitud de mi juventud radiante. Vete tú que ya has amado tanto.

LUZBEL. — No discutamos. Veo a lo lejos una mancha blanca que parece ser Ella. Intentemos conquistarla.

CUPIDO. — Esperemos.

(Se produce un silencio en el jardín poblado de fantasmas. Cupido sueña apoyado en un árbol, mientras la luna ilumina de lleno su cara imberbe. Luzbel aguarda impaciente el momento de la lucha. En su rostro envejecido por las pasiones, la mueca del desdén alarga su media curva confundiéndose con un gesto de cansancio.

Por el camino de cicas y magnolias llega Ella. Viste de blanco, como una criatura de ensueño. Al llegar al sitio donde aguardan ambos, se detiene, pasea la vista en derredor y va a seguir su camino cuándo Luzbel se pone de un salto a su lado).

ELLA (Asustada). — ¿Quién eres?

LUZBEL. — No temas. Soy uno que te ama.

ELLA. — ¿Y qué haces aquí?

LUZBEL. — Aguardaba tu paso.

ELLA. — ¿A esta hora?

LUZBEL. — Es la más propicia.

ELLA. — ¿Para el amor?

LUZBEL. — Para el amor.

ELLA. — Te equivocas. Yo temo a la noche.

Me parece que de ella me ha de llegar una angustia infinita. Cuando niña me adormecía en el regazo de mi madre porque la soledad nocturna me espantaba. Ahora, busco la compañía de las flores, el canto de la fuente, la conversación de las hojas. Por eso salgo al jardín. Mi habitación está poblada de fantasmas.

LUZBEL. — No es la noche lo que te espanta. Es la soledad de tu alma.

ELLA. — Quizá tengas razón. A veces me he sorprendido contando las horas como quien espera algo. Y cuando amanece, bendigo a la luz que me trae la compañía de los seres y de las cosas.

LUZBEL. — Y no has pensado en llenar ese vacío?

ELLA. — ¿Es tan difícil? A quién encontraré que ame como yo las flores la luna, la fuente?

LUZBEL. — Hay otros goces superiores a esos que tu enumeras.

ELLA. — ¿Los conoces acaso?

LUZBEL. — Podría iniciarte en ellos. Es tanta mi experiencia que puedo asegurarte tengo en mi mano la llave que ha de abrirte las puertas de la vida.

ELLA. — Mucho aseguras. Dime: ¿qué goces son esos?

LUZBEL (Se acerca más y le toma una mano que Ella retira con presteza). — No seas esquiva.

ELLA. — Necesitas tomarme la mano para hablarme?

LUZBEL. — Tal vez. Dame la mano. (Ella obedece). Ahora escucha. ¿No has visto nunca reflejados en el agua de la fuente tus cabellos de oro?

ELLA. — ¡Tantas veces!

LUZBEL. — ¿Y no has soñado con que una mano te los acariciara con la dulzura con que se acaricia a la mujer amada?

ELLA. — Me turbas.

LUZBEL. — No temas. ¿No has visto nunca lo diminutivo que es tu pie, ,y qué bien queda prieto por el raso del zapato?

ELLA. — Es cierto.

LUZBEL. — Y no has pensado en que algún día podría alguien que te amara, poner su labio fervoroso en la blancura inmaculada de ese retacito de piel?

ELLA. — Nunca.

LUZBEL. — Cuando cortas las flores en el parque, o cuando conversas con los pájaros, ¿has reparado en que tu mano es más blanca que el capullo de la rosa y más suave que el pecho de un ave?

ELLA. — Tal vez.

LUZBEL. — Y no te ha asaltado el deseo de sentir esa mano aprisionada entre otra mano fuerte que sabría hacerse suave para acariciarla?

ELLA. — Quizá.

LUZBEL (Rodeándole el talle con el brazo). Esos son los goces de que te hablé. Ese es el amor al que tú tanto temes.

ELLA. — ¿Es solo eso?

LUZBEL. — Es también algo más.

ELLA. — Dime, dime, has desatado mi curiosidad.

LUZBEL (Estrechándola contra sí y acercando su rostro encendido al de Ella). — Es más, es mucho más. Es este fuego que has encendido en mi pecho y que corre por mis venas atormentando mi cuerpo castigado por todos los deseos. (Ella pretende desasirse asustada, pero él la sujeta más). Es esta sed enorme que me abrasa, esta sed de besarte los ojos, la boca, las manos, esta ansia de sujetarte a mi pecho y hacerte vibrar toda entera en un solo anhelo.

ELLA. — ¡Oh! vete!...

(En el momento en que consigue desprenderse de los brazos de Luzbel, aparece Cupido que ha permanecido hasta ahora apoyado en un árbol abstraído en sus meditaciones. Luzbel, extenuado, se aleja entre las cicas).

ELLA. — ¿Y tú quién eres? Vienes también a perseguirme?

CUPIDO. — No me huyas. ¡Te he soñado tanto!

ELLA. — ¿Qué deseas de mí?

CUPIDO. — Contemplarte. Así, bañada por la luz de la luna, eres una imagen de ensueño.

ELLA. — ¿Amas la luna?

—CUPIDO. — Es la novia de mis noches blancas.

ELLA. — Entonces no te temo acércate.

CUPIDO (Acercándose). — Perdóname. Debí traer mis manos llenas de flores para arrojarlas sobre tus hombros de estatua.

ELLA. — No importa. Otra vez será.

CUPIDO (Cayendo de rodillas y besando el borde de su falda). — ¡Otra vez! ¿Entonces no me huyes?

ELLA (Haciendo ademán de levantarlo). — Déjame que me apoye en tu brazo y sigamos por el camino.

CUPIDO. — ¡Bendita seas!

(Se alejan tomados del brazo. Ella ha reclinado su cabeza en el hombro de él. La luna, discreta se oculta en una nube. Tras el bosquecillo de cicas y magnolias Luzbel, agazapado espía a los amantes. La derrota ha puesto en sus ojos una lágrima roja).

Delia ROMERO LLANOS

¿Qué es la conciencia?

No hay más que una conciencia, como no hay más que una moral; pero revisten diversas manifestaciones.

La conciencia política, por ejemplo, se manifiesta en actos que son la censura concluyente de la táctica de los partidos. Ella es lo contrario de esa manera de ser *práctica*, negadora y adulteradora de los principios doctrinales. Haciendo, pues, lo opuesto, o absteniéndose de hacer, se prueba que se tiene políticamente conciencia. Debemos en este punto de conducta pública quedarnos con el espíritu y rechazar la letra, aunque la letra sea excelente. El fariseísmo político ha reemplazado al dogmático y todo es confusión e histrionismo trascendental en ese orden.

Los políticos especulan con la patria, como los falsos devotos y los falsos sacerdotes especulan con la idea de Dios.

La conciencia religiosa es el reverso de la simulación de virtud y de fe que representan los pseudo-creyentes, los traficantes en especies divinas.

Los templos están llenos de mercaderes. Dios no suele residir en esas casas sagradas profanadas, sino en los corazones puros que lo adoran al aire libre entre cielo y tierra, o en las humildes mansiones donde se vive y se practica su ley en actos.

La sencilla invocación de un alma buena que lo llama sin fórmulas en un trance de amargura, le es más grata que el panegírico huero, sin calor espiritual, de un sacerdote que lo manosea y lo tutea.

Entre los sirvientes del templo dánse a menudo los casos de corrupción, de soborno, de prevaricación, y los *abusos de confianza*.

No es allí, donde hemos de buscar la conciencia religiosa.

La conciencia social es lo opuesto de esas formalidades vacías en que esconden su iniquidad tantos canallas tenidos por caballeros, tantos malvados tenidos por justos.

Los fariseos de la religión creen que tomando agua bendita, dándose golpes de pecho y recibiendo la bendición absolutoria de un cura, pueden burlar el precepto y esquivar el deber. Se encierran en la letra; rechazan el espíritu.

Del propio modo los fariseos de la sociedad se figuran que, satisfaciendo a las reglas externas, están dispensados de toda higiene de toda disciplina y de toda justicia interior. Les basta el ceremonial, *el protocolo*.

—¡No, odiosos farsantes! La conciencia social cae fuera de las formalidades protocolarias colectivas. Es la bondad en acción, independiente de ordenanzas y pragmáticas hipócritas. Cabe dentro de ellas, eso sí; pero no la contienen totalmente ni necesariamente.

¡Cuántos sentenciados valen más que sus sentenciadores!

Francisco GONZALEZ DIAZ

Lo que ata el amor y desatan los celos

Por Constantino Suárez

En las postrimerías de 1504 luchaban en los corazones medinenses dos fuertes sentimientos. Era, por un lado, la algazara de que morase en el castillo de la Mota su augusta dueña, la Católica Isabel, y, por el otro, el dolor que causaba en los pacíficos moradores de Medina del Campo el presentido fin de la soberana, aquejada de incurable mal.

Sólo una persona en la histórica ciudad parecía vivir ajena a estas preocupaciones generales, embargada por pasión tormentosa. Era ella Fernando Téllez, paje y amante de la opulenta y alcurniada viuda doña Ana de Montoro, mujer, además de peregrina belleza y de virtudes ponderadas por la voz del pueblo; pues se ignorabann en Medina estos amoríos, nacidos en vida del esposo y bautizados con la sangre de éste, derramada por manos criminales.

Las ennconadas furias que se debatían en el corazón del joven Fernando estaban azuzadas por los celos. Provocaban éstos las asiduidades y finezas de que usaba y abusaba cerca de la viuda un don Juan de Maldonado, más conocido por el *Caballero de Olmedo* (por ser nacido en esta población), llegado a Medina entre los personajes del real séquito.

Era el de Maldonado hombre tan afamado en lides bélicas como amatorias. A la valenta y bravura en la guerra, juntaba la gallardía de su continente y lo seductor de su palabra para los amoríos. Pero la resistencia de doña Ana, nunnca tan firme ofrecida por otra mujer, sirvió de acicate para que en el pecho del adiestrado seductor se enraizase la más pura pasión amorosa, jamás hasta entonces sentida. Por eso, sus pretensiones cerca de la viuda eran súplicas y ruegos de rendido amante, impropios de quien en el ocaso de su segunda juventud contaba un largo historial de conquistador. El verse desdeñado exaltaba en su enfebrecida mente los ya no vulgares encantos de la inabordable doña Ana, y desde sus cuantiosas riquezas y su nombre, hasta su vida, nada le quedaba por ofrecer en pago de una correspondencia amorosa.

Muchas de las connversaciones entre la viuda y el cortesano las escuchaba secretamente el contrariado paje, y aunque enterado de la inalterable resistencia que su señora y amante oponía al rival pretendiente, temía verse suplantado en el corazón de ella y esta contrariedad le alteraba grandemente el ánimo, trasluciéndosele al semblante.

II

La viuda quiso saber lo que al amado mancebo causaba tan persistente melancolía:

—¿Por qué te obstinas, Fernando mío, en ocultarme lo que altera tu gracia natural?

—Por temor a ofenderos como mi señora lo que como amante no debiera ocultaros.

—Y ¿estimas, por ventura, que no han de mortificarme tus reservas, cuando no tengo mayor ambición que vivir tus pensamientos? Dime, pues, por qué así penas, si no quieres que yo me atormente de igual modo.

Calló un instante Fernando, meditativo, y dijo luego:

—Pues que me lo permitís, os diré que me inquietan y amargan las crecientes galanterías que con vos usa el *Caballero de Olmedo*.

La viuda desgranó una risa zalamera, y tendiéndole apasionada los brazos al paje por el cuello, exclamó:

—La perseverancia de don Juan, señora...

—Mayor deseo la tuya. Y no temas por la mía en amarte, que no he de cambiar los goces de poseer tu corazón juvenil por otro agotado en múltiples amores.

—¡Cómo siento el mío inflama...

EL RUISEÑOR

Sobre una rama excelsa de un lauro centenario
Así gorjeaba ufano poeta el ruiseñor:
—Mi canto es como ofrenda de un oculto incensario
Que se eleva a los cielos endiosando el amor.

En vano es que me aceche el buho funerario
Merodeando en la sombra rencoroso y traidor
O en obscuros corrales, el gallo temerario
Me contienda el primado con su canto inferior.

Triunfaré eternamente, yo ruiseñor poeta:
Por mí tiene más luz la vida en el planeta
Y dora sus más bellos ensueños la Ilusión.

Soy el alma del alma de todo lo que existe:
Mas las aves rastreras que *buscan el alpiste*
No entienden ni una nota de mi alada canción.

Domingo SASSO.

—¡Eso te aflige, pobre Fernando!... ¿Cómo puede temer tu risueña juventud la rivalidad de quien podría ser tu padre, por los años, y abuelo espiritualmente?

—Porque él es rico y de limpio linaje, y yo pobre y de bastardo origen...

—Y ¿qué importa todo eso si tengo el corazón lleno de ti y no cabe en él la más remota suplantación?

do al oíros! — exclamó apasionado el paje—. Pero temo a ese hombre...

—¡Si es un pobre loco, amado mío! Sus donaires y ternezas me causan risa.

—¡Quién sabe si lo interpone entre nosotros la sombra vengadora de mi señor!... — dijo Fernando con pesadumbre.

Doña Ana de Montoro hizo un gesto de espanto y se cubrió instintivamente el rostro con las manos. Al punto, requirió:

—¿Por qué enturbias con esa horrible evocación este momento tan feliz?...

—Perdonadme, en gracia a lo dolorido y turbado que estoy...— suplicó Fernando.

Se siguió un silencio de meditación para ambos, y dijo luego doña Ana:

—Para que esto no suceda más te prometo que la primera visita de don Juan será la última... Le despediré con cualquier fingido enojo.

III

Y llegó el día de esa última entrevista, algunos después de fallecida la reina Isabel.

Los moradores del castillo de la Mota se disponían a retirarse con su rey y señor, el Católico Fernando, unos, y otros cerca de la heredera del trono castellano, doña Juana. Entre estos últimos estaba el Caballero de Olmedo. Adolorido por los desdenes de la hermosa viuda, había resuelto no partir de Medina del Campo sin conocer la verdadera causa que se oponía a obtener su mano en matrimonio. "Antes morir a manos de un rival, si le hay, o a las mías propias, si se trata de simple menosprecio, que vivir atormentado por la duda", se había dicho don Juan. Y con este finísimo propósito, llegó al palacio de doña Ana de Montoro.

La tradición sorprende en este punto a los amantes en suntuosa dependencia de la señorial mansión, después de larga plática en que don Juan suplica fervorosamente un poco de amor y obtiene sólo donosas burlas... Ella, sentada en alta butaca de dosel, altiva la actitud y un rictus de sonrisa sarcástica en los labios; él, con una rodilla en el suelo, caídos los brazos, afincada la negra barba en la alba gorguera, la mirada vagamente perdida a los pies de su esquiva dueña...

El de *Olmedo* alzó la cabeza con cierto aire de resignación, y dijo:

—Señora; compadeceos de quien jamás tan rendidamente se postró ni ante la reina del cielo.

—Y ¿quién os dice, don Juan, que no me inspiréis compasión? La compasión de quien lamenta no poder otorgar lo que se le pide...

—Vuestros desvíos me enloquecen, doña Ana.

—¡Oh, por Dios! Quien, como vos, tiene sobradas ocasiones para amar, fácilmente encuentra curación a la locura...

—Sois cruel...

—No, don Juan. Es que pretendéis un imposible.

—¿Imposible, decís?

—Tanto como que las aguas del Adaja bañen a Medina.

Calló un momento el cortesano, pensativo, y argumentó a seguida:

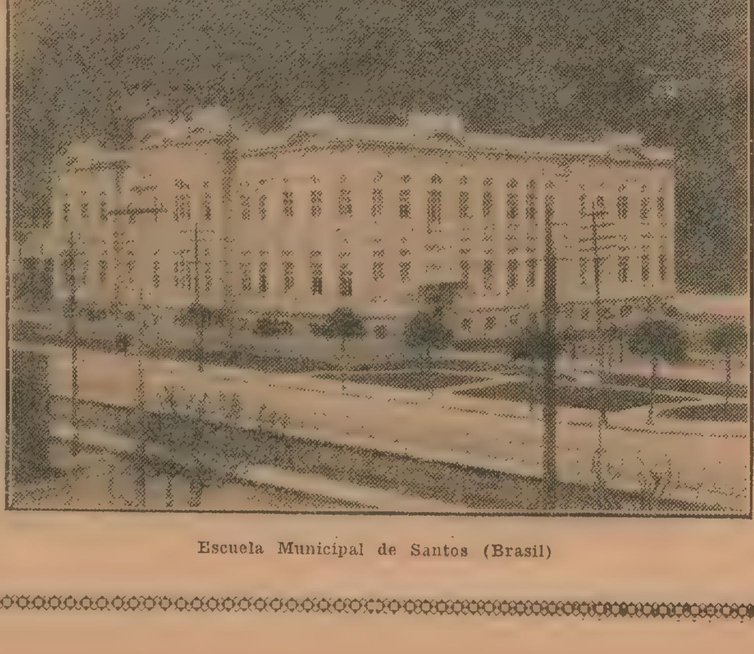
—Que las aguas del río Adaja pasen por Medina no me parece tan imposible como decís, señora.

Doña Ana le contempló entre sorprendida y displicente, por parecerle que su galanteador había perdido el juicio, considerando que no distaba menos de dos leguas de la población el curso del río. Fiel a su pensamiento, preguntó:

—¿Tan fácil os parece lo que sólo conseguiría un milagro?

—Un milagro... o el amor.

—El amor no podrá tanto, don Juan.



Escuela Municipal de Santos (Brasil)

—El que inflama mi corazón, sí. Podría eso y más. Y si tal empresa ponéis por precio a vuestra mano, yo haré que antes de un año veáis desde vuestro palacio correr por Medina las aguas del Adaja.

Esta promesa confirmó a la viuda que flaqueaba el juicio del rendido pretendiente. Segura de que no podría cumplir lo ofrecido, y como argucia para alejar de sí al cortesano, dijo:

—Pues si en un año realizáis vuestro empeño, os concederé mi mano en matrimonio. Pero con una condición.

—Con todas las que señaléis, señora.

—Que no hemos de vernos en tanto que no se cumpla lo pactado.

—Convencido, aunque me pesa renunciar a veros... Antes del año volveré por mi suspirada felicidad, de la que sois único arbitrio.

IV

Nadie volvió a ver en Medina al *Caballero de Olmedo*, ni al palacio de doña Ana llegaban noticias de él, por lo que tanto la viuda como el paje suponían que se habría marchado, curada la locura de amor, con la otra gente cortesana.

Nada volvió a perturbar los secretos amoríos de doña Ana de Montoro con su paje Fernando Téllez. Si alguna vez surgía el recuerdo del de Maldonado en sus apasionados idilios, era sólo para reirse y mofarse de los desvaríos del famoso seductor.

Pero no había cumplido el año, cuando el *Caballero de Olmedo* se presentó inopinadamente a la viuda, invitándola a subir a la más alta torre del palacio, para que presenciara el momento en que empezarían a correr por Medina las aguas del Adaja.

Don Juan había puesto gran parte de su fortuna en la empresa de conducir por amplia zanja parte del caudal de dicho río a desahogar en el de Zapadiel, después de cursar por la población. Un verdadero enjambre de jornaleros trabajaron día y noche en la construcción de la acequia, con más de dos leguas de longitud. Y el de Maldonado venía por el precio de su promesa de amor.

Desde lo alto de la más alta torre, la viuda vió, asombrada del suceso y enmudecida por el pesar de su ligereza en prometer, cómo a la hora anunciada por el *Caballero Olmedo* empezaron a correr las aguas del Adadja por la población. Rendida a la evidencia de que no era tan imposible lo que había considerado obra de un milagro únicamente, tuvo allí mismo que reiterar el cumplimiento de su palabra, acallando con energía las protestas de su corazón.

V

Doña Ana y Fernando comentaban el suceso, consternada ella, desconcertado él.

—Os digo, señora, que la dotación de aguas a Medina obedece a una orden dada por la reina Isabel en sus últimos días.

—Eso no me exime, Fernando mío, de cumplir lo en mal hora pactado.

—¿De manera que no pensáis excusaros?

—Bien sabes que una dama de mi linaje no puede faltar a su palabra, so pena de merecer el mayor desconcepto en la corte.

—¡Tal parece que estáis prendada de ese odioso don Juan!...

—No es menos repulsivo a mis ojos que a los tuyos, Fernando. Te lo aseguro.

—No comprendo, entonces, por qué tan fácilmente cedéis a sustituirme, a eliminarme...

—Tales empresas, señora, salen bien una vez; pero no admiten segunda prueba, y menos con tan bien armado y valiente caballero.

—Sé valiente siquiera, Fernando, para declarar que te acobarda mi propuesta... Así, pues, acepta mi casamiento como fatalmente inexcusable.

—¡Eso, nunca! — rechazó el paje con exaltación digna de más noble hazaña. — Antes prefiero morir a tajos de tan famosa espada... Citadle, señora; que seáis

EL ENTUSIASMO

El entusiasmo es la espada mejor para el combate de la vida.

Porque la vida no es una ciencia, sino un arte; hay que sentirla, en vez de razonarla.

Para vivir, es preciso, ante todo, sensibilidad. Estamos llenos de fórmulas y de abstracciones; nuestra filosofía es una escuela de falacias y orgullos; ahogamos las sencillas verdades bajo un turbión de palabras engañadoras, y abandonamos las fuentes eternas de la alegría, los bienes fundamentales.

La vida es buena o mala, triste o alegre, según el cristal con que se mira. ¿Por qué mirarla con ojos turbios?

Ni aun el dolor merece desdén o rebeldías, ya que es la fuente del amor eterno.

Cuando lleguemos al fin de la jornada, de la breve jornada de la vida, nuestro mejor tesoro será el recuerdo de las lágrimas, de las divinas emociones que han sacudido nuestros nervios, y abrasado nuestras mejillas, y arrancado al alma una chispa de luz.

"El único bien que me queda en el mundo — ha dicho un poeta—, es el haber llorado algunas veces".

Ricardo LEON

—¿Quién ha pensado en eso? De faltarme tú, no cumpliría mi palabra. Pondría fin a mis días en un monasterio o dándome muerte... ¡Sólo por tí!...

—Pues yo no accedo, señora, a poseer a medias vuestro corazón— dijo con destemplada altivez el paje.

No se dió con esto por molestada la de Montero, gozosa de verse tan bien amada. Tras breve pausa, propuso:

—No veo otro remedio al mal, entonces, que eliminar al *Caballero de Olmedo*... Yo le citaría para mañana a la noche en el jardín... Tú le esperarías fuera con algunos hombres armados...

de uno de los dos y no de entrambos.

VI

Buscando el amparo de las sombras para que la luna no le delatara el *Caballero de Olmedo* salió de un bosquecillo, donde había dejado la cabalgadura, hacia la tapia del huerto de doña Ana. Con el corazón regocijado por mil soñados goces de amor, hirió con los nudillos la puerta del jardín. Disponíase a llamar segunda vez, cuando se encontró acometido furiosamente por la espalda. Al volver ésta contra la puerta para repeler la emboscada, encontróse

con que su espada chocaba con tres a un tiempo. Como no bastaba su rara destreza a impedir que recibiera tremendas cuchilladas, se sentía desangrar y desfallecer; pero consiguió tumbar mal herido a uno de los combatientes y poner en fuga a otro, continuando la lucha con el más joven de los tres, que parecía dispuesto en duelo a muerte, a juzgar por la ferocidad con que acometía. Sin embargo, ya sin fuerzas apenas para sostenerse en pie, logró desarmarle. Y, bien por proceder con caballerosa nobleza o porque se encontrase sin energías para acometer al desarmado rival, es el caso que cruzó su espada sobre el pecho, y preguntó a su enemigo, sorprendido de que fuese un mozalbete:

—¿Quien sois y por qué me agredís?

Me llamo Fernando; soy de Olmedo, hijo de una seducida mujer de allí, y os combato por celos.

—¡Fernando!... ¡Marta!... ¡Marta!... ¡Por celos!... ¡Y por vengar la seducción de tu madre!...

En diciendo esto, don Juan de Maldonado cayó exánime sobre el umbral de la puerta.

. . . .

Cuentan que si la posesión de doña Ana sirvió luego de mausoleo a los despojos de don Juan... Y dicen que si las aguas del Adaja dejaron de correr al otro día por Medina del Campo, obstruída por el Diablo la famosa acequia, la cual, después de seca, se conoció y aun se recuerda con el nombre de la *Cava*.

COSTUMBRES BARBARAS

Los japoneses, hasta que se incorporaron a la civilización occidental se mataban por el motivo más fútil. El deudor que no podía pagar sus compromisos; el cortesano que perdía la gracia del Mikado; el empleado que faltaba a su deber; el noble que se creía deshonrado; todo aquel que tenía motivo de disgusto, apelaba al "nabayen", a clavarse la espada en el vientre.

Hubo un tiempo en que esto estuvo tan en práctica que se daban lecciones acerca del punto en que debían herirse los que apelaban a semejante medio, la manera más digna de caer al suelo, etc., etc.

Cuando fallecía un Mikado, sus ministros y sus cortesanos apelaban al "nabayen" para demostrar sus sentimiento. Una de las primeras víctimas era, por lo general, el funcionario más elevado del Estado y el que le seguía le cortaba la cabeza, la cual presentaba al emperador, empleando la fórmula siguiente:

—"Tal como tú has muerto nosotros moriremos".

Y acto seguido los cortesanos sacaban sus espadas y se atravesaban el vientre, sitio en que el "nabayen" clásico había de verificarse.



Frente del Instituto Osvaldo Cruz, en Manguinhos (Brasil)

La princesita blonda

Por Manuel Ochoa

Allá en época muy remota a esta en que vivimos, cuando los árboles al frutar daban sus frutos transformados en oro y piedras valiosas y donde en lo más intrincado de las selvas inexpugnables tenían sus guaridas temidos dragones de siete cabezas, existía un poderoso Rey, tan bondadoso que era querido en extremo por todos sus vasallos. Y este Rey, ya anciano al igual que todos los reyes de aquellos tiempos inefables, tenía una hija tan rubia como sólo pueden serlo las mieses en sazón: sus blondos cabellos al orlar su rostro, cuya tez únicamente podría equipararse por su nítida e impoluta blancura al alabastro, formaban una sin igual corona al cernirse sobre sus sienes. Por su belleza la Princesita se hacía admirar y por su entendimiento sin par y trato afable constituía el asombro de cuantos la oían.

En rededor de la Princesita todo sonreía. El dolor jamás se conoció en tal reino: en él no se permitió el acceso más que a la madre Felicidad.

Esto y la fama de su beldad habían corrido por los ámbitos del mundo entero; de suerte que no hubo príncipe, por ruin que fuese, que no se decidiera cortejar a la Princesita de nuestra narración y a dedicarla la gama de sus galanteos y donaires. Mas todos, tras malgastar el tiempo, cedieron en sus pretensiones ante lo estéril de sus esfuerzos: la Princesa, siempre cortés, a todos desengañó.

Y un día — que en malhadada hora amaneció — la Princesita comenzó a perder su color sonrosado; sus mejillas, aunque conservaban la tersura anterior, empalidecían; sus ojos — remansos azulados — de tanto llorar se hinchazonaban.

En los comienzos de la enfermedad, el Rey, aconsejado por los médicos de cámara, organizó deslumbrantes torneos y ejercicios de ingenio y justas a las que concurrieron, prestándoles mayor brillantez, muchedumbres deseosas de hallar un rato de solaz. Pero no es el tedio el mal que aqueja a la Princesa, pues ésta llora sin tregua.

Después de largas discusiones, tras probar con nulo resultado cuantos remedios les sugirió la Ciencia para extinguir la nefasta dolencia que minaba, infatigable, aquella vida preciada, los doctores emitieron su dictamen definitivo: ¡la Princesita de los cabellos rubios era presa de un maleficio desconocido!

—:o:—

¡Todo sigue igual!...

Nada importan las piruetas del bufón que, incansable, agita, entre raudas y ágiles cabriolas, los dorados cascabeles ornato de su traje chillón de variados colorines; los múltiples halagos de su padre el Rey no logran tampoco traer su ánimo; las viejas canzonetas, que sólo dicen de amores venturosos, ni las dulces melodías de músicas extrañas, plenas de armonías, no consiguen contener el llanto que resbala cuidadoso a lo largo de sus pálidas mejillas... Y un poeta — el mejor del reino—, pulsando la lira, compone una trova que, al correr de los años, se haría inmortal.

"La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?...
Los suspiros se escapan de su boca de fresa"....

El Hada-madrina, alejada a un ángulo de la habitación, medita sobre la causa que acongoja el alma de su linda ahijada. ¡Juguetes y flores; honores, riquezas, belleza! Todo la sonríe, todo la rodea a la Princesita de blondos cabellos... ¿Por qué suspirar si nada la falta?..

Y el Hada pregunta:

—¿Pudieras decirme cuál es el motivo que a tus lindos ojos arrasa de lágrimas?...

Y la Princesita, en muy queda voz, responde en un hálito:

—¡Madrina, el Amor!

—¿Siendo aún una niña?... ¡Calla, oh princesa!... Coge tus muñecos de trapo y juega con ellos; baja a los jardines que circundan a tu real palacio y corta las flores de aroma exquisito; vé de cacería; pero deja que el tiempo transcurra y olvida al Amor. Cuando seas mujer y estés en edad propicia torna a recordarlo. ¡Hoy es harto pronto!

Mas la Princesita, tras limpiar las huellas que el llanto dejó impresas en su rostro nacarino, niega con sus dedos — gráciles mariposas en torno de una flor — y murmura:

—¡Imposible olvidar!...

(El poeta, adelantándose a los acontecimientos, prosigue su verso admirable:

"...En caballo con alas hacia aquí se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que...")

Y, alzándose del asiento, con paso leve, la Princesa se acerca silente hasta el ventanal y con gesto vago señala un punto lejano...

El Hada contempla absorta; el Rey no alcanza a dar crédito a aquello que ven sus ojos el bufón suspende un instante sus burlas y chanzas y mira igualmente... ¿Será cierto? ¿Es por aquel pajecillo por quien llora y suspira la pálida Princesa de los cabellos de oro?...

Y ésta, cual si adivinara ambos pensamientos, concluye:

—¡He ahí la causa del mal que me angustia! No hay maleficio; sólo hay Amor...

. . . .

Y como la sonatina no podía quedar inconclusa, el monarca ordenó llamar al paje y el poeta terminarla, fantaseada por su númen excelso:

"...Y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor!"

Dr. Washington Luiz Pereira de Souza,

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL BRASIL

Una alta personalidad de la democracia americana

El doctor Wáshington Luiz Pereira de Souza, Presidente de los Estados Unidos del Brasil, no requeriría otra condición para probanza de las altas cualidades morales e intelectuales de que se halla exornada su noble personalidad de jurisconsulto, estadista y político. Pertenece a la generación que dió a aquel grande y progresista país hermano la definitiva organización institucional sobre la cual descansa su magnífica democracia. El doctor Wáshington Luiz Pereira de Souza representa, pues, aparte de la magistratura que le confiriera el pueblo brasileño a título de reconocimiento de la jerarquía de su espíritu, al núcleo generoso de pro hombres que forjaron y afirmaron la República, imponiéndola en el concierto de la civilización como uno de los pueblos de más libre y firme estructura. Por eso adviértese en su fisonomía los rasgos enérgicos y sobrios del héroe civil. A su paso por la Universidad, por el Foro, por el Parlamento, dejó tras suyo una esplendorosa huella de patriótica dedicación a los bienes comunes del país, de inteligente actividad, de práctico y noble idealismo en todas las esferas del esfuerzo humano.

Fácilmente, pues, es dable hallar el símbolo de su existencia en la recta inflexible que se prolonga de un punto a otro, en un afán decidido, en una aspiración definitiva. El Dr. Wáshington Luiz Pereira de Souza alentó siempre una hondísima fé republicana, y en ello debe buscarse la clave de la austeridad ejemplar de su vida y de su absoluta consagración a su patria.

El ejercicio de la primera magistratura del Brasil, en un período que será histórico por el fecundo impulso de todas las manifestaciones de su actividad, no hizo sino precisar con caracteres aún más firmes el perfil rotundo de su personalidad. Puede así considerársele el ciudadano que tuvo la fortuna y el tesón de servir a su patria en la medida de su anhelo.



DOCTOR WASHINGTON LUIZ PEREIRA DE SOUZA, PTE. DE LOS EST. UNIDOS DEL BRASIL

Desde su labor de estudiante en la Facultad de Derecho de San Pablo, en la cual se graduara después de una rápida y brillantísima carrera, hasta su actual obra de gobierno que, según llevamos dicho, adquiere proporciones históricas, el doctor Wáshington Luiz Pereira de Souza, siguió, entonces, el trazo indeclinable de la recta a que nos refiriéramos. De ahí que digamos de él que, en justicia, figura entre los organizadores de la vasta y progresista patria hermana.

Silueta de singular relieve, de bellas y ejemplarizadoras cualidades; por lo que representa y por lo que hizo en bien de una nación que, como el Brasil, ocupa un puesto de primera fila entre los pueblos civilizados, el doctor Wáshington Luiz Pereira de Souza tiene ganada la gratitud y la admiración del mundo.

Nació el distinguido hombre público brasileño en la pequeña ciudad de Macahé, Estado de Río de Janeiro, en el año **1873**. *Concluídos sus estudios en la Facultad de Derecho de San Pablo, presentóse como procurador criminalista en Rezende, de donde se trasladó a Batataes, radicándose allí y llegando a desempeñar la intendencia de la misma. Fué luego diputado al Congreso del Estado de San Pablo y Secretario de Justicia del mismo Estado durante la Presidencia del Dr. Albuquerque Lins. Tocóle más tarde intervenir en la intensa lucha civilista sostenida por Ruy Barbosa y Hermes Da Fonseca en disputa de la Presidencia de la República.*

Fué, sucesivamente, en virtud de sus relevantes méritos, Prefecto de San Pablo y Presidente de dicho Estado. La obra formidable que cumpliera en tal carácter, obra que se considera definitiva, por su magnitud y alcance social, lo llevaron a la primera magistratura del Brasil en medio del aplauso general, aún de sus propios adversarios.

INGENIERO OCTAVIO MANGABEIRA, ministro de Relaciones Exteriores del Brasil.

Una figura de trascendencia internacional

La figura del Ingeniero Civil, Octavio Mangabeira, que desde el Ministerio de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos del Brasil, coopera en la grande obra de Gobierno del doctor Wáshington Luiz Pereira de Souza, pertenece a la juventud carioca, que, en posesión de la democracia de la República, lucha por llevar a ésta al más alto grado de desarrollo de todos sus recursos morales y materiales. Hay en su recia fisonomía los rasgos excepcionales de los verdaderos conductores de pueblo. Su persona advierte de inmediato la presencia de un hombre llamado a cumplir un papel preponderante en cualquiera de las esferas de actividad a que consagre su esfuerzo. Su dinamismo profundo, que le permite multiplicarse en el ejercicio de numerosas y diversas aplicaciones, es acaso uno de los factores creadores o alentadores de su personalidad; pero lo es más, muy principalmente, su talento extraordinario, la ejemplar virtud de su inteligencia que, con solo proponérselo, abarca todos los rumbos del pensamiento humano. Así el Ingeniero Civil Octavio Mangabeira es, a la vez que publicista de notorio prestigio, profesor, periodista, financista y técnico de ramas como la marina, en la cual se especializara hasta el punto de considerársele la primera autoridad americana de la materia. Agréguese a ello que el eminente hombre público brasileño tiene una larga y brillante carrera parlamentaria, durante la cual se destacó como un orador de elevado vuelo y como un polemista certero y avezado en todas las fases tribunicias. Fácil es notar, entonces, que la personalidad del Ingeniero Civil Octavio Mangabeira ofrece la imagen del poliedro o del kalcidescopio descompuesto en caras, vértices, aristas y colores. Nada mejor para dar la sensación exacta de la admirable figura ciudadana que ocupa el Ministerio de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos del Brasil. Como aquellos espíritus eclécticos y superiores que nos ofrece la política de los pueblos gloriosos de la antigüedad, el Ingeniero Civil Octavio Mangabeira tiene un caudal de ilustración e ingenio propio para los más abstrusos y contradictorios problemas de gobierno. ¿Cómo sorprendernos, pues, que luego de un concienzudo y matemático informe pericial a la Comisión de Finanzas, de la cual fué miembro en el curso de su actuación parlamentaria, se le oyera hablar con agudo ánimo sobre elegantes temas de filosofía y literatura? El Ingeniero Civil Octavio Mangabeira, después de dictar su prestigiosa cátedra en la Escuela Politécnica, encaraba con idéntico conocimiento y entusiasmo la redacción de una amena nota periodística o de un profundo ensayo histórico. Por eso hemos dicho que no podía hallársele mejor imagen que una múltiple figura geométrica proyectada en una policromía de reflejos.



Doctor Wáshington Luiz Pereira de Souza, Presidente de los Estados Unidos del Brasil

Al frente del Ministerio de Relaciones Exteriores de su país, el Ingeniero Civil Octavio Mangabeira ha proseguido la realización de la patriótica obra en que se iniciara con su juvenil participación en las primeras luchas cívicas de la República. Afianzado su nombre en la consideración del Brasil por virtud de su labor pública en el libro, el periodismo, la cátedra y el parlamento, su desempeño de la referida cartera no hizo sino imponerlo al concepto mundial. Afirmó el crédito internacional brasileño, amplió los límites de las relaciones de su patria, intensificó profundamente aquellas otras que, desde largo tiempo, prestigiaban el nombre del Brasil como un símbolo de paz, de trabajo, de buena voluntad y progreso.

Labor considerable esta que indicamos, y que en todo momento halló pronto al Ingeniero Civil, Octavio Mangabeira para emprenderla, con decisión e inteligencia, y tratar de realizarla en toda su vasta magnitud.

La obra y el nombre del joven Canciller del Brasil están perdurablemente vinculados a la grandeza presente y futura de su patria.

Doctor JOSE DE PAULA RODRIGUES ALVES, Embajador de los Estados Unidos del Brasil, en nuestro país.

UNA SIMPATICA Y EXCEPCIONAL PERSONALIDAD DIPLOMATICA

El grado alto e intenso de amistad que une al Brasil y nuestro país, y cuya perdurable esencia no podrá sino robustecerse en el curso del tiempo, ya que, por gracia providencial, ambas naciones hermanas están llamadas a seguir una ruta paralela en el camino de la civilización, adquirió su definitiva fuerza merced a la labor inteligente, activa y patriótica del actual Embajador de aquel glorioso pueblo. Dr. José de Paula Rodrigues Alves. No prescindimos, al tributarle al prestigioso diplomático carioca este reconocimiento amplio de su acción, del esfuerzo también, tesonero y desinteresado de sus antecesores en el delicado cargo que ejerce; ni prescindimos, tampoco, de los factores de simpatía oficial y popular y de los intereses comunes que favorecieron en todo momento las relaciones. afectuosas entre Brasil y la Argentina. Pero en estricta justicia, ciñéndonos a nuestro rol de comentaristas imparciales, imprescindible es adjudicarle al Dr. José de Paula Rodrigues Alves, cada vez que se toque el tema, el título de haber galvanizado para siempre, con caracteres decisivos, los vínculos de amistad que nos atan a la grande democracia brasileña. . . .

Y es que el doctor José de Paula Rodrigues Alves hizo algo más que una tarea meramente diplomática. Su cariño a nuestro país y su clara comprensión de los enormes beneficios morales y materiales que se derivarían de la inteligencia internacional argentino-brasileña, tanto para ambos países, como para el continente americano, y aún para el mundo entero, se salieron del severo molde protocolar. Sus sentimientos e ideas acerca de ello se expandieron abiertamente, hicieron rápida escuela en el pueblo, y en el periodismo, la literatura, las relaciones comerciales, industriales y científicas. De ahí que, a poco de hallarse investido ante nuestra Cancillería el Dr. José de Paula Rodrigues Alves, fuera advertida una rápida intensificación del intercambio argentino - brasileño en las más diversas esferas de la actividad pública. Circunstancias sucesivas demostraron, y siguen demostrando, la concordia efusiva que liga al Brasil con nuestro país y que constituye, a no dudarlo, la base primordial sobre la cual reposa la paz y prosperidad de los pueblos a quienes el destino histórico puso en la misma senda de grandeza.



Dr. José de Paula Rodrigues Alves, Embajador de los Estados Unidos del Brasil, acreditado ante el gobierno argentino.

Por eso la personalidad del doctor José de Paula Rodrigues Alves tiene para nosotros un valor de excepción. Es él un nombre que quedará grabado en el agradecimiento nacional argentino, y, que, en razón de su significado, figurará al lado de los creadores de la formidable democracia amiga. Cuando se registre la obra desarrollada por la diplomacia del Brasil para elevar hasta su actual nivel el prestigio institucional, político, económico y financiero de la república, el doctor José de Paula Rodrigues Alves será citado como quien, con mayor eficacia, espíritu de sacrificio y patriotismo, se consagró a la empresa de crear la dignidad internacional de su patria. Y esto le asegurará el tributo de gratitud de sus conciudadanos y de todos los pueblos libres del mundo; y además — ¿por qué no decirlo? — el recuerdo consagratorio de la posteridad.

El doctor José de Paula Rodrigues Alves nació el 16 de Octubre de 1884, en la ciudad de Guaratinguetá, Estado de San Pablo. Hijo del ex Presidente de los Estados Unidos del Brasil, doctor Rodrigues Alves, debió por vocación seguir las huellas paternas: hizo primero estudios de humanidades en el Colegio Militar de Río de Janeiro, ingresando luego, en 1901, en la Facultad de Derecho. Se graduó allí de abogado en el año 1905, obteniendo el premio nacional que el gobierno adjudica a los estudiantes, que hayan demostrado condiciones y virtudes especiales en los diversos cursos de la carrera.

Dedicóse en seguida a su profesión, siendo nombrado en **1906** *Secretario de la* **3**.*a Conferencia Panamericana reunida dicho año en Río de Janeiro. En Diciembre del mismo año se le designó segundo secretario de la Legación del Brasil en Holanda, donde tocóle ser simultáneamente secretario de la Delegación de su país a la Segunda Conferencia de La Haya. En* **1907** *fué removido a la Legación en Inglaterra, permaneciendo en Londres hasta* **1913**. *Por esta fecha se le concedió la promoción a primer secretario, pasando en carácter de tal a la Legación en nuestro país. Tuvo, entonces, oportunidad de desempeñar durante dos años el puesto de Encargado de Negocios, lo cual le valió más tarde su designación de Consejero de la Legación. En* **1915** *pasó a Suecia, como Encargado de Negocios, y en* **1918** *como Ministro Plenipotenciario a Pekín. Por último, el Gobierno de su patria le confió la Embajada en la Argentina, cargo que viene cumpliendo en la forma singularmente eficacísima que hemos señalado y que le otorga la admiración y el agradecimiento de ambos pueblos.*

La Embajada del Brasil está integrada por un núcleo de activas y descollantes personalidades del país hermano

La Embajada de los Estados Unidos del Brasil en nuestro país reune, aparte de la simpatía y noble personalidad diplomática del doctor José de Paula Rodrigues Alves, un núcleo de figuras de alto relieve social, intelectual y político de las cuales, por su condición de esposa del distinguido representante brasileño y por sus cualidades morales y su fina gracia espiritual, merece destacarse en primer término la señora María Rodríguez López de Rodrigues Alves. Hay en ella todo el delicado sentimiento y la lúcida inteligencia de la mujer brasileña, que tantos ejemplos de dignidad, de virtud y de heroismo nos brindara a lo largo de la historia de la patria hermana. Doña María Rodríguez López de Rodrigues Alves conserva las tradicionales prendas de la mujer brasileña. Comparte en su esfera de acción, con el tacto femenino que la distingue, y con un singular espíritu de simpatía, la labor intensa y certera de su señor esposo. Es así la colaboradora directa de éste, dentro del campo de acción que le está reservado a la mujer en la consagración de los esfuerzos superiores del hombre. Realiza, pues, la señora María Rodríguez López de Rodrigues Alves una obra noble, de patriótica significación, que es un título más para el reconocimiento de sus honrosas virtudes, de su inteligente gracia y de su belleza personal.

El Capitán de Corbeta D. Milciades Alves, Agregado Naval de la Embajada, que integra el núcleo d e personalidades a que nos hemos referido, es una meritoria figura de la Armada brasileña. Como Comandante del transporte "Belmonte", que formaba parte de la División Naval en operaciones de guerra en **1918**; *como ayudante de órdenes del ex Ministro de Marina, Almirante Alexandrino de Alencar; como Vice-Director d e la Escuela Naval durante el año* **1925**; *como Comandante del "Almirante Nascimiento"; finalmente, como* **2.o** *Comandante del Centro de Aviación y del Regimiento Naval, el Capitán de Corbeta D. Milciades Alves, demostró las singulares condiciones de inteligencia y actividad que aplica ahora al desempeño de sus funciones en la Embajada acreditada ante nuestra Cancillería.*

El doctor Rubens Dunham, Secretario de la Embajada, es asimismo una joven y descollante personalidad diplomática de su país, en cuyo servicio ha realizado una obra de vastas proyecciones que explican el general reconocimiento y la viva simpatía que rodean su nombre. El doctor Protasio Baptista Gonçálvez, Adicto a la Embajada, y el Mayor Alcides Mendoza Lima, Agregado Militar, funcionarios de larga y prestigiosa actuación los dos, colaboran a su vez con energía y talento probado a la empeñosa tarea diplomática que realiza el Dr. José de Paula Rodrigues Alves.



Sentados: el Embajador del Brasil, doctor José de Paula Rodrigues Alves y su señora esposa doña María Rodríguez López de Rodrigues Alves. — De pie, de izquierda a derecha: comandante Milciades Alves, agregado naval; doctor Rubens Dunham, secretario de la Embajada; doctor Protasio Baptista Goncálves, agregado a la Embajada; mayor Alcides Mendonca Lima Filho, agregado militar.

Doctor PABLO DEMORO, Cónsul General del Brasil

UNA JOVEN Y DESCOLLANTE PERSONALIDAD

En el cuerpo consular del Brasil, el doctor Pablo Demoro ha sabido afianzar en una relativamente corta, pero segura y brillante carrera, condiciones singulares de actividad y de espíritu estudioso e ilustrado que bien pronto elevaron su nombre al alto grado de simpatía y respeto que goza actualmente tanto en el Brasil y nuestro país como en las diversas naciones en que ejerciera diversos cargos representativos. Iniciado en la labor consular como Secretario del Consulado de su patria en Barcelona, el Doctor Pablo Demoro acreditó inmediatamente la clara noción de sus funciones, a las cuales convirtió de hecho en el principal vehículo de consorcio y de amistad entre los pueblos. Su actuación fué en todo sentido eficacísima. Brasil tuvo en él un animador intenso de su prestigio y de su extraordinario progreso exterior. Destinado luego al Uruguay en calidad de Cónsul de segunda clase, no hizo sino continuar la obra empeñosa que encarara desde la Secretaría del Consulado Brasileño en Barcelona y de la que se derivaran tantos beneficios en favor del acrecentamiento de los vínculos que unen a la patria hermana del Atlántico con todas las naciones del mundo. Nombrado más tarde Cónsul de primera clase en Sud Africa, y años después en nuestro país, en Misiones, el Doctor Pablo Demoro dejó a través del gradual desempeño de sus tareas huellas profundas de su dedicación patriótica. Vuelto al Ministerio de Relaciones Exteriores del Brasil y elevado a Cónsul General en Portugal; el joven y meritorio funcionario, que es a la vez talentoso abogado y destacado periodista, al quedar vacante el Consulado General en Buenos Aires, el Doctor Pablo Demoro solicitó y obtuvo su designación para este cargo. Demuestra ello un generoso espíritu de simpatía hacia la Argentina, que el Doctor Pablo Demoro conserva como una de las más fervientes de sus inclinaciones. Al frente de sus tareas, con entusiasmo, con inteligencia, con sacrificio, el distinguido representante del Brasil realizó una labor formidable cuya trascendencia adviértese en el grado de desarrollo progresivo de las relaciones de ambos países.



Doctor Pablo Demoro, Cónsul General del Brasil en la Rep. Argentina

El personal del Consulado General del Brasil está formado por un plantel de activos funcionarios.

El doctor Manuel de Alencar Guimaraes inspector de Consulados de la América del Sud con residencia en Buenos Aires, aparece aquí en compañía del Cónsul General del Brasil en nuestro país, doctor Pablo Demoro del adjunto al Consulado, doctor Nemesio Dutra, del Vice-Cónsul en Bahía Blanca, Sr. Luis Fernández, y de los agregados al Consulado General señores Manuel García Paranhos, Romeu F. Balster, Raúl Vianna Rodrígues, Manuel Baptista de Magalhaes, Luis F. Demoro, Raúl Conrado, Paulo de Souza Dantas, Heraldo Pederneiras y Ramón Pérez.

No puede ser más meritorio en verdad, el plantel de funcionarios que cooperan en las tareas consulares del Brasil en nuestro país. La patria hermana halló en ellos espíritus laboriosos, disciplinados e inteligentes que, en perfecta armonía, contribuyen en la obra común de intensificiar los tradicionales lazos de amistad y de reciprocidad entre ambos países en todas las esferas de la actividad pública. Conocida es la eficacia con que cada uno de los miembros del personal del Consulado General del Brasil actúa dentro de su respectivo radio de acción. El alto grado de consorcio que nos une al pueblo, y al Gobierno carioca, y la halagadora perspectiva que ofrecen para ambas naciones esa comprensión mutua, tan honda y fraternal, hablan mejor que cualquier comentario sobre el acertado esfuerzo que realizan en conjunto los citados funcionarios. Para una democracia como la nuestra, abierta generosamente a todas las expansiones de la simpatía y la energía del hombre, grato es favorecer al núcleo de ciudadanos que el Brasil ha destacado en nuestro país para llevar adelante la empresa de una perdurable e intensa unión de aquel pueblo y la Argentina. Por eso, los funcionarios brasileños hallaron siempre entre nosotros el franco auspicio general para el cumplimiento de la grande obra en que están empeñados. Así nos lo testimonian espontáneamente. Cabe repetir, sin embargo, que es mediante su amplio y patriótico esfuerzo, consecuente con el realizado por las altas autoridades diplomáticas, que las relaciones entre Brasil y la Argentina alcanzan el magnífico apogeo actual.



Sentados: el Cónsul General del Brasil, doctor Pablo Demoro, a la izquierda: el doctor Nemesio Dutra, adjunto; y a la derecha: el doctor Manuel de Alencar Guimaraes, inspector de consulados en la América del Sur con residencia en Buenos Aires. — De pie, de izquierda a derecha: señores Luis Fernández, vicecónsul en Bahía Blanca, Raúl Vianna Rodríguez, agregado, Manuel García Paranhos, agregado, Romeu F. Balster, agregado, Ramón Pérez, Manuel Baptista de Magalhaes, agregado, Luis F. Demoro.

BELLEZAS DEL BRASIL



Un aspecto de la avenida Río Branco, en Río de Janeiro



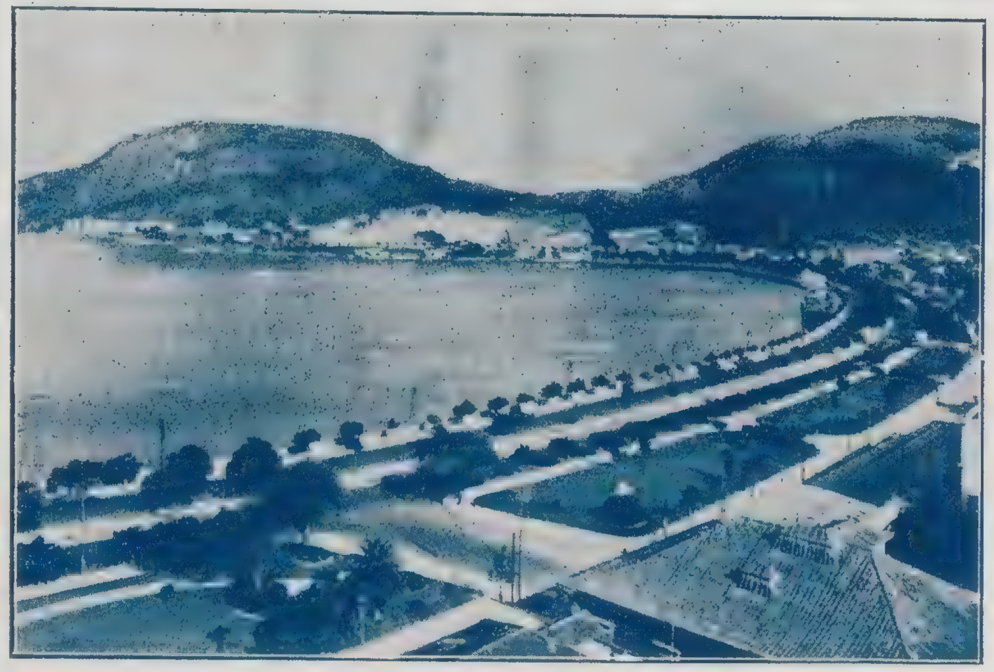
La ciudad y bahía de Río de Janeiro, vistas desde la cumbre del Corcovado



Una vista de Copacabana, en Río de Janeiro



La calle 15 de Noviembre, en San Pablo



Avenida Beira Mar, Botafogo, en Río de Janeiro



Un detalle de la avenida Paulista en San Pablo



Faro de la Barra y entrada de la avenida Oceánica en Bahía



Acueducto de Carioca, en Río de Janeiro



Alto da Serra en la línea férrea de Santos a San Pablo



Iglesia de Nuestra Señora de Bon Fin, en Bahía. — A la imagen que se venera en este templo se le atribuyen numerosos milagros, razón por la cual es muy visitada



Cascada de Tiy[illegible] en Rio de Janeiro



Cascadinha, en Petrópolis



Pescadores en el puerto de la Barra, en Bahía

Fots. de nuestro redactor viajero señor Bartolomé Zambonini.

Nuevos ministros extranjeros

El ministro plenipotenciario de Alemania acreditado ante nuestro gobierno, señor Federico von Keller, acompañado del alto personal de la legación, saliendo de la casa de gobierno, después de presentar sus credenciales al presidente de la República.





El señor Jiro Yamazaki, nuevo ministro del Japón en la República Argentina, acompañado de los demás funcionarios de la representación diplomática, abandonando la Casa Rosada, después de ser recibido por el doctor Irigoyen.



El nuevo ministro de Cuba, señor Néstor Carbonell, acompañado del introductor de embajadores, señor Amaya, después de su visita al primer magistrado.



Banquete al señor Oscar R. Beltrán

Con motivo de la publicación de su último libro "El amor en las comedias" y de la alta distinción que le ha conferido la Real Academia Hispano-Americana de Cádiz, el señor Oscar R. Beltrán fué obsequiado con un banquete que tuvo lugar en el restaurant Harrod's y al cual concurrieron numerosos comensales. Una vista parcial del acto.

Correos y Telégrafos



Doctor Antonio S. Amallo, a quien el Poder Ejecutivo acaba de nombrar Administrador General de Correos y Telégrafos

Universidad del Litoral



Doctor Roque Anselmo Izzo, recientemente designado por el presidente de la República, interventor nacional en la Universidad del Litoral

Naufragio del "Vestris"



Señor Carlos A. Quirós, canciller de la embajada argentina en Estados Unidos, salvado del naufragio del vapor "Vestris", a cuyo bordo viajaba con destino a Buenos Aires

Nuevo Administrador de Aduana



El señor Luis A. Mela, nombrado por el P. E. administrador de Aduana, rodeado de altos funcionarios de la mencionada repartición, después de tomar posesión de su cargo.

Fiesta de beneficencia



Vista parcial de la concurrencia que asistió al té y danza organizados a beneficio de la obra que realiza la Universidad Popular de Flores "Intendente Alvear" y llevados a efecto en los salones del Savoy Hotel.

En el Círculo Andaluz



Algunas de las familias que asistieron al baile social organizado por el Círculo Andaluz, y realizado en el local de la mencionada institución.

Antonio Müller Dos Reis (Reis Netto), una personalidad brasileña



Entre las personalidades de extraordinario relieve que prestigian el nombre del Brasil, figura en primer término Reis Netto, escritor de consagrado valor que aparte de su vasta obra literaria, que suma veinte volúmenes, se ha prodigado en múltiples y considerables actividades públicas.

Reis Netto es, en efecto, Presidente del Centro de Navegación Transatlántica, Presidente de la Comisión de Comercio y Navegación de la Liga Marítima, Presidente de la Comisión del Museo de Marina, Presidente interino de la Comisión Uruguay - Brasil, pro solidaridad americana. Capitán de Fragata de la Armada y de la Marina Mercante, Reis Netto, que tanto ha divulgado su seudónimo, pero que se llama en verdad, Antonio Müller Dos Reis, pertenece desde hace treinta años al Lloyd Brasileiro. Esto le ha permitido tratar intensamente los temas del mar. Sus obras, acerca de cuyos méritos singulares consideramos superfluo referirnos después de la consagración de la crítica de Europa y América, ofrecen en un estilo vívido, del más puro y noble estilo portugués, la sugestión profunda de la lucha de los hombres en el mar. Reis Netto consiguió darnos así algunos personajes definitivos que perdurarán en la belleza de sus páginas y que Brasil cuenta entre los héroes populares de la novela.

Reis Netto es desde más de diez años colaborador de "Fray Mocho", y nuestros lectores lo conocen en su alto valor literario a través de notas y relatos de positivo interés.

Recital poético



Señoritas Adriana y M. Lydia Varone, notables declamadoras que obtuvieron un brillante éxito artístico en el interesante recital poético que dieron recientemente, en los salones del Círculo de la Prensa, ante un numeroso y selecto auditorio.

EXPOSICIÓN ABRAHAM LUBKIN



El pintor señor Abraham Lubkin, que acaba de exhibir en el salón Witcomb una notable colección de retratos a lápiz.



Doctor Emilio Ravignani, decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

(Retrato por Lubkin).



Ingeniero Emilio Butti, decano de la Facultad de Ciencias Exactas

(Retrato por Lubkin).

Demostración



Señor Roque Yasparra, que ha sido objeto de una demostración con motivo del éxito artístico alcanzado por la exposición de sus obras en el Salón Anual de la Mutualidad

BODAS DE PLATA PROFESIONALES



Los médicos graduados en el año 1903, celebraron sus bodas de plata profesionales, realizando un ágape terapéutico con objeto de estrechar lazos de compañerismo. De izquierda a derecha, sentados: doctores Manuel Battaglia, Daniel Tham, Angel A. Alsina, Demetrio Aranovich, Francisco Destéfano, Pedro P. Corti, José Arce, Alberto Cabaut, Pastor Molla, Humberto Garbini, Raúl Novaro. — Primera fila de pie: Pedro E. de Elizalde, Braulio D. Moyano, Pedro R. Núñez, Manuel Daneri, Martín Castro Escalada, Carlos Seminario, Agustín Saccone, Antonio De Nucci, Manuel Sobelli, Domingo Pom na. Juan Billac. David Marengo. Antonio Estéves, Salvador A. Marino, Ernesto Garassino. — Segunda fila, de pie: Carlos Vez Losada. Alberto Orfila, Francisco Javier Pérez, Luis Villarroel, Luis A. Tamini, Abel Zub zarreta, Luis Barletta, Jorge Angarde, Roberto P. Uriarte Castro, Alejandro Basillón. — Tercera fila de pie: Severo Cosentino, Alberto Peralta Ramos, Rogelio Solís, Arturo Keller, Casimiro Liaudat, Ramón Borghi, Pedro P. Harriot.

Declamación



Señora Carmen Huergo de Caba, notable recitadora argentina, que en breve dará una serie de audiciones, antes de marchar al viejo mundo, donde, seguramente, ha de alcanzar nuevos triunfos.

ECOS DEL TORNEO DE ORATORIA



El director de la Unión Panamericana, doctor L. S. Rowe, acompañado de los oradores que tomaron parte en el concurso internacional de oratoria realizado en Wáshington, señores Ponthieu, Dirichi, Brito, Moore, De Tomaso, Fox, Herosa, Fernández y Parker.

Bibliografía



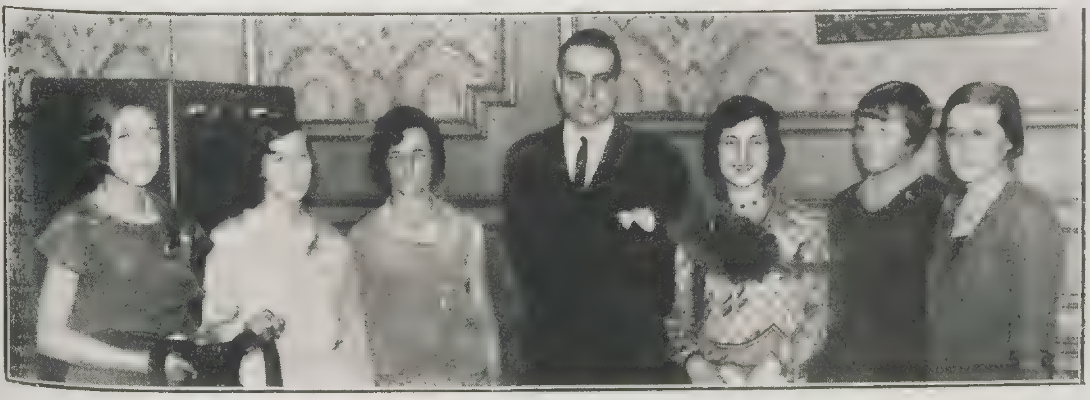
Señor Alberto Casal Castel, autor del libro de cuentos "La vara de abedul", recientemente aparecido.

Vida científica



Doctor José Dueñas, recientemente nombrado profesor suplente de ortodoncia en la Facultad de Medicina

CLUB SPORTIVO BARRACAS



De izquierda a derecha: señoritas Clotilde Hermida; Enriqueta Rodríguez; Ida Guareschi, ingeniero Manuel Ucha Udabe, presidente del Club Sportivo Barracas; señoritas Nita Acosta; María Elena Voss y Hortensia Rodríguez; atletas de la institución que fueron premiadas con medallas de oro por su brillante actuación en los concursos organizados por la Federación Atlética Femenina.



Un aspecto del baile realizado en el Club Sportivo Barracas en honor de las atletas premiadas.

FIESTA NACIONAL AUSTRIACA



Elementos de la colectividad austriaca que interpretaron los bailes regionales, durante la fiesta con que se conmemoró el aniversario patrio y que se llevó a efecto en los salones del Club Austriaco.

D. Melquiades A. Borge de Menezes, Agente del Lloyd Brasileiro en Buenos Aires



D. Melquiades A. Borges de Menezes es una destacadísima figura del progreso brasileño. Su larga actuación pública y privada lo ha acreditado como de los grandes factores individuales del amplio desarrollo comercial e industrial del país hermano. Nacido en Río de Janeiro el 27 de Febrero de 1881, D. Melquiades A. Borges de Menezes hizo sus estudios preparatorios para la marina, como grumete de navíos a vela y a vapor. Rindió examen de piloto después de una rápida e inteligente carrera, recibiéndose, más tarde, en la Escuela Naval, como Capitán de Ultramar. Llevado por una irresistible vocación, ejerció diversos cargos importantes en distintas empresas navieras, ingresando, por último, el 5 de Mayo de 1904, al Lloyd Brasileiro, la importantísima compañía carioca, donde sirvió sin interrupción, mereciendo ascensos sucesivos en virtud de su pericia técnica, de su contracción profunda en las tareas de su cargo, y de su amplia inteligencia y noble conducta moral. Así, gradualmente, D. Melquiades A. Borges de Menezes, llegó a comandar desde 1914 las principales unidades del Lloyd. Es también oficial reservista de la Marina de Guerra del Brasil, y desde hace seis años ejerce con singular éxito las funciones de Agente en Buenos Aires de la referida empresa. D. Melquiades A. Borges de Menezes cuenta justamente, pues, con la simpatía general y la gratitud pública que rodea su nombre, tanto en su país como en el nuestro.

HOMENAJE



Señor Miguel de Arzubiaga que acaba de ser objeto de un homenaje, por sus brillantes éxitos literarios, recientemente obtenidos en la provincia de Córdoba.

Colaboradores de Fray Mocho



Sr. Salvador Merlino

Ha quedado incorporado al núcleo de buenos colaboradores de FRAY MOCHO, el joven y talentoso poeta Salvador Merlino. Es para nosotros motivo de júbilo anunciar la frecuencia con que aparecerá su firma en nuestras páginas. El autor de "Canción de Vacaciones", "Jaculatorias de los sentimientos morales" y "El oro del hijo", pertenece a la generación literaria reciente, que dió un aliento hondo de depuración y renovación a la poesía argentina. Su obra, que ha merecido un amplio elogio de personalidades de consagrado prestigio literario, constituye un valioso aporte a nuestras letras. FRAY MOCHO adquiere con Salvador Merlino la colaboración de un puro y delicado poeta.

Campeonato de lawn tennis



Carlos Morea, argentino y Ricardo Pernambuco, brasileño, que sostuvieron el partido final del campeonato sudamericano de lawn tennis donde resultó triunfante el primero de los nombrados.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Marta Sleeper y Orville Calaruell, en ''El chalet amarillo'', cinta Rialto que la General estrenará el domingo próximo.



Barry Norton (actor argentino) y Dorothy Janis en ''Mi corcel árabe'', que la Fox estrenará pasado mañana



Virginia Brown Faire, protagonista, con John Batten, del film ''De corista a colegiala'', que la Corporación estrenará mañana



Hellen Allen y Domenico Gambino en ''El circo de la muerte'', notable extraordinaria popular que en breve estrenará la New York Film



Ralps Lewis y Thelma Hill en ''Los frutos del crimen'', película Rialto que la General exhibe desde anteayer



Virginia Brown Faire y Bryant Washburn en ''La modelo millonaria'', que la Corporación exhibe desde anteayer



Terry Drew en ''Pete el indiferente'', cinecomedia Esplendid, que la New York Film estrenará pasado mañana

EXPIACION

Por Anibal J. Tomasini

• Román D'Arti, poeta romántico, distinguíase en la cofradía parnasiana por el realismo intensamente conmovedor de sus producciones, diseminadas en cuantas revistas y periódicos habían tenido publicidad en la época de sus éxitos ruidosos: allá por los años de 1900 a 1910.

El se había impuesto en el escabroso campo de las letras con méritos propios. Jamás habíase valido de influencias extrañas para conquistar tan solo un palmo en su sendero. La originalidad subyugadora de sus escritos, el sentimentalismo puro de que estaban saturados todos ellos, habían hecho que su nombre figurase en una edad temprana entre los más reputados literatos americanos.

Su obra fué la de un sentimental; la de un lírico estéticamente profundo.

Todos le leíamos con devoción. Ejercían tal influencia sus poemas en el espíritu popular que por doquier se le mencionaba con marcada simpatía, y lo mismo se le admiraba en los círculos sociales y literarios que en las humildes reuniones populares.

Era a la sazón un hombre de 35 años, viudo y único sobreviviente de una familia que había pertenecido a la élite de la sociedad porteña. Por su apariencia adivinábase fácilmente que poseía un alma pletórica de ensueños y en su semblante lívido dibujábase el estigma del dolor.

Cierta vez, respondiendo al reportaje de un periodista, y a propósito de su carasteristico esceptícismo, decía D'Arti:

—?Que no os explicais el pesimismo de muchas de mis estrofas? ... Pues, sencillamente; os parecera paradójico: Si mal no recuerdo al arribar a este triste valle, antes de abrir los párpados contemplé la vida con el corazón y desde entonces, todas las cosas humanas las observo primeramente con ese órgano... ¡y es a veces la vida tan sombría!...

Hacía poco tiempo que yo le conocía personalmente. Una tarde presentómelo mi amigo Evaristo Dudileo en el Círculo de la Prensa, donde eventualmente nos encontramos. Aprovechando aquella oportunidad Dudileo nos invitó a que fuésemos hasta su casa, la que distaba poco del referido Círculo, y donde nos exhibiría unos cuadros que él había adquirido en el VII Salón Anual de Bellas Artes. Román D'Arti aceptó, y nos fuimos los tres a casa de Dudileo, y una vez allá pasamos largo rato, comentando las obras pictóricas y sus más afamados autores.

Después y habiéndome interesado vivamente el popular poeta, procuré entrevistarme con él tanto como me fué posible. Hasta que nos hicimos amigos comunes.

* * *

Era una de esas noches de tibia primavera que preludian una alborada magestuosa...



Ya me había entregado al reposo, cuando oí que llamaban a la puerta de mi aposento. Acudí, semidormido; abrí la puerta a la que había echado el cerrojo, y recibí de manos de mi hermana Ana María la carta que trajera un mensajero dejando dicho que la enviaba Román D'Arti para que me la entregasen. No me explicaba el motivo que había inducido a D'Arti a escribirme, y tan luego a esos horas. Más, sin titubear, rasgué el sobre y leí con la avidez propia de a quien sorprende la visita de una carta sugerente por lo inesperada. Quedé atónito, mudo ante tal sorpresa; instintivamente traté de llamar a Ana María para enterarla de la infausta nueva, más no pude articular palabra. Leí la esquela repetidas veces, me parecía incierta la ingrata noticia de que era portadora; pero, procedía de él mismo, y estaba escrita con su propia letra que era inconfundible.

La esquela decía así:

"Estimado Enrique:

"Cuando se posesione Ud. de estas líneas ya habré epilogado, con la más extrema resolución, las acerbas preocupaciones que desde hace aproximadamente un lustro me tienen hondamente abismado.

"En mi escritorio, en el primer cajón de la derecha, hallará Ud. un sobre; le ruego se apodere de él y lea su contenido.

"Perdone a

D'ARTI"

Y hete aquí que el desventurado vate, en una circunstancia asaz dolorosa, en los postreros instantes de su vida, habíame elegido el confidente de su infortunio...

En el reloj de casa, sonaron **pausadamente 11** campanadas; once tañidos que vibraron en mi interior cual lamento angustioso de un ser a quien se idolatra.

Algo repuesto de la fuerte impresión que había recibido, terminé de vestirme, y salí apresuradamente rumbo a la casa de D'Arti.

* * *

Sobre el Norte de Buenos Aires se halla la hermosa parroquia de Belgrano. Hacia el Este vivía Román D'Arti, en un rincón pintoresco donde se levantan sombríos cuan bellos palacetes, casi todos ellos con sus tapias estéticamente cubiertas de enredaderas cual si desearan estrechar en fuerte abrazo a sus moradores.

En pocos minutos me hallé frente a la mansión de mi infortunado amigo. Descendí del auto que tan velozmente habíame trasladado a ese lugar, y luego de abonar el viaje me dispuse a golpear el aldabón en el mismo instante que se abría la puerta de calle para dar salida a las autoridades policiales, solicitadas telefónicamente por Doña Marta, vieja servidora de los D'Arti a quien el poeta estimaba muchísimo y prodigaba toda clase de atenciones.

Afectando ignorar lo que suponía habría sucedido, inquirirle de ello a Doña Marta, que no había reparado aún en mi presencia y se hallaba en estado de abatimiento deplorable.

—¡Oh, Señor! ¡Qué horrible! ¡Dios mío! — exclamó la criada al verme, mientras enjugábase las lágrimas que empapaban sus mejillas. ¡El Señor se ha suicidado!... Y se deshacía en llantos la vieja servidora de D'Arti.

—Cálmese Ud. Señora, — Díjele entonces muy emocionado haciendo esfuerzos por disimular mi exitación, y agregándole que tratara de resignarse ya que esa había sido la voluntad de su amo.

Y sin pérdida de tiempo me dirigí acompañado por la anciana, un tanto calmada ya por obra y gracia de mis palabras de consuelo, a la habitación donde mi genial amigo habíase arrebatado su tan fecunda existencia.

Un médico de la Asistencia Pública, llamado urgentemente rato antes pudo certificar la defunción del suicida.

El cadáver de D'Arti no parecía tal: tendido en la cama, boca arriba, en la misma posición que quedara después de descerrajarse un tiro en la sien derecha; cubierto el cuerpo, menos el rostro y los brazos, por una manta que le pusieran el comisario y sus ayudantes, parecía más bien estar sumido en un sueño delicioso. La expresión del rostro era serena: los ojos y la boca teníalos cerrados naturalmente; el color del cutis no había cambiado aún, solamente se notaba moratado en contorno del orificio producido por la bala al incrustarse en la masa cerebral, cuya herida estaba cubierta por un pequeño vendaje tiznado en sangre.

Después de un prolongado silencio, en que me hallaba con el espíritu profundamente embargado por un sentimiento que trastornaba mi imaginación, me dirijí a Doña Marta que lloraba amargamente, y la pedí que me acompañara al escritorio de D'Arti, al otro extremo del palacete.

En el lugar indicado por éste hallé aquel sobre enigmático que habría de revelarme un momento después el terrible secreto de la

vida íntima del celebrado poeta. En su interior contenía el sobre un pliego y una hoja de papel de block con breves líneas escritas esa misma noche a juzgar por la frescura de la tinta, y que constituía su testamento.

Ante la estupefacción de Doña Marta, leí lo escrito en la hoja de papel de Block: el palacete, que había heredado de sus padres, lo destinaba al Patronato de la Infancia, y algún dinero depositado en el Banco de la Nación, a la vieja fámula, a quien di conocimiento en el acto.

Veamos ahora lo que decía el pliego:

"Cinco meses habían transcurrido desde el día de nuestras nupcias. A Zulema, mi mujer, a quien yo amaba entrañablemente, la conocí en una gira por las sierras de Córdoba, que hice a mediados del año 1913. Era la hija mayor del dueño de un Hotel de Bialet Massé, donde me hospedaba. Sus atractivos singulares, la lozanía de sus veinte años vírgenes, despertaron en mí, no bien nos conocimos, un sentimiento de adoración profundo, y su temperamento jovial y romántico, cercano a mi espíritu soñador fué el sello inconfundible de nuestras almas. Fuimos novios tan solo unos meses: Mágico y dulce idilio; breve poema de amor lleno de gratas alternativas... Luego nos casamos. Ella se empeñó en que fuésemos a vivir junto a los suyos a Bialet Massé, en los altos del espacioso Hotel. Yo, que la adoraba con todos mis entusiasmos, no tuve a menos en acceder solícito, y dejé a Buenos Aires, la Ciudad alegre donde había pasado mis años juveniles por cierto apesadumbrados... Los primeros tres meses de casados transcurrieron felices inmensamente felices...

En los altos del Hotel vivíamos juntos con los padres de Zulema, y la única hermana de ella, Nelly, que contaba 16 años de edad. Nosotros ocupábamos varias habitaciones a la derecha del edificio, por cuyas ventanas podía contemplarse el deleitable y pintoresco panorama que ofrecían las sierras cordobesas. Una mujer y un mozalbete componían la servidumbre.

Solía ir por asuntos de negocios del padre de mi señora a la ciudad, y a veces venía también a Buenos Aires. Zulema y Nelly me acompañaban hasta la estación ferroviaria. Cuando bajaba a Buenos Aires por lo general, lo hacía acompañado de Zulema a quien gustaba muchísimo viajar.

Nelly estaba contentísima de mí, y no perdía ocasión para demostrarme lo grata que le era mi presencia. A veces se la veía preocupada, parecía discurrir. Lo mismo que mi mujer, Nelly era encantadora, una criatura pletórica de ensueños y de belleza.

Todo sonreía en los altos del Hotel de Bialet Massé. ¡Cuán gratos pasábamos los días!...

Regresaba una mañana de Buenos Aires, después de estar tres días ausente de Bialet Massé. Mi suegro y Nelly esperábanme en la estación. Zulema no había podido ir por encontrarse ocupada preparando un postre, según me lo manifestara Nelly. Era la única vez que en esos casos ella no venía a mi encuentro, lo que me extrañó muchísimo.

Cuando llegamos al Hotel hice notar a Zulema cariñosamente su ausencia, la que a su vez inculpó a su joven hermana por haberse empeñado, en persuadirla para que se quedara.

Yo era entonces accesible a los celos, el amor nos aproxima a ellos. Encontré justificada la pequeña falta de mi mujer si así puede llamársele, y la pasé por alto, más no fué lo mismo al siguiente día, cuando tras de haber notado extraña a Zulema al punto de parecerme esquiva, buscando mis lentes, que no recordaba donde los había puesto, tropecé con el secreter de Zulema, el que nunca había osado abrir, e instintivamente alcé su diminuta tapa, y ¡cuán grande fué mi sorpresa al ver en su interior un sobre dirigido a ella! ¡Oh... fatal hallazgo! ¡Por el lugar donde se le había colocado presumí que algún secreto me revelaría su contenido. Sáqué la carta y leó temerosamente...! Mi mujer tenía un amante!... ¡La perjura burlábase sin piedad de mí!... ¡Amarga realidad escrita! ¡Ella, en quien yo había depositado toda mi fé, las más caras ilusiones, me traicionaba villanamente!... No cabía duda, la prueba la tenía en mi poder, entre mis manos; aquella carta era reveladora:

El le escribía palabras de íntimo afecto: "Muchos cariños y un abrazo recibe, mi bella Zulema, de tu querido Nolo" — le decía el desconocido amante de mi mujer entre otras cosas.

Todo mi amor habíase trocado súbitamente en aversión. Tuve tentaciones de increparla, sacudiéndola fuertemente, por su proceder traidor, empero opté por callar, lo que a duras penas pude conseguir. Anhelaba sorprenderlos en el instante en que se hallaren juntos.

YO NO NACI PARA REIR

Yo no nací para reir, en vano
el sol baña en sus oros mi cabeza.
Soy gentilhombre del Dolor humano
y envuelto voy al insondable arcano
en el manto imperial de mi tristeza.

Nunca supe de bien, supe de dolo,
de frío y soledad: Mi ser remeda
la noche pertinaz que cubre al polo.
Dejadme con mi angustia, estoy tan solo...
Si me quitan mi angustia, ¡qué me queda!

Me quieres, bien lo sé. Piadosa y franca
desciendes a mi mal con heroismo
y donde todo es negro tú eres blanca:
florecita de nieve en la barranca
y estrellita de paz en el abismo.

Me quieres, bien lo sé; pero me espanta
pensar que mi existencia es tan obscura,
que tu almita de luz, tu almita santa,
negra se volverá con sombra tanta
por querer que amanezca en mi negrura.

... Y el cielo prueba nuestro amor, el gozo
se alejó, gorjeando, de la reja
donde el sol alumbró tanto alborozo
y hoy tú ya no eres más que un gran sollozo
y yo ya no soy más que una gran queja.

¡Cuántas dichas ayer en nuestra escena!
Pero el ala de Dios cubrió el santuario
y sin piedad de tí que eres tan buena,
te clavó en el madero de la pena,
te trocó en virgencita del calvario...

Mas qué importa! El dolor es soberano
dispensador de gloria y de nobleza.
¡Mi estrellita, mi flor, dame la mano
y vayamos envueltos al Arcano,
en el manto imperial de mi tristeza!

Amado NERVO.

Desde entonces comenzó a atormentarse mi espíritu, retornando los días taciturnos, pero esta vez cual nunca abrumadores en exceso. No tenía un instante de quietud. Huía la dulce felicidad que por tan breve tiempo habíame prodigado sus divinos resplandores. Trocábanse en motivos de desdicha las inefables horas de placer que deparaba nuestra unión.

Por más que traté de fingir, las dos hermanas notaron algún cambio en mi carácter, hasta aquellos días muy afable. Por ello mi mujer demostraba apenarse, asediándome con preguntas, más yo veía en cada una de sus palabras la falsía de la mujer desleal.

Quizás haya influído en mí poderosamente, a aumentar la creencia de la infidelidad de mi mujer su carácter sumamente afable y comunicativo, y su espíritu jovial siempre dispuesto a participar en las fiestas que la concurrencia organizaba en el espacioso Hotel.

Estado psíquico indescriptible: Navegaba mi espíritu a semejanza de aquellos veleros sorprendidos por fuerte marea y vientos de proa: trecho adelante, trecho atrás, sin poder timonear. Encarnizada batalla entre voluntad y conciencia, donde esta última ganaba precipitadamente terreno como si al igual que en las guerras mortíferas, estuviera constituída por ejércitos lanzados a la lucha cruenta enceguecidos por el odio y fustigados por el alcohol...

Nelly, mi hermosa, cuñadita, se hallaba condolida por mi pesar, por lo cual había aumentado sus atenciones para conmigo, en todo momento se acercaba a mi lado cariñosa tratando de distraerme. Gracias a ella olvidaba a ratos el motivo de mi cuita.

Después de breve tiempo aconteció en los altos del Hotel de Bialet Massé un trágico suceso que dejó consternada a toda la población, alterando la tranquilidad de esos poéticos parajes. Mi mujer había sido víctima de un atentado que le ocasionó la muerte por parte de un malhechor que, según presunción policial, pretendiendo robar entró a nuestro aposento, donde Zulema habíase ido a acostar aquella noche mucho antes de la hora de costumbre por causa de un ligero malestar.

Se supuso, asímismo, que el delicuente hubiese penetrado a los altos de la casa por una de las ventanas que dan al jardín, encaramándose a un poste que se hallaba allí cercano, creyendo seguramente que a esa hora nadie habría en la alcoba; luego, quizá al huír, viéndose sorprendido por Zulema, que despertaría, atentó contra ésta oprimiéndola el cuello hasta tronchar su joven existencia.

Se halló la habitación en desorden; las ropas de algunos muebles que al parecer habían sido revisados se encontraban dispersas por el piso, pero el ladrón se había visto precisado a retirarse sin llevar nada consigo.

Todas las investigaciones policiales resultaron infructuosas; nada pudo saberse acerca del autor del crimen...

Dos semanas después, con el espíritu completamente abatido, me alejaba de Bialet Massé, viniendo nuevamente a radicarme a Buenos Aires.

De esta manera transcurrieron cuatro años, cuatro años de continua zozobra, y durante ese lapso de tiempo recibí varias cartas de la joven hermana de mi difunta esposa, las que yo respondía con mucho atraso y displicencia. Ella parecía estar muy empeñada en verme. Me invitaba siempre a que fuese a visitarla, más yo rehusaba pretextando no poder hacerlo debido a mis múltiples ocupaciones en ésta.

En su última carta, Nelly me manifestaba que debía conversar indefectiblemente conmigo, y por lo tanto, había resuelto trasladarse a Buenos Aires para entrevistarme.

Una serie de enigmas pasaron por mi mente. ¿Qué motivos traerían a Nelly hasta mí?...

Anteayer, Nelly y yo estábamos sentados el uno frente al otro. No bien llegó a Buenos Aires vino a casa a verme.

—Tenía que conversar con Ud., — empezó a decirme la joven con aire tristón — me era imposible callar por más tiempo lo que voy a confesarle. Desde que murió mi querida hermana a quien hice tanto daño, tengo una carga en la conciencia que día a día va acreciéndose. La idea de que Ud. me obliga a ello... Ud. debe haberse apoderado de una carta que se hallaba en el secreter de Zulema, ¿no es verdad?

—Sí... efectivamente! — repuse yo lleno de estupor. — Pero, ¿cómo se entiende eso, estaba Ud. enterada, Nelly?

—Esa carta continuó ella entrecortada y sollozando — la he escrito yo misma, cambiando la letra de manera que Ud. no la reconociese... y la he colocado en el secreter de Zulema, y vuestros lentes próximos al cofrecillo, pensando en la posibilidad de que Ud. llegara a apoderarse de ella tal cual aconteció.

Ante esas palabras de Nelly me puse de pie presa del mayor terror. Un frío intenso invadió todo mi ser. Nelly me miraba horrorizada...

—Escúcheme, D'Arti, por Dios! — prosiguió diciendo la joven mientras abandonaba su asiento, palideciendo su semblante — y luego disponga de mí! Yo le amaba, a Ud., le amaba y le amo con delirio, locamente; envidiaba a Zulema por la suerte de poseer ella su amor de Ud. Haciendo lo que hice en ese instante de insensatez! creí que Ud. llegaría a amarme sin reparar en el daño que causaba a mi desdichada hermana y a Ud. mismo!...

—Infame criatura!... ¡Maldiga Dios tu acción!... — exclamé cayendo sin fuerzas sobre el diván. ¡Mi mujer inocente!... ¡Pobre Zulema!... ¡Inocente!... ¡Y yo, creyéndola infiel llegué a odiarla! ¡Sí, la odiaba!... ¡Mi conciencia trastornada había vencido en su batalla con mi voluntad!

...!Veía en ella una esquivez que no era tal!... Y aquella noche, ¡oh, cruel fatalidad! ciego de ira, impulsado por el demonio de los celos; por una voz interior que me decía: ¡mátala!... ¡mátala por pérfida!... me acerqué a su lecho, mientras ella dormitaba y tomándola por su cuello alabastrino, oprimí con fuerza su nívea y sedosa garganta hasta dejarla exánime!...

—Nelly cayó desvanencida al escuchar mis interjecciones. Jamás pensó que yo pudiese ser el matador de Zulema y mucho menos que el móvil de mi nefasto crimen fuera ocasionado por su grave imprudencia...

La escena fué horrible; yo me desvanecí también, y al volver en sí, Nelly no estaba ya a mi lado. No la he vuelto a ver y van transcurridos dos días desde aquel infausto momento"...

Román D'Arti, finalizaba su relato con estas palabras:

"Pues bien, querido Enrique; he creído cumplir con un deber impuesto por mi conciencia al haceros conocer el episodio, que os será tristemente conmovedor, de los últimos cinco años de mi vida. Esta ha llegado ya a su extremo, no es posible que se prolongue por más tiempo...

"Soy juez de mis actos y seré ejecutor de mi mismo...

Román D'Arti"

***

Al día siguiente del suicidio de D'Arti, la prensa dedicaba numerosas columnas en homenaje al poeta que tan inesperadamente el hado nos lo había llevado al país de lo ignoto. Cada periódico comentaba a su manera el trágico fin de Román D'Arti, pero todos tenían para éste y su obra poética párrafos elocuentes de grandes elogios.

Una muchedumbre compacta, centenares de rostros compungidos, colocada frente y a ambos lados de la casa mortuoria, mucho antes de la hora anunciada para el acompañamiento, se hallaba deseosa de rendir el postrer tributo al poeta que tanta simpatía habíase granjeado con su obra sentimental.

A las 16 horas de una tarde primaveral, rompió el silencio solemne de la vecindad el trote acompasado de los garridos caballos, negros como el azabache, que tiraban de la carroza fúnebre donde se había colocado el féretro del poeta, todo cubierto de gayas flores...

Mientras tanto, en otro extremo de la ciudad, allá en el Asilo de Alienadas, abríase el libro fatídico para asentarse en sus nefastas páginas con letra indeleble, el nombre de la infeliz criatura que Amor — tantas veces dulce como trágico — habíala elegido para ser actora de esta espeluznante historia...

Agregábase Nelly a aquellas caravanas inconscientes que, entremezclando llantos y carcajadas, marchan hacía la eternidad por fantásticos senderos, indiferentes al mudo que gira en derredor, como si en un gesto despectivo hubieran resuelto apartarse de él en busca de un terrenal paraíso donde el Dolor esté fuera de sus límites, y pueda expresarse, con satisfacción espiritual, en todos sus ámbitos: Amor, divino Amor: eres inofensivo, eres dulce esencia de la vida...

Expedición egipcia

Hace más de 3.400 años reinaba en Egipto la ambiciosa reina Hatsesut que no contenta con su título de hermana del faraón reinante, deseaba regir los destinos de aquel país.

Descontenta de su sexo que le vedaba multitud de prerrogativas, despojó de sus ítulos y honores a su hermano Tutmosis, se hizo llamar públicamente señor, rey e hijo del sol y se vistió y adornó con arreos masculinos.

No contenta esta princesa con el gran poder adquirido con sus usurpaciones, deseó extender sus conquistas fuera de los límites de Egipto. Así, varias expediciones terrestres llegaron al continente asiático, otras a Etiopía y algunas se dirigieron por el camino del Oeste hasta los arenales de las actuales Trípoli y Cirenaica.

Después de un gran lujo de preparativos y de consultar al parecer de los dioses, zarpó del mar Rojo la escuadra egipcia para la primera expedición que, cronológicamente, registra la historia de la civilización occidental.

Marcharon hacia el sur los barcos cargados de víveres y elementos bélicos suficientes para abastecer a la tropa de desembarco en caso de resistencia.

Después de una larga travesía, invertida en cruzar totalmente el mar Rojo, tan temido por los navegantes antiguos, llegó la escuadra al país de Punty, desconocido hasta entonces. Sus habitantes canjearon pacíficamente con los egipcios incienso, mirra, maderas olorosas, polvo en oro y gran cantidad de colmillo de elefantes y productos del África ecuatorial.

Los habitantes de Punty eran de pequeña estatura y pertenecían a la raza negra pura.

Algunos investigadores creen que el país de Punty, dados los productos recogidos por los egipcios, sería el desconocido país de Ofir, célebre por la cita bíblica que liga su nombre al de Salomón, el gran rey.

Después de una espera no muy prolongada, a fin de aguardar vientos favorables para la vuelta, regresó la expedición a Egipto cargada de riquezas y habiendo conseguido la ambiciosa Hatsesut el reconocimiento de su soberanía por los habitantes de aquellas lejanas tierras y el pago de un fuerte tributo.

ANECDOTA

Rafael Calvo, gloria de la escena española, a quien se le podía titular "el Gayarre de la poesía", haciendo una de las veces "Don Juan Tenorio", al llegar el momento en que tiene que decir:

¡Cuál gritan esos malditos!

sufre una confusión y exclama:

¡Cuál gritan esos "malvados!

El público, que ya sabía de memoria la obra, y, sobre todo, este popular pasaje, hizo un movimiento demostrativo de que había caído en la equivocación, y gracias al respeto y admiración que sentía por tan gran actor, quedó reducido a un ligero murmullo. Calvo esperó a que se hiciera el silencio para continuar diciendo:

ra el silencio para continuar diciendo:

Pero, ¡mal rayo me parta,
sí, en terminando esta carta,

Asombrados los espectadores de la serenidad de su artista favorito, premiaron su ingenio con una calurosa ovación.

¿QUE HORA ES?

Por Georges Dolley

La familia Fondoy había decidido pasar el verano en Deauville. La familia Fondoy se componía de Eduardo Fondoy, comerciante, que ganaba cada año más dinero; Irma Fondoy, su mujer, una rubia bellísima, y León Fondoy, de diez años, fruto de sus amores matrimoniales.

Los Fondoy se instalaron en una hermosa villa de Deauville, situada junto al mar.

El primer día, el Sr. Fondoy dijo a su familia:

—Vamos a pasar aquí un mes delicioso y a darnos la gran vida. Toma, León, quinientos francos para tus gastillos del mes, y tú, Irma, aquí tienes cinco mil francos para tus menudencias.

—Es demasiado, querido.

—Es demasiado papá.

—No; siempre es bueno tener algunos francos de más Me he traído cincuenta mil francos, que llevo aquí — y señaló el bolsillo de la cartera—. ¿Tendremos bastante para el veraneo?

—Nos sobra. ¿Qué hora es?

—Todos los relojes de la casa están parados.

—Son las cinco—dijo León sacando un soberbio cronómetro de oro que le había regalado su abuela el día de su primera comunión

—Son las cinco y cinco — dijo el padre sacando un admirable reloj de platino que le había regalado su mujer el día de su cumpleaños.

—Son las cinco y tres — dijo la madre mirando la hora en un delicioso relojito de pulsera cercado de diamantes que le había regalado su marido el día de su santo.

—Por falta de relojes no queda. No tenemos necesidad de comprar reloj de pared — dijo Eduardo riendo.

***

Cerca de la playa había una barraca, una especie de rifa, donde la suerte podía proporcionar a su favorito un tiesto, un cubo una muñeca, un conejo vivo, etc.

El joven León Fondoy, que iba al tenis con su raqueta bajo el brazo, se detuvo y puso un franco al as.

Una hora después, en vez de los quinientos francos tenía un conejo.

¿Qué hacer?

Unos amiguitos cuyos padres son amigos de los suyos lo aguardan para jugar al tenis. Y hay que pagar cien francos de entrada. ¿Qué va a decir su padre?

—He perdido mis quinientos francos — le dice al dueño de la barraca.

—No haber jugado.

—Es que necesito cien francos.

—¿Y a mí que me cuentas, muchacho?

—Mi padre se va a poner furioso.

—Allá tú.

—Voy a llegar tarde — añadió mirando la hora de su reloj.

—¿Quieres cien francos por tu reloj de oro?

—Pero...

—Tráeme ciento veinte francos mañana y te lo devolveré.

De aquí a mañana — piensa León — podré arreglarlo. Le pediré dinero a mamá, y esta tarde me inscribo en el tenis.

Entrega su reloj al dueño de la rifa y se va al tenis con su raqueza. En el camino el conejo vivo se le escapa.

***

Los Fondoy se disponen a ir al Casino.

—Gertrudis — dicen a la doncella—: la comida, a las ocho en punto.

—Está bien.

El matrimonio empieza a recorrer las salas del Casino.

—¡Caramba, Fondoy!

—¡Tú aquí, Belón!

Es un amigo de París. Presentaciones. Los tres van a tomar el aperitivo.

—Les dejo a ustedes — dice Belón—. Voy a la sala de juego.

—¿Vas a jugar?

—Sí; creo que hoy estoy de suerte.

—Yo no he jugado nunca.

—Entonces ven conmigo. Vas a ganar una fortuna.

—Ten prudencia — dice Irma.

—Eso es. Aquí les aguardo.

—Arriesgaré veinticinco luises.

Los dos amigos entran en la sala de juego.

***

Fondoy saca del fajo de los cincuenta mil francos un billete de quinientos.

—Arriesgaré esto, y cuando lo pierda me voy.

Se acerca a una mesa y juega

—¿Qué tal?

—¡Admirable, chico! — exclama Fondoy radiante—. Con los quinientos francos llevo ganados quince mil.

—Ya te lo decía yo.

Desgraciadamente, al cabo de una hora, en la cartera de los cincuenta mil francos sólo quedan los documentos de identidad.

Fondoy ha perdido hasta el último céntimo y va en busca de su amigo Belón.

—He perdido todo — le dice— y voy a telegrafiar a París pidiendo dinero; pero no puedo estar sin un céntimo. Préstame un billete de mil francos.

—¡Pero si yo me he quedado también sin un franco!

—¿Qué hacer?

—Lleva tu reloj al Monte de Piedad, y ya lo sacarás cuando recibas dinero.

Y el reloj de platino, regalo de la señora de Fondoy, fué a parar al Monte de Deauville.

***

¿Qué hacía entre tanto la señora de Fondoy?

Después de pasear un rato por la sala la desdichada se acerca a la mesa de la ruleta y pone diez francos al 7. Media hora después no le queda ni un franco de los cinco mil que le había entregado su marido.

Una señora generosa que está a su lado le presta quinientos francos, para devolvérselos al día siguiente, o en seguida, si logra desquitarse.

Poco después la señora de Fondoy se encuentra con que la banca se ha llevado también los quinientos francos.

***

Es la hora de la comida.

El señor, la señora y el pequeño León se sientan de muy mal humor a la mesa.

La comida no está dispuesta.

—¿Qué hora es?

El reloj de oro, el reloj de platino y el reloj de diamantes han volado.

¡En casa de la familia Fondoy no hay ningún reloj!

EL PERRO

Aullaba y ladraba el fiel mastín, alarmado por el roce de las ramas y el correr de las liebres entre los matorrales.

Y su amo, fastidiado porque no le dejaba dormir, le tiró una piedra.

El perro calló y refugióse en su casilla.

Poco después vió que saltaban el cerco dos hombres de aspecto siniestro y que se dirigían hacia la casa.

—Si ladro — pensó el perro—, mi amo me tirará otra piedra.

Guardó silencio y los ladrones robaron todo cuanto pudieron llevar.

Al despertar el amo y ver que habían desvalijado su casa, dió grandes gritos y, furioso, propinó una paliza al perro porque no había dado la voz de alarma con sus ladridos.

Y el perro, derrengado, aullando de dolor, pensó:

—¿Cómo entender a los hombres? Anoche me tiraron una piedra porque ladraba y hoy me maltratan porque no ladré.

No puede odiar

Para FRAY MOCHO.

Cerrado al odio tengo
mi corazón. Ninguna
de las penas de ahora
puede mover mi labio a la blasfemia.

No me altera la angustia,
y las ingratitudes
no dejan en mi alma
ni el más pequeño sedimento de odio.

Porque mi corazón ya está curado
de todos los dolores,
y ante una nueva afrenta
queda impasible y calla.

Cuando todo se espera,
¿cómo extrañarnos de que el mal nos toque?
Cuando todo se espera,
está demás el odio.

Como un burgués

Como un burgués, ahora
quiero mirar la vida con los ojos,
y sin las lentes de los sueños, que hacen
desfigurar la realidad terrena.
Quiero mirar, naturalmente, como
miran los ojos de la gente simple,
que nunca pasan de lo externo. Quiero
tener dos ojos claros;
tener dos ojos cortos
en potencialidad, para que nunca
lleguen al corazón de lo que miran.
Pues el profundizar es un pecado
que se paga con largos sufrimientos.
Y cuesta menos y es mejor hacerse
superficial cuando se mira el mundo.
Por eso voy, como un burgués, ahora
a mirar solamente con los ojos.

Salvador MERLINO.

EL ESPIONAJE DURANTE LA GUERRA

La infame aventura que llevó al patíbulo a sir Roger Casement. — La tentativa de provocar una rebelión en Irlanda. — "Avena"

En una mañana de julio de 1916 estuve presente en uno de los procesos más asombrosos y dramáticos de la Historia. Todo, la pintoresca personalidad del acusado, la extraordinaria leyenda tejida en torno suyo, la altura de los jueces y del Consejo, hicieron, que aquel drama jurídico se fijara indeleblemente en la memoria.

Era el proceso el de sir Roger Casement, que había sido cónsul británico y que comparecía acusado de la más vil de las traiciones. De todos los hombres sobre quienes nunca haya pesado este cargo era él, sin duda, el caso más extraordinario y fuerte.

Al estallar la guerra sir Roger Casement estaba en Nueva York. Nadie podía sospechar que aquel hombre a quien se habían concedido altos honores y que era uno de los servidores de su país en quien se había depositado mayor confianza estuviera conspirando contra su patria. Nadie podía imaginar que el hombre que en 1911 había escrito una conmovedora carta de gracias cuando se le hizo caballero pagara a su Rey con la traición.

Cayó como una bomba la **noticia** de que Casement estaba **en comunicación** secreta con el **conde** Bernstorff, embajador alemán en Wáshington. Era increíble.

Pero no tan increíble como el conjunto de los hechos que acabaron por ponerse de manifiesto. Se supo que John Devoy, el agitador irlandés americano, estaba en tratos con la Embajada alemana de Wáshington sobre la base de un ofrecimiento que había hecho para provocar en Irlanda desórdenes que fueran causa de nueva preocupación para Inglaterra y, por consiguiente, de gran servicio a Alemania.

Se aceptó el ofrecimiento con el mayor regocijo y se dió a Devoy carta blanca para manejar fondos del Servicio Secreto alemán.

Entonces fué cuando se hicieron del todo evidentes los siniestros manejos de Casement. Nuestros agentes del Servicio Secreto nos enteraron de que estaba en estrecha relación con Devoy y a punto de salir para Europa con una misión secreta. Se dió a la flota del Atlántico noticia de la salida de Casement e intrucciones para que lo detuvieran.

Un crucero de la Auxiliaría que iba en su persecución encontró al barco en que Casement venía; pero el jefe que lo mandaba no reconoció entre los viajeros aquel en cuya persecución iba, y así se le escapó de entre los dedos.

El 2 de noviembre Casement llegó a Berlín. En seguida estuvo en contacto con Zimmermann y el Ministerio de Negocios Extranjeros. Y allí hizo su proposición, traidora hasta lo indecible, de formar una brigada irlandesa con los prisioneros de guerra irlandeses.

El designio de Casement era que esta brigada armada y equipada por Alemania, desembarcara en Inglaterra y se pusiera al frente de una rebelión.

Aunque los alemanes al principio recibieron fríamente el proyecto, Casement, con su elocuencia, consiguió que lo tomaran en gran consideración, y se redactó y firmó un documento, especie de Tratado, en que se especificaban las obligaciones de ambas partes.

Y con esto Casement se dedicó a su trabajo de formar la brigada.

La retirada de Mons había dejado en manos de los alemanes muchos prisioneros irlandeses. Sin embargo de entre varios millares, no logró Casement enrolar más que cincuenta o sesenta. La gran mayoría lo recibió con la hostilidad y el insulto.

Los pocos a quienes Casement había logrado seducir con sus indignas promesas fueron llevados a un cómodo campamento de Lossen, donde se les vistió con pintorescos uniformes verdes adornados con unas arpas doradas en el cuello. Se tuvo, sin embargo, cuidado de no darles armas.

Todo lo que estaba ocurriendo era desconocido para el gobierno inglés. Cómo vinimos en conocimiento de la traición de Casement y de los caminos por que se proponía llevarla es uno de los más extraordinarios episodios de la guerra.

Por entonces los alemanes andaban haciendo presión sobre Casement para que llevara a cabo por fin su plan de provocar una rebelión en Irlanda. El, por su parte, ponía en duda si era o no tiempo oportuno para el levantamiento, y sugirió que se enviase a Irlanda algún mensajero que averiguara la verdad de la situación. Con este fin escogió en Ruhleben tres prisioneros irlandeses civiles e hizo que los pusieran en libertad.

Eran los que habían de ir como emisarios. El ministerio de Negocios **Extranjeros inglés** supo cuando salieron de Berlín.

Un sábado por la noche en enero de 1916, me avisaron por teléfono desde el Ministerio de Negocios Extranjeros de que aquellos hombres habían desembarcado en Harwich.

—¿Puede hacerse con ellos para que comparezcan en el departamento de Inteligencia, a fin de que se les interrogue? — me preguntaron.

Y a continuación me dieron los nombres de los tres individuos.

—¡Cielos! — exclamé. — A uno de ellos lo conozco yo. Es un viejo amigo mío.

Comuniqué inmediatamente lo que había al almirante Hall, y le dije que el Ministerio de Negocios sentía impaciencia por interviuvar a mi amigo.

—¡Qué Ministerio de Negocios Extranjeros ni qué diablos! — exclamó. — Ahora mismo va usted por él y me lo trae a mí aquí.

Llegado a Harwich descubrí que las autoridades no habían detenido a los hombres, que se habían comportado con la suficiente habilidad para eludir la persecución y seguir cada uno a su destino.

Yo sabía que la mujer de mi amigo, que era alemana, había sido internada en Prestom. Marché allá, por si podía encontrarle a él. Por unos amigos supe que había marchado a Mánchester donde le habían ofrecido una plaza de subdirector en el "Sunday Chronicle".

En Mánchester lo encontré. Se sorprendió mucho de verme. Cuando intenté sonsacarle respecto de las impresiones que pudiera traer de Alemania enmudeció. Yo insistí, y por fin dijo:

—Sé muchas cosas, muchas cosas; pero no he de decírtelas. Yo no debo nada al Gobierno inglés.

—A tú propia calidad de inglés le debes todo lo que pueda ser de valor para tu país — le repliqué.

Movió la cabeza.

—Mi mujer es alemana — dijo, —y Alemania es mi patria espiritual.

Cinco horas estuve discutiendo con él y tratando de persuadirlo. Lo que conseguí es que al cabo me dijera:

—Si el Gobierno está dispuesto a pagármelo, le diré todo lo que sea.

—Está bien — le contesté. — Te garantizo que sí.

Con esta garantía consintió en tomar conmigo el primer tren para Londres. Cuando llegamos al Almirantazgo nos esperaban el almirante Hall, sir Brasil Thompson, el comandante Secarold y el capitán Aubrey Smith.

El almirante Hall dió principio a la conversación con estas palabras:

—Creo que tiene usted cosas importantes que decirnos como consecuencia de su estancia en Alemania.

Las primeras palabras del exprisionero nos llenaron de asombro.

—Supongo que ustedes saben— empezó—que sir Roger Casement está formando una brigada con prisioneros irlandeses para combatir contra Inglaterra en Irlanda.

TE CONOCI UNA TARDE...

Te conocí una tarde de invierno. En el tejado,
la lluvia iba colgando sus flecos de cristal.
Yo crucé por Egido, y al doblar un costado
de la calle, surgiste frente al ancho portal.

¿Quién eras? Lo ignoraba. ¿Quién era yo? Tampoco
lo sabías. Mis ojos te miraron llegar
y una luz misteriosa me bañó poco a poco
—tal el rayo de plata de un reflejo lunar.—

Casi instintivamente nos tendimos las manos
y una ancestral dulzura de recuerdos lejanos
me llenó las pupilas de una absurda visión...

En otra vida acaso, tu ternura fué mía,
por eso en la tristeza de la tarde sombría
te recobré de nuevo trémula de emoción.

II

Transcurrirán los años vertiginosamente,
llevando entre sus alas tu pálida ilusión.
Eres mío y soy tuya, pero nublan mi frente
yo no sé qué presagios de abandono y traición.

No tenemos la culpa si a destiempo nacimos.
Hoy arde mi postrera llama de juventud,
mañana esta hora dulce de placer que vivimos
nos dejará en el alma, prendida su inquietud...

Te conocí una tarde de invierno. Todavía
recuerdo los más leves detalles de aquel día...
Cruzabas por Egido, bajo el ancho portal.

Y al verte sentí el ansia torturadora y loca
de mirarme en tus ojos, de besarte en la boca
y oprimirte en mis brazos amorosa y sensual...

Rosario SANSORES.

—¿Cómo sabe usted eso? — le preguntó el almirante Hall.

—¡Oh! Lo sé todo — fué la respuesta. — He visto un documento firmado por diez mil irlandeses que se comprometen a tomar parte en la rebelión.

En este punto sir Basil Thompsom le interrumpió para preguntarle si conocía algunos de los nombres que figuraban en esa lista.

—Ni uno — dijo el hombre.

—¿Y usted podría decirnos — preguntó el almirante Hall — cómo consiguió Casement que le pusieran a usted en libertad?

Es lo más sencillo — contes- [illegible] buen entendimiento, Casement me necesitaba para traer una carta a uno de los jefes rebeldes de Irlanda, carta que en mi bolsillo traigo.

—Claro que no se le permitirá a usted que la entregue — dijo el almirante.

Pocos debían de ser los detalles si alguno había, que no conociese el ex prisionero de los manejos y andanzas de Casement.

Nos refirió, con gran asombro por nuestra parte, todo lo referente a la organización de la brigada y cómo se había seducido y apartado de la lealtad a los prisioneros con la promesa de libertad y buena comida.

Hasta sabía la fecha en que había de ser el levantamiento en Irlanda. Y también que el propio Casement había de ir en persona a fomentar la rebelión, aunque la fecha en que había de salir de Alemania la ignoraba.

—Ustedes deben capturar a Casement — dijo con gran tranquilidad. — La cosa es fácil. Yo se lo cojo a ustedes a cualquier hora en Rotterdam, donde acostumbra a pasar varios días a la semana.

Y a continuación hizo la propuesta de que se le enviara a Berlín como espía inglés.

—Mándenme ustedes allá, y yo conseguiré interesantísimos informes para ustedes.

—Pero lo fusilarán a usted — dijo el almirante Hall.

—No hay miedo — replicó el irlandés. — Entraré y saldré como quiera.

No se aceptó la propuesta. Así terminó la interviú, y el almirante Hall marchó inmediatamente a dar cuenta de ella al Gobierno.

En tanto, en Alemania marchaban rápidamente los acontecimientos. Cansados de los constantes aplazamientos de Casement, los alemanes se concertaron con John Devoy para enviar veinte mil fusiles y diez cañones a Tralee Bay.

El desembarco había de ser el 20 de abril, y Devoy envió a Irlanda un mensajero especial con instrucciones para recibir y descargar la mercancía.

Se hacía todo esto a espaldas de Casement y sin que él lo supiera. Cuando se enteró estaba en Munich reponiéndose de una ligera enfermedad. Corrió a Berlín con la intención de convencer al Almirantazgo alemán de que aplazara sus planes hasta más tarde.

Allí le dijeron política pero firmemente que el Almirantazgo había decidido poner a su disposición un submarino con que llevar a Irlanda la brigada irlandesa que había de levantar la rebelión.



Drawn by J. C. B. Knight

—¿Tengo tiempo, querida?

—Sí. Ramírez va por la otra cuadra; Pérez abre la puerta del jardín y tu amigo Márquez se está poniendo el saco. Faltan aún cinco minutos para el tren.

Casement adujo una vez más que necesitaba más tiempo para completar sus planes. Y entonces se le contestó rotundamente que si no accedía a poner en seguida por obra el plan alemán se le denunciaría a Devoy como traidor a la causa irlandesa.

La tragedia se avecinaba rápidamente. Hasta entonces la telegrafía sin hilos alemana había guardado silencio respecto de Casement; pero inesperadamente la "40 O. B." recibió un mensaje que revelaba ser inminente la salida de Berlín. Era una señal convenida para el momento en que Casement embarcase, y estaba destinada a dar cuenta de ella a Devoy, residente en América".

La seña convenida era "Avena", para significar que el submarino había emprendido el viaje. Si surgía alguna dificultad imprevista y había aplazamiento, la señal era "Heno".

No había ya sino esperar el mensaje. Llegó una tarde. Los criptógrafos de la "40 O. B." descifraron el mensaje captado en la costa oriental. Consistía simplemente en la palabra "Avena".

Casement había emprendido la aventurada travesía que había de acabar para él en el patíbulo.

Hugo CLELAND HOY.
Director de Inteligencia Naval.

ANECDOTA

El maestro Leoncavallo, había tenido que trasladarse a Inglaterra, para asuntos particulares. La noche antes de embarcarse de regreso a Italia, en manchester, vió que en el teatro local se anunciaba su ópera "Pagliacci".

El maestro quiso asistir de riguroso incógnito a la representación. En la boletería del teatro adquirió un asiento de platea, y como un ciudadano cualquiera tomó asiento en su sitio, dispuesto a gozar el espectáculo.

Caído el telón, un señor que ocupaba la localidad inmediata, entabló conversación con él:

—¡Qué bella partitura! Esto es una verdadera obra maestra!

—¡No crea! — Replicó Leoncavallo, que se había sentido atacado por el deseo de ser su propio crítico, con objeto, también, de divertirse un poco. — ¿De dónde saca usted que esto pueda ser una obra maestra? Mire, señor, yo soy músico y creo conocer algo del asunto. Puedo asegurarle que no vale absolutamente nada, y si no temiera molestarle, le diría que está basada en una serie de imitaciones y plagios. Por ejemplo: la cavatina, es casi en absoluto de Berlioz, el dúo del primer acto de Gounod, y el final, es una copia indigna de Verdi.

Antes de tomar el tren en la estación, a la mañana siguiente, Leoncavallo compró un diario y por poco se desmaya, al leer en títulos gruesos, a tres columnas: "Declaraciones del maestro Leoncavallo sobre su ópera "Pagliacci". Se confiesa plagiario, considerándose un músico desprovisto de toda originalidad".

Las exploraciones de la "Jannette"

En la historia de las exploraciones polares ocupa lugar preferente el viaje que la "Jeannette" llevó a cabo el año de 1881.

Mr. Gordon Bennet, director del *New York Herald*, fué el que preparó y arregló dicho viaje de exploración a los mares polares.

Por largo tiempo no se tuvo noticia del buque. Unos balleneros dijeron que lo habían visto en las embocaduras del Lena. Después se supo que se encontraba hacia Melville hasta que, posteriormente se supo el desastre de la expedición.

El diario de la tripulación empieza el sábado 1.o de octubre de 1881, día en que el desdichado Ericksen cae enfermo, en que la temperatura se hace insoportable y los pocos supervivientes se aprestan a hacer frente al invierno que se les avecina.

El 2 de octubre la situación es más cruel, se reparten los víveres y se realizan algunos trabajos que soporten las inclemencias.

El 3 del mismo mes, Alexis, con el deseo de descubrir un puesto más propicio, se acerca como a un cuarto de milla de la costa; pero los hielos han formado tal barrera que es imposible franquearla.

El día 4 aumenta la gravedad de Ericksen, al que hay que amputar los miembros helados.

El día 6 Ericksen pierde por completo el conocimiento y muere a las ocho y cuarenta y cinco de aquella noche horrible. Se procede a enterrarlo, para lo cual es preciso abrir la tumba en el duro hielo.

El día 8, más tranquilos y con temperatura más benigna, se dedican los supervivientes a la caza y al fin algunos pueden salvarse a bordo del "Fraga", buque mandado en auxilio de la desventurada expedición.

Quiterio Bárbaro Mota

Por Miguel Martos

Quiterio Bárbaro Mota — comenzó diciendo el viejo Laguna dando principio a la historia. — Ya les hi hablao d'él en otra ocasión, pero tantos percances le conozco a ese pobre bruto, que Dios perdone cuando pare las patas, que podía estar una semana contándoles.

Era un hombre de regular estatura, morrudo y musculoso, con unos brazos largos y encorvaos que más bien parecían de mono. La cara, redonda y ancha como una sopaipilla soplada, la nariz no muy grande, pero con la punta medio respingada p'arriba com'olfatiando algo y achatada en el centro como si la hubieran jineteao...

Los ojos los tenía medio tirantes, a lo "coya", pero azules, y la piel de un color trigueño despercudido, pero más blanco u más oscuro, a lunares, así como si no se hubiera revuelto bien la pintura con que lo barnizaron... El bigote lo formaban cuatro o cinco pelos, no me acuerdo bien, así de cualquier modo, sin haberse puesto de acuerdo siquiera pá salir en hilera; parecía bagre lagunero. El cabello también era raro: medio motoso en partes y que le venía bien con el apelativo, y en otros sitios medio remolineao y apellonao como las lanas d'esas ovejas merinas y de un color que nunca supe clasificar: medio rubio, medio negro, medio castaño... Dejuro qu'en su familia había habido una mescolanza de carbonada criolla...

Tenía de uropeo, de africano, de indio y dejuro que hasta de oso y de chimpancé...

—¡Echále tabaco al pito!...— interrumpió un paisano medio viejón que tenía la punta de la nariz muy colorada. — Chá que había sido articulero pá mentir don Laguna... Ni que juera rematador Puros pelos y señales... ¿No le vido si tenía algún grano en la nariz?...

— Ahí te va a salir una flor a vos, metijón — retrucó el viejo algo amoscado. — Se t'está poniendo la nariz como una destiladera de ácido sulfúrico... Si no dejás el vino, el día menos pensao te vas a arrimar a soplar el fuego y vas a salir ardiendo...

—¡Güeno, pues, caray! — atajó el viejo Celedón interrumpiendo. Siga, compadre, y no les haga caso a los tontos... de no no se va a acabar nunca el cuento...

Está bien, compadre, pero cuide usté de que naide meta su cuchara e palo y si no, no cuento nada... Quiterio Bárbaro no era muy pobrón, que digamos. En amor y compaña con un hermano, que dicho sea de paso, era tuavía más bruto qu'él vivían de una estancia que habían heredao del padre, allá por la costa del río Colorao, atrás del valle de Uspallata, un poco más allá de and'el diablo perdió el poncho...

Una vez, pa unas fiestas, hace unos diez años, habíamos bajao pá esta ciudá e Mendoza de todos los sinsabores, unos cuantos brutos e dos patas, con la santa voluntá de divertirnos, pero sin contar que a lo mejor veníamos pá servirles de diversión a otros... La vida es así; a veces uno va por lana y sale trasquilao...

Cuando llegamos a l'estación del Trasandino, porqu'esa vez vinimos en tren como la gente decente, nos desparramamos cada uno pá su lao, citándonos pal día del regreso.

Quiterio y yo nos apartamos a buscar acomodo juntos y nos arreglamos por áhi en una fonda e vascos...

Nos compramos güenos trapitos en una d'esas cuevas de saltiadores con patente de la calle Las Heras... A Quiterio Bárbaro todo le parecía poco pá ponerse güen mozo. Tiró el "hongo" que tráiba puesto y se compró un sombrero, un "funyi" con las alas requintadas a lo italiano y partío a lo "cajetilla" que le asentaba como un trabuco a San Benito; se compró un traje con el saco partío por atrás y doble hilera de botones, cincuenta y tantos, pero le daban una camisa almidonada que le hizo unas cuantas mataduras, cuello y una corbata verde... (a todos los burros les gusta el verde). Hay que ver el trabajo que nos costó ponerl'el cuello y la corbata... Yo d'eso no entiendo mucho, pero pá mí qu'el cuello era chico, porque pá podérselo prender tuve que afianzarlo bien de las dos puntas y cinchar poniéndole una rodilla en el pecho... Por suerte la corbata era larga y le pude echar dos nudos ciegos pá que no se le rajaran los ojales...

Tamién tiró las botas de potro y se compró botines charolaos. Hasta eso nos dió que hacer; no había número que le viniera bien, porque además de tener las patas medio cuadradas, tenía más nudos que un membrillo...

Por fin l'entraron a juerza e tirones unos tamangos creo que del cincuenta y tantos, pero le daban un trabajo pá caminar: tenía que afirmarse en mí porque a la salida nomás los estrenó con traje y todo de un refalón... Frente al Mercao Central jué la primera rastrillada... Pisó una cáscara e melón y se le dió güelta el mundo... Jué como un guascazo el chasquido que dió largo a largo en las baldosas grasientas y llenas d'escamas de pescao...

No se saltó los sesos porque asentó la cabeza en las faldas de un pobre qu'estaba pidiendo limosna sentao contra la paré... El cieguito puso el grito en el cielo y hubo que darle unas monedas pá que se callara. En la cinchada se le cortó la corbata y un ojal del cuello...

Tuvimos que dentrar al mercao y en un rincón, ande no llamábamos la atención, le hice un nudo a la corbata y lo volví a cinchar como Dios me dió a entender...

Al cabo de un rato de andar abriendo la boca por los escaparates de la calle San Martín, Quiterio Bárbaro echó de menos el paquete ande tráiba la ropita de diario, el tirador y las baratijas que había comprao...

—¡Chá, Dios te salve, bruto animal... — le dije. — Te has dejao el envoltorio en el rincón del mercao ande t'estuve acomodando los "yuguillos"...

Nos volvimos apuraos a buscarló; pero, lo qué es andar en la mala...

A Quiterio casi lo corneó un automóvil con las guampas que llevan adelante a modo e miriñaque... el chafiur sofrenó a tiempo, pero mi compañero al hacerle la capiada s'ensartó en una moticicleta que iba echando diablos y lo hizo dar dos o tres güeltas en el aire... Tamién al moticiclista se le dió güelta la torta y salió arando con las narices por los adoquines...

En seguida se arrimolineó la gente y nos rodiaron estrechándonos de tal modo que no nos dejaban ni socorrer a los estropiaos... ¡Chá, no hi visto nunca cosa más sonsa que los montones de gente. Se atracan como las ovejas y son capaces de pasar todos por el ojo de un'áuja. En esos momentos los ladrones hacen de las suyas; yo le alcancé a dar un guantón a uno que me iba metiendo la mano en un bolsillo del pantalón. Los policías que acudieron andaban de aquí p'allá como bola sin manija entre la multitú sin poder hacer nada porqu'el que no les tiraba de la chaquetilla les cinchaba del machete... Por fin después de mucho trabajo logramos sacar a los machucaos y meterlos en una botica. Ninguno se había matao, por suerte; con árnica y unos parches los curaron. La policía quiso llevarlos presos p'aclarar las cosas, pero como ninguno pidió nada la cuestión se arregló allí nomás con unos pesos de propina y no pasó nada.

Me lo tuve que llevar a Quiterio en un coche a la fonda porque no podía dar paso.

Unos días después, ya curao mi compañero, salimos a dar una güelta por el centro después de comer. Pensábamos dir a los fuegos artificiales, pero mientras llegaba la hora nos comenzamos a pasiar por la calle San Martín fastidiando a las muchachas...

Me llamaron l'atención dos prójimas que nos rozaron dos veces al pasar, como quien no quiere la cosa... Iban muy bien vestidas y con más perendengues y espejuelos que mula de carro puntero; trajeadas de puro verde, granate y amarillo, más bien parecía una yunta e papagallos...

Llevaban unos sombreros que parecían páilas boc'abajo, unas polleras cortitas y unos descotes... A Quiterio Bárbaro le comenzó a dar comezón.

Lo vide tragar saliva unas cuantas veces y los ojos se le iban

UN TESORO

Tengo un tesoro escondido
en un arca que poseo,
y lo miro y me recreo
como avaro, conmovido.

No temo a ningún bandido
tentado por la ambición;
sólo Dios sería el ladrón
que encontrara el escondrijo,
porque el tesoro es mi hijo
y el arca mi corazón.

J. CANO MARESCO.

—¡Chá, si no jueran señoras tan decentes, — me dijo — yo les decía un piropo!...

No confundás chicha con limonada — le contesté. — Las señoras decentes no salen a la calle con tantas colgaduras ni usan el descote tan abajo... Echales nomás un pial, que si sos güen pialador no has d'errar la lazada...

—¡Chá, digo — rumió Quiterio Bárbaro acomodándose las puntas del cuello que ya le aujeriaban el gañote, — ni aunque me lleven preso les viá echar una sancadilla...

—Vení, animal, que te acomode un poco los yuguillos, — le dije viendo que ya se le salía el cuello por las orejas y que la corbata se le había corrío pá un lao. Como pude le acomod'el cogotero y l'eché otro nudo a la corbata que ya le quedaba cortita porque tenía más nudos qu' el cordón de San Antonio... Le puse un alfiler en el chaleco porque se la habían saltao tres o cuatro, y le recomendé que caminara con cuidao, porque andaba con los pantalones partíos en la entrepierna.

Cuando las prójimas volvieron a enfrentarse con nosotros les hicimos cerco contra la paré y las atracamos...

—¿Cómo les va? — les dijo Quiterio Bárbaro con la mayor tranquilidá. Ni que las conociera de años... Muchas veces me hi almirao de l'audacia de los tontos, pero nunca como aquella vez... Yo creíba que se iba a descargar con alguna burrada o que, por lo menos se le iba a entrecortar el resuello. Pero, como si tal cosa... Ellas contestaron en la mesma forma y nos alargaron la mano tan frescas. Yo casi me abataté, lo digo con sinceridá...

Diez minutos después nos pasiábamos los cuatro del brazo por la alameda como si juéramos viejos amigos...

—¿Ande quieren ir? — les preguntamos, dispuestos a gastar unos pesos.

—Al biógrafo, — contestaron a un tiempo, — están dando una cinta por entregas y no querimos dejar de verla...

Quiterio Bárbaro no comprendió bien porqu'en su vida había óido nombrar ese traste y me miró intrigao. Le dí un pisotón con disimulo pá que no abriera el pico.

—Como gusten — les dije, — estamos a sus órdenes...

—¡Vamos al Avenida! — dijo la más pizpireta de las dos atracándole a Quiterio un pellizco que lo hizo saltar p'arriba.

—Vamos, — retrucó él haciéndole una caricia que le descuajeringó las moñas del sombrero.

—¡Guaso!... — protestó la cotorra acomodándose las cintas de la "pailla". — parece cachorro nuevo...

—A los burros hay que sobarlos despacio — le indiqué yo, — los que parecen más mansos suelen ser más patiadores...

Quiterio me miró como pidiendomé que me callara, pero ella, gata vieja, le hizo una caricia p' animarlo...

La que se me atracó a mí era más mosca muerta y hablaba poco; pero, como al descuido, me hizo algunas demostraciones de confianza que yo contesté a tiempo... Decía que a ella le gustaban los hombres formales, de ser posible ya maduros... (como yo, más o menos). La canción de toda mujer viva a quien le toca un viejo platudo... Los jóvenes no le gustaban ni en pintura...

Dentramos a una confitería d' esas de copete, por indicación d' ellas pá osequiarlas; después de comerse un montón de masitas, sangüiches, empanadas y vino añejo, como si no hubieran comío en tres días, nos metimos en el biógrafo. Estaba lleno y nos hicieron sentar en las primeras filas de adelante, junto al telón.

Cuando apagaron las luces Quiterio Bárbaro se quiso levantar creyendo que ya se había acabao la función... Primera plancha... Las mujeres comenzaron a tomarl' el pelo.

Comenzaron a dar una vista de unos que se perseguían y lo atropellaban todo... Quiterio a cada trompezón de los artistas soltaba una carcajada que estremecía el techo... Segunda plancha.

Después dieron otra ande un artista le tira a otro una palangana de agua que parecía que iba a cáerle'encima al público. Quiterio pegó una cinchada p'atrás y se puso las manos... Tercera plancha. Ya todos los qu'estaban sentaos en las primeras filas se comenzaron a réir y más miraban pá nosotros que pal telón... La cacatúa pizpireta lo sujetaba y l'explicaba, pero era al cuete; no entendía y estaba a las atajadas cada vez que los comediantes hacían ademán de tirar algo...

En eso dieron una vista del mar... Quiterio soplaba como si s'estuviera zambullendo y cada vez que se acercaba una ola se soliviaba p'arriba como buscando salvación. De vez en cuando se agarraba a mi brazo como quien se priende de una rama de sauce pá no ahugarse...

—¡Pá qué diablos pondrán ese telón áhi! — rezongó en una ocasión, medio amoscao. — No se oye nada...

El pobre créiba que los artistas estaban atrás del telón... Varias veces tuve que sujetarlo porque quería ir a mirar por atrás como los gatos cuando se miran en un espejo...

Después cambió la decoración y áhi, jué el final de la función...

En esos días había temblao varias veces y la gente vivía alarmada. En cuanto se sentía un ruidito pensaban que era temblor.

Apareció en el telón un campo cruzao por el ferrocarril. Los rieles estaban de frente a nosotros. Lo primero que pensé yo jué que iba a pasar un tren y que Quiterio Bárbaro se iba a asustar...

De atrás de un bosque de pinos asomó un tren a toda velocidá... Nunca hi visto máquinas tan grandes; parecía un cerro de acero que rodara cuest'abajo... Quiterio cuando vido asomar el tren se echó a tembiar encogiéndosé como pa dar un salto...

—¡Estate sosegao, animal! — le dije. — ¿No vís que todo ésto es fotografía? Cerrá los ojos si te dá miedo...

No hizo caso; cada vez temblaba más y abría ojos de sapo reventao, prendido de mí como corrocho...

En eso él tren s'echaba encima y parecía que se iba a salir del telón pá meterse en el salón... A cualquier campesino se la doy, siendo que no haiga estao nunca en las vistas.

Pá remate, en el momento en qu'el expreso parecía echars'encima e nosotros, gritó una chica en las filas de adelante...

Quiterio no esperó más...

—¡Socorro!... — gritó con toda la juerza de sus pulmones de burro jarilleró y enderezandosé en el asiento pegó un salto por encima e la gente...

Eso jué como campana de alarma y dió punto final a la función..

La gente creyó qu'era temblor y al grito de ¡tiembla! ¡tiembla! comenzaron a saltar unos por encima de otros pá la salida, atropellándose como las ovejas cuando van a pasar un puente... todas quieren pasar juntas y la mayor parte cái al agua...

Pronto perdí la chaveta yo tamién a juerza e rempujones y hocicqué en los asientos; hubo un momento en que llegué a creer que de verdá el tren pasaba por encima e mí... perdí el conocimiento.

Cuando me desperté a juerza e masajes y agua fría, en la vedera del biógrafo, supe que no había temblao nada y vide acarriar heridos en ambulancias y coches...

Quiterio Bárbaro andaba a los saltos buscándomé por todas partes; él no había recibío más que unos cuantos machucones. Esa raza rara es muy dura pá los golpes y sólo se mueren tres días después de haberlos abierto en canal...

De las pájaras no supimos nada y nos guardamos bien de averiguarlo; ellas eran las únicas qu'estaban en el secreto de la catástrofe...

Al día siguiente, después de haber dormío una noche en salmuera, tomamos el tren con rumbo a la querencia.

Dend'entonces rara vez hi dentrao a biógrafos ni tiatros, y si lo hi hecho ha sío solo y me hi sentao en la última silla, junto a la puerta e calle...

Tampoco bajé más a la ciudá con mi amigo Quiterio, pero no jué por-precaución, porque yo sé qu' en todas partes cuecen habas y no es juerza dir a la sierra ni al campo pa encontrar Quiterios Bárbaros...

¡MAÑANA!

Mañana, es el día de las promesas, el refugio de la pereza, el amparo del que debe, el consuelo del que sufre, el temor de los que son felices.

Mañana, es un día muy lejano, es el más lejano de todos; es el día que viene después del último día.

Mañana, es el día de las promesas y de los propósitos; plazo constantemente abierto a nuestras necesidades, a nuestras debilidades, a nuestras penas y a nuestras alegrías.

Mañana, es un día inagotable; es la salida de todos los apuros; es el día en que se hará todo aquello que el hombre se ha propuesto no hacer.

Mañana, es un día que circula entre los hombres como un pagaré sin fecha.

Mañana, es una especie de perspectiva que sólo se descubre a cierta distancia.

Mañana, es un temor, un deseo y una esperanza.

Mañana, es una ilusión cuya realidad es Hoy.

Mañana, no existe, porque siempre estamos en Hoy.

Por más vueltas que ha dado el tiempo, no ha podido fabricar más que un día de Hoy.

En cambio, los hombres han podido hacer un día de Mañana.

Y, ¡cosa singular! Quien más ha trabajado en la fabricación de ese día fantástico, ha sido la PEREZA.

José SELGAS

Un drama mínimo en la "Villa de las Acacias"

Por María Enriqueta

Carlos — mi compañero en el camino de la vida — y yo, dijimos una tarde, mirando las arboledas lejanas desde el balcón de la casa que habitábamos en la capital hacía diez años:

—¡Si pudiéramos tener un rincón en esos sitios de aire puro y de silencio!...

A esta exclamación siguieron los puntos suspensivos que van tras de todas las ansias. Y dentro de esos puntos — irisadas pompas — comenzamos a revolar, ideando planes, fraguando combinaciones, haciendo cálculos. En esos globillos policromos estuvimos arriba por algunos días, hasta que una mañana aterrizamos al fin, para llevar a la práctica todas nuestras ideas, todos nuestros planes. Y a ello se debió que las cuatro paredes de ésta, a la que pusimos por nombre "Villa de las Acacias", quedasen levantadas poco después ofreciéndonos el hospedaje que pedíamos, bajo cielos abiertos y entre frondas ondeantes.

Y es aquí, frente a una de las ventanas que se asoman hacia esas arboledas, donde trazo quietamente estos renglones. Pero no esperéis, más bien dicho, no temáis que me extienda en la descripción de la casa o del huerto. (Soy enemiga de las descripciones fuera de lugar). Otro es el tema. Y helo aquí:

Desde que esas paredes comenzaron a levantarse, cada vez que me presentaba en la obra para ver sus adelantos, dirigía yo este discurso al guarda que la cuidaba:

—No hay que olvidarlo: una vez terminado todo, cuando ya tenga usted que marcharse, lo primero que habrá de recoger, para llevárselo consigo muy bien atado, es su perrillo... Porque, ya lo sabe usted: yo no tengo afición ninguna por esos animalejos...

—Pierda usted cuidado — respondíame el hombre. — Yo soy quien más interés lleva en no apartarse de este bicho, ya, que tan bien ayuda a guardar las obras durante el día y a velarlas por la noche. Ha de partir conmigo; no se preocupe usted.

Y así fué, en efecto. Llegada la hora, cuando la casa quedó por fin concluída, cuando estuvimos instalados en ella, el hombre, después de colocar en un pequeño carro de mano cuanto era suyo, ató muy bien una soga al cuello de su amigo, y dando las gracias por las monedas y por las palabras con que le obsequiamos, hizo una postrera reverencia y partió con el carro y con el perro, calle abajo.

Pronto desaparecieron tras de una esquina. Lanzamos un suspiro de satisfacción, y quedamos en el jardín contemplando el horizonte, pintado fuertemente con los últimos resplandores de la tarde. Allí nos sorprendió la noche; sentados en un banco, bajo las acacias; y allí vimos salir la luna. ¡Teníamos, por fin, un rincón entre arboledas y rosales!... Murmuré una oración de gracias, dándola al viento para que él la transportase cuanto antes; y después de algunas horas de silenciosa contemplación, después de inundar nuestros ojos con todas las blancuras del cielo, abandonamos el jardín.

Pronto el sueño me llevó al olvido completo de todo. Pero al alba, desperté.

—Preciso es — me dije — salir de nuevo para contemplar desde afuera el despertar del día.

Bajé precipitadamente las escaleras, descorrí el cerrojo, y abrí. Pero no pude dar ni un sólo paso salida, expectante, en actitud humilde, el perrillo del guarda, con un trozo de soga atado al cuelo, movía la cola sin cesar, como si bía instalado para tratar de vencerles.

Quedé anonadada.

El animalejo, sin cambiar de postura, con las orejas bajas de miedo, clavó sus angustiados ojos en mí...

Confieso que vacilé. Pero esto fué brevísimo. Alcé la mano, y con intentase desarmar con ella a sus enemigos — esos intrusos que habíamos venido a la "Villa de las Acacias" con el único objeto de hacer salir de entre sus muros a cuantos prestaban allí sus servicios y su fidelidad...

El perro había logrado entrar saltando la verja que rodea el jardín, y sabiendo que sus verdugos tendrían que salir por la puerta frontera de la casa, en ella se hatoda la dignidad del habitante de una casa nueva, le señalé la calle. Mas el perrillo, como si estuviese ciego, continuó en su sitio, sin dejar de mover la cola.

Entonces, mirando su insistencia, le dirigí palabras agrias que nadie puede oir sin escapar; más el perrillo, como si estuviera sordo, continuó en su misma postura, con los ojos clavados en mis ojos.

Convencida de la firmeza de sus resoluciones, dejé la dialéctica y pasé a los actos. Busqué ansiosamente en derredor algo que viniera en mi ayuda, y como descubrier a no muy lejos una regadera llena de agua, corrí por ella para dar un baño al animalejo; pero él, más listo y ligero que yo, se levantó con rapidez, llegó a la verja, que salvó de un salto, y huyó hacia la calle.

De nuevo quedé tranquila y dueña absoluta del jardín. Gocé aquella hora matutina, entre cantos de pájaros y rumores que venían de lejos; y cuando el sol comenzó a deslumbrarme, entré nuevamente para el desayuno. Concluído éste, me asomé a la ventana, porque yo no me cansaba de contemplar los laureles y los crisantemos del jardín; y cuando ya iba yo a retirarme, un pequeño trozo de serpentina blanca que ondeaba sistemáticamente al pie del rosal más próximo, atrajo mi atención: era la cola del perrillo, de ese perrillo que, lo mismo que yo había resuelto instalarse quieta y cómodamente en la nueva casa.

¿Qué era preciso hacer para librarse de su presencia?

No tuve que esforzar mi cerebro, porque en aquel mismo instante el guarda se presentó.

—Vengo por una pala que olvidé — me dijo.

Y como yo le mostrase al animal, añadió:

—Es que ha cortado la soga... Por lo que veo, les había tomado gran cariño a estos sitios... Como tienen un remedo de campo... Pero en fin: ahora le ataré mejor.

El hombre le colocaba ya una nueva cuerda sobre el cuello; y después de algunas frases que cruzó conmigo, desapareció en compañía del can.

¡Bendito sea Dios! —murmuré. Pero ¡ay! el Cielo deseaba indudablemente probar mi paciencia, porque bien temprano por la tarde, el perrillo se presentó de nuevo en el jardín.

Pensé recurrir al guarda para que volviera en su busca; más no faltó quien me dijese la verdad:

—Ese hombre no necesita ya del perro; si así no fuera, le ataría mejor... Se sabe bien que va a marcharse de la ciudad...

Sentí que mis brazos se aflojaban. ¿Cómo íbamos entonces a libertarnos del intruso?

—Haciéndole salir cada vez que venga — dijeron a un tiempo varias voces. — Y sobre todo — añadieron — no dándole de comer. Ese sistema le ahuyentará bien pronto.

Salí en el acto para arrojarle. Fingí que me inclinaba en busca de una piedra, y fué tal y tan resuelta mi actitud, que el animal, medroso, escapó inmediatamente saltando, como antes, sobre la verja.

Allí, sentada en un banco, permanecí por largo tiempo, y cuando ya comenzó a ensombrecerse todo, entré en la casa.

Inútil me parece decir que a la mañana siguiente, al abrir uno de los balcones, lo primero que mis ojos vieron fue el perrillo invasor. Bajé precipitadamente, y le arrojé de nuevo.

Con frecuencia me asomé después para evitar su entrada; pero al llegar la tarde, lo descubrí escondido tras de la casa, entre unos

HUMORISMOS

Ella le dice que por él se muere,
y es hombre que lo cree. ¿Qué más quiere?

No quiere verla, dice, ni en pintura,
y la amó tan pintada, con locura.

Es una mujer hecha, de tal modo,
que es de aquéllas que están hechas a todo.

En tan poco llegó siempre a tenerme,
que ni siquiera supo aborrecerme.

De quien de todos y por todo ríe,
en su serio valer nadie confíe.

De amor ciego, ¿qué cosa es la ventura?
Un átomo fugaz de la locura.

Amó sin darse cuenta de que amaba,
y amor en todo, por su amor hallaba.

P. SAÑUDO AUTRAN.

La China y sus viceversas

Siempre nos llaman la atención las curiosas costumbres de la China, en donde, a pesar del cosmopolitismo actual, permanecen las cosas con un carácter muy original, y bien opuesto al modo de ser de los países europeos.

Así, en China, los hombres llevan faldas, y las mujeres pantalones, pero no metafóricamente, sino de veras.

Cuando un chino encuentra a un amigo, estrecha la mano... no al amigo, sino a sí mismo. Y cuando toma una taza de té, pone el platillo, no debajo de la taza, sino encima de ella.

Gustan los chinos de los huevos de gallina, pero no frescos, sino que lleven algún tiempo enterrados en la arena. Además, el vino lo prefieren caliente, en vez de beberlo frío.

Los libros empiezan por el fin y se leen de derecha a izquierda.

Pero el caso más famoso de originalidad es el de la antigua venganza contra el propio enemigo: Matarlo es cosa bastante usada, incluso entre los mismos chinos; pero la venganza más bella, más terrible contra su enemigo, es la de arrojar sobre éste la mayor de las vergüenzas: consiste en... matarse a la puerta de la casa del referido adversario.

¡Nada más horrible para éste!

montones de ladrillos que habían quedado allí.

—¡Fuera, señor mío! — le grité. — ¡Fuera, fuera!...

No corría, que volaba el animalillo. Como fuego fátuo desapareció.

Buena cantidad de pan sobraba en la mesa; pero no era para él. Había mucha leche; pero no era para él; había mucha carne, pero no era para él...

Sin embargo, el animalejo, que se iba a las once, tornaba a las doce... Como dice la copla:

entraba y salía
de noche y de día...

No había manera de reducirle; era inquebrantable, de una firmeza nunca vista. Nos tenía desorientados...

Así, de igual suerte, habían corrido dos semanas. Y para colmo, se presentó después una terrible agravante: que apenas el perro me avistaba en el jardín, volaba hacia mí para echarse en el suelo, con la misma actitud del reo condenado a muerte, que aprovechando un descuido de sus vigilantes, va a arrojarse a los pies del rey para pedir el perdón de su vida.

¿Os hacéis cargo? ¿Lo comprendéis?...

Pues bien, esa fué la causa de que una mañana, estando así el perrillo, me inclinara yo sobre él, le cogiera entre mis brazos, le estrechara fuertemente en ellos, y luego, con él apretado sobre mi corazón, subiera yo en triunfo por las escaleras, dándole, con esto, completa posesión de la casa y hasta de sus habitantes... ¿Lo habéis oído bien? ¡Yo, que no quería ver cerca de mí ni la sombra de un perro!... Ya lo oís. Pero sigamos adelante.

Buena cantidad de pan sobraba en la mesa; (era toda para el animalejo); quedaba mucha leche; (era toda para él); carne, arroz, merengues... todo se le asignaba. Flaquillo estaba cuando le recibimos; pero al cabo de algún tiempo, aquel perruco era ya una bola a punto de estallar. Nadie le reconocía; pesaba como cuatro.

Cierta mañana le busqué en el jardín para que entrase a desayunar; más no le encontré por ninguna parte. Subí hasta la bohardilla, bajé hasta la cocina; pero tal parecía que al perrillo se lo había tragado la tierra. Intrigada por su inexplicable desaparición, y llena de zozobra, volví a emprender la búsqueda por todos lados, y como no llegase tampoco a encontrarle, me hundí en la más profunda de las meditaciones... Repentinamente me vino un recuerdo: allá en el fondo del jardín, debajo del pilón del agua, había una hoquedad... Más pronto de lo que lo pensé, estuve allí. Separé con cuidado las ramas del rosal que se extendían sobre la entrada, y me asomé para examinar el antro oscuro.

No me había engañado: en el misterio del fondo, como dos luciérnagas, relucían los ojillos del perro. ¿Por qué se escondía? ¿Qué le pasaba? ¿Se hallaba enfermo?

Le llamé cariñosamente; pero él seguía en su sitio, sin dar un solo paso hacia el fondo, y orientada por la luz de aquellos ojos opalinos que no se cansaban de brillar, extendí una mano. Mas antes de llegar hasta el animalejo, mis dedos tropezaron con otros cuerpecillos extraños que estaban en su rededor...

Muy difícil será que lo comprendáis, porque yo misma no lo comprendía. Tendré que explicarlo con claridad: aquel perruquín adoptivo no era macho: había resultado ser la más graciosa perrita de este mundo; y en aquel mismo momento, ella, esa perrita graciosa, se ocupaba en demostrar, con hechos prácticos, que sabía cuidar como ninguna a sus hijuelos, sin que nada ni nadie lograse apartarla de su lado.

¿Ya lo entendéis?... Pues bien, por eso eran inútiles mis esfuerzos para obligar al animalillo a que saliese de allí. Todo quedaba ya explicado. Convencida, pues, de que yo no podría lograr mi intento de hacerle abandonar su nido—cosa precisa por la humedad que había en aquellos sitios a causa de las filtraciones del pilón — resolví llevar a efecto yo misma la obra completa. ¿Cuál? La de ir tomando de uno en uno aquellos bichejillos nuevos, para ir sacándoles hacia la luz...

Deteneos un momento a meditar. Yo, que no quería ver en mi casa ni la sombra de un perro... ¿cuántos iba yo a extraer de allí?... Me armé de valor, extendí la mano y comencé a sacar perrillos: uno... dos... tres... Muy bien podría yo contar hasta ocho, como lo exigiría la buena marcha de este artículo; pero no quiero faltar a la verdad. Llegué solamente a tres. Y antes de que mi garra cayera sobre el cuello de la madre, ya ésta, de un salto volaba a juntarse con sus hijuelos.

En plena luz al fin, dejé caer sobre todos ellos la mirada... Confieso que nunva vi en mi vida un conjunto más lleno de gracia y primor... Parecían de seda los animalejos. Uno era café, el otro, negro, y el tercero blanco. Parecían figurillas de dulce... Yo no me cansaba de contemplarles.

Y así, todos en montón, la madre *in capite*, me los eché en los brazos, y entré con ellos para depositarlos en lo mejor del *hall*. Allí sobre un cesto redondo y bajo que el jardinero usaba para recoger las hojas muertas, quedaron instalados, haciendo las delicias y el encanto de nosotros, de nuestros amigos, de cuantos entraban y salían de la "Villa de las Acacias".

Pasado un mes, los tres animalillos nuevos abrían por fin los ojos. Aquello fué el delirio. Todos queríamos vernos dentro de sus pupilas claras, como en minúsculos espejos.

Los perrillos iban y venían por todo el halla, trayéndonos la reminiscencia de las mesas de billar... A todo el que pasaba por allí, se le enredaban en los pies. La madre, encantada de asistir a la apoteosis de su descendencia, nos saltaba hasta los hombros, desgarrándonos las ropas con sus dientecillos cariñosos...

Poco después, los animalejos, como ratas, mordían cuanto estaba a su alcance... Fué preciso sacarles del hall.

El jardín se llenó de improviso con los saltos y la alegría de aquellos cuatro perros. ¡Yo, que no quería ni la sombra de uno!... Iban, venían, arrancaban las flores, mordisqueaban los troncos, cavaban hoyos profundos, desenterraban plantas y semillas, transportaban ramas y ramos, y ladraban, ladraban todo el día; ladraban toda la noche...

Su simpatía y su gracia no tenían comparación. Había que perdonarles esto y cuanto hicieran... A mí me tenían hipnotizada.

Todo lo que se nos perdía, se encontraba inmediatamente en el jardín: las tijeras, el martillo, los zapatos, una llave, un pañuelo, un abanico, algún cojín... ¡Ved qué facilidad para hallarlo todo!...

Mi amiga Elena me dijo un día, al entrar:

—Eres una ingrata: estos versos de Fray Luis, que copié para tí con tantísimo interés, andan rodando sobre los camellones...

Le expliqué al instante las causas más como nada quisiera creer, la llevé a la perrera, y allí pudo ver, en medio del mayor asombro suyo y mío, una almohada cuatro libros, dos plumeros, papeles, cebollas, cepillos, horquillas, pan...

Entonces su enojo se resolvió en argentinas risas que llenaron el jardín como con lluvia de cristales... Porque la gracia de los perrillos se contagiaba a todo.

Su utilidad no tenía nombre; habían acabado con los hormigueros, con los gusanillos, con las arañas... Yo me alistaba ya para escribir un diario en el que se anotase rigurosamente aquella cantidad de buenas obras; mas he aquí que lo imprevisto vino a interrumpirlo todo: había que salir de viaje por unos días.

Inútil es decir la pena con que me separé de aquellos animalillos. El capítulo d e las recomendaciones para que se les tratase bien durante nuestra ausencia, fué larguísimo: "que se les diese de comer cuanto quisieran, que no se les maltratara, que se les otorgara completa libertad, que no se les impidiese nada, nada!..."

—¿Y si quieren devorar las gallinas? — se me preguntó con sorna.

A. SILVIA GUERRICO

En su homenaje.

I

Silvia Guerrico. Amiga de la noble amistad.
Estos versos en nombre de "Orientación"; y en nombre
del poeta que, a veces, se olvida de ser hombre
herido en lo más puro de su credulidad.

Por tu nombre y tu honor, Silvia Guerrico,
es mi verso, feliz. Página rica,
que dice en ritmo, de entusiasmo rico,
¡tu llegada hasta aquí nos magnifica!

Bienvenida a nosotros desde aquella
cuna de la gran Juana. Su destello
victorioso y tranquilo, es de la estrella
que nos alumbra para ver lo bello!

Montevideo: lírica diadema
a quien las flores del cariño damos.
Rosa de luz. Universal poema
que más sentimos cuanto más soñamos.

Y tú, vienes de allá. Mujer que sabes
darnos tu corazón, como las nubes
que se dan a la gloria de las aves
mientras cantan y gozan los querubes.

II

Quiero yo que el más noble periodismo
brinde acción a tu pluma. Que tú misma,
seas bandera de amor y de idealismo
en la noche del alma que se abisma.

Quiero yo; mando yo que cien laureles
alcen tu nombre en esplendentes galas;
y conquistes aplausos y joyeles
propios del pensamiento con dos alas.

III

Tú, has venido a luchar. Pues, te auguramos
cercanos triunfos; amplios panoramas
donde están las guirnaldas que soñamos:
¡arcos de rosas para nuestras famas!

De "Orientación' en nombre, pues, te digo
que todos te queremos, noble amiga.
Su Director, del Uruguay amigo,
me autoriza por él, para que diga.

que en Buenos Aires, hallarás hermanos
dispuestos a cantar contigo, hermana;
que si es preciso, te darán sus manos
para aliviarte en la contienda humana.

Y, si una flor faltaba en tu homenaje
para elevar tus francos regocijos,
¡esa la traigo yo: dulce mensaje,
el que me dió la madre de mis hijos!

Ricardo M. LLANES.

—Pues que las devoren — respondí al instante.

Y salí después de estrechar fuertemente a mis consentidos.

Si hubieran sabido leer, les habría yo escrito durante el viaje. Este, por fortuna, sólo duró unos días; y al cabo de ellos, estábamos de vuelta en casa. Llegamos por la tarde.

Desde la esquina dirigí con ansia los ojos hacia la "Villa"; pero ¡ay! ¡Lo que vimos!... Seguramente ese era el día indicado por los animalejos para recibir a sus amigos, porque el jardín estaba literalmente cubierto de perros... Los había amarillos, aplomados, grises, con manchas sin ellas... Aquello era una verdadera invasión. Temimos no encontrar donde poner los pies... Con trabajo dimos allí los primeros pasos. Mis consentidos y su madre saltaban sobre nosotros haciéndonos pedazos los abrigos; el gozo les enloquecía. Pero los criados, que habían salido a nuestro encuentro, arremetían a pedradas con todos los intrusos, logrando bien pronto despejar el campo. Volvimos a respirar, porque ya cuatro perros, comparados con aquella jauría, nos parecieron pocos.

El júbilo de volver a vernos duró a mis consentidos muchas horas. Se les permitió la entrada a las habitaciones; echaron abajo tapicillos, jardineras, "bibelots"; rompieron algunas cosas; mas de todo fueron perdonados, como siempre. Al llegar la noche, se les condujo cariñosamente hasta su perrera (bien cubierta de paja y con todos los refinamientos del confort moderno).

El consancio del viaje me retuvo en mi alcoba hasta bien entrada la mañana del siguiente día; pero las noticias me llegaron allí mismo: todos los perros de la víspera, estaban nuevamente instalados en el jardín...

—Y esto — añadió la doncella —sucede a diario desde que ustedes se marcharon. En balde les arrojamos piedras y les lanzamos chorros de agua con las mangas; apenas nos descuidamos ya les tenemos aquí.

Temblé de horror. ¡Yo, que en días anteriores no podía admitir ni la sombra de un perro!... ¿Cómo íbamos nosotros a libertarnos de esa plaga?

La fatídica voz que nunca falta en las situaciones aflictivas, pronunció de este modo su sentencia inexorable:

—La plaga terminará cuando salgan de esta casa los cuatro perros provocadores de ella.

Quise reir con burla; pero el rumor de aquella voz aún persistía en el cuarto con vibración solemne de verdad...

Incliné la cabeza, y comencé a lloriquear como niña de seis años...

¿Y para qué seguir, si ya bien comprenderéis cómo fué el final de todo?

Primero salió de la casa el perruguillo negro... Por poco se van mis brazos adheridos a él; llevaba la pielecilla empapada por mis lágrimas.

Luego partió el de color café: Bien mojado iba también como su hermano. Me pareció que en sus ojos había un reproche...

—Este reproche — dije para mí — no me va a dejar morir en paz.

Después tocó su turno a la madre. Creí adquirir un grave mal de corazón con esa despedida: tal y tan fuertemente me dolía la entraña.

Después... no; ya no hubo otro "después". Porque yo me erguí valientemente, y abrazándome al último perrillo que restaba, juré no separarme de él.

Y aquí está a mi lado mientras esto escribo. Pero he de contar que a veces, cuando él se cree completamente sólo en el jardín (a donde nunca más ha vuelto perro alguno), le veo desde el balcón, en actitud doliente, examinando las distancias con suprema ansiedad, como si esperase ver de pronto dibujados bien claro en el horizonte, los perfiles de aquellos que formaban su amor y que le fueron ¡ay! arrebatados.

EL PARROQUIANO

Todas las tardes, a las cinco en punto, se sentaba a la segunda mesa, a la derecha de la puerta de entrada, en aquel tranquilo y diminuto café de La Paz.

Una vez sentado pedía al mozo un vermouth, lo bebía lentamente y a las seis se levantaba y salía.

Nunca, fuera de las palabras precisas para pedir el vermouth al camarero, había hablado con nadie. El dueño del café, la dueña y el camarero habían intentado en vano entablar conversación con él. Nunca respondía; fijos en la puerta sus ojos, que examinaban curiosamente a cuantas personas entraba en el café.

—Es un oso — acabó por decir Pepe, el camarero, sin poder ocultar su despecho.

—No. Es un original — añadió sentenciosamente la dueña del café.

—No. Es un imbécil — concluyó el señor Gutiérrez, su marido.

Pero todos estaban de acuerdo en no contrariarle. Por otra parte, no era un parroquiano molesto. En el café, casi siempre vacío, no dejaba de ser un elemento decorativo. No escuchaba las conversaciones de los demás. Y como pagaba a diario su vermouth y daba una propina decente a José, no había motivo para quejarse de aquel asiduo y raro parroquiano. ....

Un día, los señores de Gutiérrez decidieron retirarse del negocio, y traspasaron el café. Se posesionaron del establecimiento los nuevos dueños, y, como es costumbre en tales casos, los señores de Gutiérrez presentaron a los antiguos parroquianos de la casa.

Y al llegar el turno al fiel consumidor del vermouth dijeron:

—Este es nuestro parroquiano más antiguo y asiduo. Desde hace cinco años no ha dejado de venir ni un solo día a tomar su vermouth en esta misma mesa.

—¡Cómo! — exclamó de repente el que había sido bautizado como el "parroquiano más antiguo y asiduo". — ¿Dicen ustedes que hace cinco años que vengo aquí? ¿Están ustedes seguros de lo que dicen?

—¡Claro que sí!

—Entonces es inútil que vuelva por aquí. Yo venía porque me había citado en este café una mujer de cinco a seis de la tarde; pero después de cinco años no es fácil que se acuerde. ¡Menudo plantón me ha dado!

Y salió precipitadamente, sin acordarse de pagar su vermouth.

Gastón VINCENNES.

Deportes en Egipto

Una de las más animadas diversiones de un invierno en Egipto son las carreras que se celebran de noviembre a marzo, desde Alejandría hasta Luxor, y que tienen lugar regularmente en bien cuidados y a veces espléndidos y modernos hipódromos. Los europeos aficionados al "turf" que asisten a las grandes carreras que se celebran en el Cairo, en Ileliópolis y en Luxor quedan agradablemente sorprendidos. Mucho ha tenido que trabajar el "Jockey Club", de Egipto, en estos últimos años para obtener este resultado. Considerable ha sido el esfuerzo realizado para colocar las carreras actuales muy por encima del nivel de las primitivas "gymkhanas" que ofrecían más garantías humorísticas que deportivas.

Hoy día se celebran en Egipto carreras con premios de mil libras, en las que sólo pueden tomar parte caballos de pura sangre — árabes, ingleses, franceses, etc.,— perfectamente entrenados. Estas son las grandes carreras; pero también tienen lugar otras que constituyen el verdadero recreo y en las que además de los caballos, también toman parte camellos y asnos.

Desde el campo, preparado para estas carreras, se disfruta de una bella perspectiva; las tribunas destinadas al público son cómodas y espaciosas, los precios de entrada muy módicos, con objeto de que la población indígena tome parte también en estos festivales. Los árabes, beduinos y negros se apasionan grandemente, sobre todo, por las clásicas carreras de camellos, que se celebran cada día con mayor éxito. Esto proporciona al extranjero ocasión para ponerse en contacto con la plebe y poder estudiar más a fondo su carácter y sus costumbres, cosa que a los antiguos turistas se les hacía sumamente difícil, y en ocasiones era causa de lamentables aventuras. Ahora, aunque el europeo se halle siempre colocado al lado de la aristocracia egipcia y de algunos beduínos de impecable turbante, puede al mismo tiempo observar detenidamente el carácter popular.

Al final de cada carrera, sea de caballos pura sangre, de veloces dromedarios o sencillamente de asnos, se levanta una ensordecedora tempestad con la que los orientales exteriorizan en su rica lengua, y de modo bastante curioso por cierto, sus impresiones.

Las carreras en Egipto tienen mucho color local, y, por lo tanto, un encanto especial. Corren primero los caballos pura sangre, montados correctamente por jockeys; vienen luego los de cruce, que con constantemente arrengados y estimulados con la espuela y con el látigo por sus jinetes, vestidos de manera pintoresca. También entre los camellos existen grandes diferencias; hay un tipo de camello entrenado que hace gala en las carreras de una velocidad verdaderamente pasmosa, y, contrastando con éste, hay una clase de dromedarios, de los que materialmente no puede hacerse carrera y que originan incidentes sumamente cómicos.

De última categoría son las carreras de asnos, que constituyen la mayor diversión del pueblo y en las que los orientales exteriorizan por igual su buen humor o su cólera.

Las notas agudas

El profesor Darlin ha sostenido en una conferencia pronunciada en Londres ante un auditorio compuesto por personas mayores y niños, que los animales perciben mejor que las personas los tonos agudos como por ejemplo, los silbidos. Para los animales, y en especial los perros, los sonidos agudos son agradables. Tienen algo inexplicable en los oídos. Por otra parte es notable también que los niños perciben los tonos agudos en forma más clara que los adultos. El profesor Darlin hizo en su conferencia un silbido que oyeron todos, grandes y pequeños. Luego hizo un silbido más penetrante, que los viejos ya no oyeron. Un tercer silbido ni él siquiera lo percibió, pero sí los niños, y finalmente hizo silbidos tan agudos con vibraciones tan numerosas que nadie los alcanzó a oír.

Epitafio

En el cementerio de Pere-Lachaise de París, está grabado en una tumba el siguiente epitafio:

"Aquí descansan en paz, después de sesenta años de vida matrimonial, Julio Petit y su esposa"

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para limpiar los objetos de yeso y quitarles el color amarillento, se prepara con agua caliente y almidón finamente pulverizado y completamente blanco, una pasta que se aplica en caliente, por medio de un pincel o de una espátula, al objeto que se trate de limpiar. Es preciso que la capa que se dé sea espesa.

Se deja secar lentamente, y una vez terminada la desecación, la pasta o engrudo se cuartea y se cae arrastrando todo lo sucio del yeso.

***

Goma líquida que seca rápidamente. — Disuélvase 450 gramos de dextrina en 700 de agua fría, dejándola ablandarse y reposar, y luego se recoge el líquido gomoso que sobrenada.

También pueden mezclarse partes iguales de goma arábiga y dextrina, pero en mayor cantidad de agua: 1600 gramos.

***

Las manchas de aceite mineral no son fáciles de quitar, porque el producto no es saponificable; pero puede lograrse la limpieza, echando sobre ellas un poco de aceite común, y luego después, tratar las manchas con un disolvente clásico que arrastre el aceite mineral con el otro.

Para ello, puede hacerse una masa de tierra de batán y aplicarla luego de haber echado en cada mancha un poco de aceite común.

***

Pasta para navajas de afeitar:

Sebo	2 pts.
Cera	1 ,,
Piedra hematites	2 ,,
Esmeril	2 ,,

Se funde el sebo en una cazuela, de barro barnizada, se preparan las espumas y se añade la cera cuando todo esté bien líquido; después se hace caer la piedra hematites y el esmeril, reducidos a polvo impalpable.

Al cabo de algunos minutos, durante los cuales se tiene cuidado de agitarlo constantemente, se aromatiza la masa con algunas gotas de esencia de espliego, y después se vierte en moldes o cajas de papel.

Cuando la masa está sólida y todavía blanda, se corta en tabletas, que resultarán de color rojo oscuro, debido a la piedra hematites.

***

Para destruir las moscas. — Ahora que tan molestos insectos emplearse la siguiente composición para acabar con ellos:

Hágase una infusión de casia, y por cada medio litro añádanse 120 gramos de azúcar moreno y 60 gramos de pimienta molida. Se mezcla todo muy bien y se pone en platitos en los sitios que frecuentan las moscas.

Las sillerías de cretona se limpian del modo siguiente: Se pone en el horno un poco de salvado limpio, y cuando está bien caliente se toma un puñado en la palma de la mano y se frota la cretona, haciendo un movimiento circular. Las fricciones se continúan hasta que la cretona quede perfectamente limpia.

***

Limpieza de las pieles blancas. Se acerca el verano, y tocan ya a guardar las pieles; pero antes hay que limpiarlas bien, porque una piel se apolilla tanto más pronto cuanto más sucia está. Si se trata de una piel blanca, se llena de harina un pedazo de franela y se frota con él la piel a contrapelo. Se sacude luego la piel para que caiga la harina, y después se comienza de nuevo la operación, repitiéndola cuantas veces sea preciso, hasta que el pelo aparezca bien limpio. Entonces se frota con una franela limpia, para quitar cualquier resto de harina que pueda haber quedado, y queda terminada la limpieza.

***

Para iluminar fotografías, en vez de emplear colores de anilina o de otra clase, se pueden obtener ciertos tonos por medio de virajes aplicados localmente con un pincel.

Se preparan tres virajes, uno de oro, otro de platino y otro de uranio. Baño de oro: agua, 120 cc.: bórax, 1 gramo. En el momento de usarlo se añaden 2 cc. de una solución de cloruro de oro al 1 por 100.

Baño de platino: agua, 450 cc.: cloruro doble de platino y potasio, 1 gramo: ácido fosfórico, 2 gramos.

Baño de urano: 1 Agua, 120 cc. azoato de urano, 1 gramo. II Agua, 120 cc.; cianuro de potasa, 1 gramo. Se mezclan I y II a partes iguales en el momento de usarlo.

Para aplicar estos virajes en el sitio debido de la prueba se emplea un pincelito suave que no tenga alambre en la montura.

Para un retrato, por ejemplo, se tocará primeramente el fondo con el baño de oro; después el cabello, si es castaño, con el mismo baño en el cual se habrá echado un poco más de oro; si es negro, con baño de platino.

El viraje de urano se emplea para la cara, las manos y todas las carnes.

Para obtener otros tonos con papel de bromuro de plata, se prepara ante todo la solución I: Agua 100 cc.; ácido acético cristalizable, 10 gramos; ferrocianuro de potasio, 1 gramo. A. Para obtener un tono sepia o rojo se hará la solución II: Agua, 100 cc.; ácido acético cristalizable, 10 gramos; acetato de urano, 1 gramo. Se mezclan I y II en diversas proporciones, según el tono que se desee obtener. Sepia obscuro: Se toma de I, 50 cc. y de II, 100 cc. Rojo obscuro: de I, 50 cc. y de II, 70 cc. Rojo fuego: de I, 50 cc. y de II, 55 cc.

B. Para el tono azul se prepara: III Agua, 100 cc.: ácido acético cristalizable, 10 gramos; citrato de hierro amoniacal, 1 gramo. Se conserva al abrigo de la luz. Para virar una prueba en azul se toma de I, 50 cc. y de III, 15 cc. Se vira a luz débil, sin necesidad de recurrir a la luz roja.

C. Para el tono verde se mezclan las soluciones ya hechas: I, II y III por partes iguales. Es siempre preferible operar a la luz de una bujía mejor que a la luz del día.

CAÑA

MANO A MANO

Es a usté mesmo, paisano,
que lo quiero aconsejar;
tengo ganas de versiar
y está liviana la mano
Como viejo, soy baquiano
y la vista no m'engaña;
la vida me dió más maña
que a petiso chacarero:
ansí abra el ojo, aparsero,
vi'a'blarle sobre la caña.

¡La caña! ¡Dioses benditos!
Sólo al nombre, compañero,
se me pon'el tragadero
como p'haser gorgoritos.
La sensia, con sus escritos,
dise de tuita sabensia;
áhura li habla la esperansia
d'este gáucho, duro y viejo.
Siga nomás mi consejo,
y ríase de la sensia.

¿Que tien'el pecho serráo
y tuese com'una oveja,
y se áhuga porque lo aqueja
un machaso refriáo?
Ya está el rimedio encontráo,
viejo, no que quede duda:
medesina macanuda,
—juera de tuita pavada—
es chupar caña quemada,
con un güen "taco" de cruda.

Si hase tiempo enfermo está
sufriendo e'la "pajariya",
pá eso es una maraviya
la caña con arasá.
Tamién caña con gutiá
es güena pá mucha cosa,
y si el dolor me lo acosa
y en el cuerpo se l'ensaña,
misture un frasco de caña
y "esensia maraviyosa".

¿Que su china "campanuda"
está enferma de la "madre"?
No se me asuste, compadre,
y dele caña con ruda.
Verá como pronto suda,
y hasta el cuerpo se le baña;
p'haserle güena compaña,
—es justo que se lo diga —
le acomoda en la barriga
un trapo mojao con caña.

Si la boca siente asquiada
del tabac'o de otra causa,
haga unos buches, con pausa,
de caña con limonada.
Cuando la pans'afetada
de dolores, tenga usté,
no se me arroye, por qué,
no se v'a morir del chucho,
y áhi nomás y sobr'el pucho,
tome caña con ferné.

Si tien'en el pecho un "taco"
de flemaje alborotao,
no se abatate, cuñáo,
métalé caña con guaco.
¿Que s'está poniendo flaco
y el disgano lo acompaña?
Si li ha d'entonar la entraña
si usté aseta mi consejo
y dispasito y parejo
hase gárgaras con caña.

Si un rival sigue su güeya,
y algún miedo lo acompaña,
eche pólvora en la caña
y baga escarsiar la boteya:
que dispués no li hase meya,
ni un hombre ni un batayón;
y es capás, de sopetón,
si la pisada no chinga,
de sambuyirle a Mandinga
hasta la crus el facón.

¿Que su china, en malas tretas
"se alsó como leche hervida",
y al amargarle la vida
"lo hiso arar con las peinetas"?
¡Busqu'en los libros, resetas,
pá ese dolor que lo daña!
¡Que pá disgrasia tamaña,
pá no morir de dolor,
no hayará nada mejor
que prendérsele a la caña!

¡Triste, com'un día de yuvia,
tien'el alma desolada?
¡Meta caña, camarada!
que ansí el dolor no lo engubia.
Que la caña por ser rubia,
tiene mucho de mujer,
y nos agranda un plaser,
y nos achica una pena...
¡Si al haser cosa tan güena
Dios supo lo qu'iba'haser!

Cuando perdemos la calma
por algún dolor projundo,
y crémos que tuito el mundo
se nos echa sobr'el alma
¡cómo se ajunta y s'empalma
tuito el dolor en la entraña!
Pero ese duelo, esa caña
qu'en el corasón se afierra,
se ha de dir a la gran perra
si se le priende a la caña.

¡Si hase bién de munchos modos!
¿V'a declararse a una china?
¡Métale caña, que ansina,
le charl'hasta por los codos!
¡Por eso es, viejo, que todos,
más o menos l'han bebido!
Y áhura, paisano, le pido,
si me topa en su campaña,
le pague un vaso de caña
p'al viejo

SANTOS GARRIDO.
(Guillermo Cuadri)

Notas cinematográficas

Pronto oiremos a Whiteman. — La Universal está preparando una gran cantidad de películas sincronizadas. Ha contratado muchísimos músicos y entre ellos al famoso director de orquesta y compositor, Paul Whiteman, conocido universalmente como "el rey de la jazz".

De modo que el próximo año tendremos el placer de oir la orquesta de Whiteman en las películas sincronizadas de la Universal.

Actividades de un gran director. — Paul Leni ha sido elegido para dirigir la película Universal adaptación de la famosa comedia de Tomás Fallon "El último aviso" (The Last Warning) la cual causó sensación en Broadway hace un año más o menos. Al Cohn está preparando el encuadre.

Leni recibió esta designación del señor Laemmle por su gran trabajo en "El gato y el canario", una notable película de misterio escénico la cual debido a la magistral técnica de Paul Leni fué una de las películas más destacadas en 1927. Desde entonces Leni ha hecho "El loro Chino" adaptación de la novela de Earl Derr Bigger y que es otra producción de misterio.

Mas recientemente ha sido contratado para dirigir su más importante trabajo que está ahora terminando en Universal City la dirección de "El hombre que ríe", de Víctor Hugo, importante película que la Universal presentará en 1928. Leni está en la última semana de trabajo de cámara de esta insuperable obra la cual es por mucho la producción más notable jamás tratada y uno de los esfuerzos más grandes de la Universal.

"Hacia el abismo". — Jimmy Rowan, conocido por el apodo de "El muchacho de Michigan", dueño de un garito, ha ganado una fortuna en Alaska durante el tiempo de la búsqueda de oro. Al iniciarse la acción de la película, Jimmy decide volver a Michigan con el fin de buscar a su antigua amiguita Rosa Morris y casarse con ella. Pero, antes de su partida, Jimmy se entera que al día siguiente vendrá Rosa para casarse con Frank Hayward. Frank era desde su niñez el rival de Jimmy en el amor de Rosa y aunque no ha reconocido a Jimmy le pide que le facilite una fuerte suma de dinero a fin de cubrir un desfalco que ha hecho en la compañía en que trabaja. Jimmy le promete el dinero siempre que no espere a su prometida y se vaya a la mina a donde irá luego él con Rosa. Para evitar la cárcel Frank acepta. Mientras se dirigen Jimmy y Rosa hacia la mina donde trabajaba Frank se desencadena una fuerte tormenta y buscan refugio en una cabaña abandonada y allí Rosa descubre que Jimmy es su antiguo amiguito. Frank viene en busca de su novia y al encontrarlos en la cabaña trata de matar a Jimmy— a quien logra herir, y, maniatado, lo arroja en una de las habitaciones. Un voraz incendio ha estallado en el bosque. Mientras Frank va a preparar el bote para poder huir, Rosa siente quejidos y descubre a Jimmy, a quien desatada. Una feroz lucha se entabla entre los dos hombres cuando Frank vuelve a la cabaña. Logra vencer Jimmy, gracias a quien se salvan Frank y Rosa, y ésta, que ha visto la diferencia que hay entre los dos hombres, decide romper sus relaciones con Frank y casarse con Jimmy, con quien vuelve a Michigan. Tal es el asunto de este film Jewel que acaba de estrenar la Universal, interpretado por Conrad Nagel y Renée Adoree, como protagonistas.

La locomotora relámpago. — "La locomotora relámpago", que Glucksmann está distribuyendo, es un film de vastas proporciones, realizado por el experto Walter Lang, bajo la supervisión del famoso director James Cruze y que tiene por principales intérpretes al inolvidable protagonista de "El barquero del Volga", William Boyd y a la gentil Jobyna Rayston con un núcleo de avezados actores.

Reúne este film los más variados motivos: fuerte melodrama, comedia, romance y escenas sensacionales, a lo que hay que agregar, el atrayente marco en que se desarrolla la acción: las montañas Rocosas y el ambiente ferroviario en la época en que el riel, en su progreso, empezaba a internarse a las más apartadas regiones.

El argumento trata de Jimmy (William Boyd) foguista de una vieja locomotora. Ama a Kate (Jobyna Ralston) hija de la dueña del buffet de la estación. La madre de Kate favorece a Bat Mullins (P. Mc Cullough), ingeniero hombre de malos instintos, pero que gana mucho...

Jimmy, en vista de su capacidad, es ascendido a maquinista y entonces, resuelve casarse con Kate. Llega el cumpleaños de Kate y se da una fiesta, Jimmy que es tímido, escribe una declaración amorosa en un álbum que va a regalar a Kate. Pero circunstancias curiosas, favorecen a unos mal intencionados que corrigen su declaración agregándole una frase ofensiva para Katte.

Esto determina la resolución de Kate a casarse con Bat Mullins. Bat denuncia a Jimmy ante la superintendencia de tráfico de que se emborracha y esto va a hacer que se suspenda su ascenso, pero Jimmy tiene oportunidad de demostrar a la compañía su capacidad, en ocasión en que la máquina de Bat sufre una catástrofe, salvando a la compañía de grandes pérdidas y obteniendo para la misma un importante contrato que aquella desgracia hubiera hecho fracasar.

"Madre e hijo". — El matrimonio Hansen ha quedado sin hijos con la reciente muerte de su primogénito. La esposa tiene la salud tan quebrantada que es inútil esperar la llegada de un nuevo heredero que satisfaga los deseos del senador Hansen. Lena, la robusta criada del matrimonio, y Christian, el cochero, son novios y sufren, continua desesperación por no poder cumplir con su sueño adorado: Casarse y comprar una chacra.

El médico de Hansen le propone a éste que les regale a los novios una chacra y en cambio ellos le darán el primer hijo varón que tengan. Los novios aceptan y se casan, ausentándose para una hermosa chacra que Hansen les ha comprado. Pero cuando después de un año ha llegado el heredero, la joven madre se da cuenta que ha prometido algo imposible de cumplir. El marido no quiere faltar a la palabra dada y entonces la madre, resuelta a retener a su hijo, huye en una frágil balsa a través de peligrosos torrentes. Milagrosamente Christian consigue salvar a los dos. El rico matrimonio, conmovido y arrepentido, devuelve la palabra a los esposos, gracias a lo cual el campesino puede quedarse con su chacra y la madre con su hijo.

Esta es una producción alemana, interpretada por Henny Portey como estrella, que la Universal está distribuyendo.

"La mar y sus peces". — La famosa pareja formada por Jack Mulhall y Dorothy Mc Kaill, a la que se deben tantos films graciosos e interesantes ha reaparecido con "La mar y sus peces", una de sus interpretaciones más divertidas, humanas y felices.

La acción transcurre, en su mayor parte, en el puerto de San Francisco, cuyo pintoresco ambiente se refleja en sus mil distintos e interesantes aspectos.

Es de un argumento simple, pero realzado por una serie de detalles y situaciones cómicas hábilmente realizadas por los protagonistas.

Peggi, ídolo de su padre, capitán de un remolcador, está enamorada de Jack, engrasador de cierto barco de carga, por quien el padre no siente ninguna simpatía.

El capitán decide que su hija se aleje del puerto y que vaya a vivir a una granja, cosa que a la muchacha le desagrada, pero más tarde, como Jack le propone dejar la vida del mar por la más tranquila de una "farm", Peggy le comunica al padre que su mayor felicidad sería ir a vivir a una granja. El cambio de opinión hace sospechar al padre de que en ello anda entreverado Jack, traza su plan para llevar a Peggy abordo y a plena mar.

Al fin, los enamorados triunfan de todos los inconvenientes, contribuyendo a hacer más interesante y movido este film.

ANECDOTA

El célebre Duval, bibliotecario de Francisco I respondía muchas veces a lo que le preguntaban:

—No sé nada de eso.

Un ignorante le dijo un día:

—Pues el soberano os paga para que lo sepáis.

—El soberano me paga por lo que ya sé. Si debiera pagarme por lo que ignoro, no le bastarían todos los tesoros del reino.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. Mayo 1899

Sábados de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

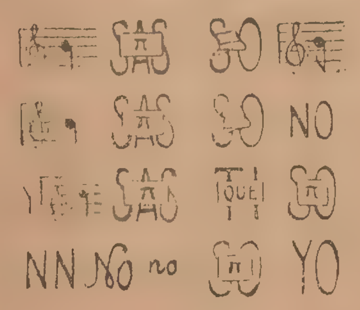
Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 22 — CHARADA

El judío errante *as postrer*
sin descansar por el mundo;
pues se hizo vagabundo
por no dar a Cristo de beber.
A un *dos tres* elegante
lo admira toda la gente
y en la patria del Dante
tercera es río prominente.
Tercia cuarta el hortelano
árboles con su serrucho
y cuando llega el verano
esto los ayuda mucho.
Se encontrará tu *total*
al otro lado del globo,
mas si lo llegas hallar
él mismo ya no es tu *todo*.

N.o 23 — CANTAR JEROGLIFICO



N.o 24 — SALTO DE CABALLO

		(1) CAN	por		
	No	cho	gar	TAR	
ma-	ne	t·m	LLO	mu	a
más	me-	dru-	ma	pra	CRIO
bro	(36) no	ce	pri	pa	ba
ro	ser	mar	quia	has	no:
	em-	te	ra	pues	
		des-	de		

N.o 25 — GEROGLIFICO

SU	DU
SE	DE
SA	DA
SI	DI

N.o 26 — COMPRIMIDO

A 20

N.o 27 — FRASE HECHA

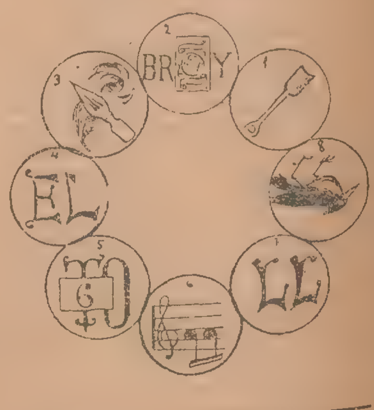


N.o 28 — CHARADA

—*Tercia prima tercia* tras el burro y pon de *segunda tercia prima* la mula pequeña.

—Pues de esa forma me espera buena *todo* en el camino.

N.o 29 — JEROGLIFICO



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 11—Desconfiado.
„ 12—Entre el deber y el amor el deber es lo primero.
„ 13—La que se llama Clara, porque son de Clara y... tienen y... ma...
„ 14—Traspasado.
„ 15—Gato punteado.
„ 16—Halago.
„ 17—Camuesa.
„ 18—Catástrofe.
„ 19—Patas arriba.
„ 20—Diezmar.
„ 21—Miguel de Cervantes Saavedra.

Arqueología clásica

El éxito de una expedición a Chalcidice

En las excavaciones realizadas en el mes de febrero último en Olinto (Chalcidice) bajo el patrocinio de la Universidad de Baltimore, el profesor D. M. Robinson ha conseguido ampliar los conocimientos que poseíamos del período clásico, comprendido en los siglos IV y V, a. de J. C.

Anteriormente se habían hecho descubrimientos de tanta importancia como las ruinas de Minoa, en Creta, y algunas carreteras y casas de las ciudades helénicas, tales como Delos y Priene. Pero hasta el presente la Arqueología no nos había brindado la ocasión para estudiar una típica ciudad griega del período anterior a Alejandro el Grande.

Olinto, la ciudad famosa en la Historia de Grecia desde los tiempos de las guerras persas hasta su destrucción en el año 348, a de J. C., por Felipe de Macedonia, padre de Alejandro, no logró nunca levantarse sobre sus ruinas.

Sus ruinas pertenecen, por lo tanto, al período clásico, con la sola excepción de algunas huellas, bastante considerables, que pueden observarse en la parte sur del Acrópolis, donde probablemente existió una colonia prehistórica.

La ciudad cubría la extensión de este Acrópolis; una colina con media milla de longitud que se eleva a 250 pies sobre la llanura, junto con otras pequeñas colinas adyacentes.

Los límites de la ciudad que se extendían en la llanura que rodea el Acrópolis, no se han determinado todavía, pero su circuito alcanzaba indudablemente algunas millas.

Las excavaciones hechas en las principales áreas de circuito han descubierto una Agora — plaza pública — en la parte más alta del Acrópolis, una fábrica de terracotas situada en una colina hacia el Noroeste y una extensa área residencial hacie el Norte.

La Agora aparece como un gran mercado rectangular, dentro del cual pueden observarse algunas cisternas cementadas para el agua y diversas cavidades para el almacenamiento de cereales y otras materias necesarias para el aprovisionamiento de la ciudad.

Algunos restos de albañilería indican la existencia en un tiempo de un santuario. El hallazgo próximo de un depósito de terracotas, con aspecto de ex votos y otros objetos asociados significativamente con el culto de Cibeles — que según noticias existió en Olinto por aquellos tiempos — ha venido a corroborar estas indicaciones.

En la fábrica de terracota, situada en la próxima colina, se han hecho descubrimientos muy curiosos.

Además de varias estatuillas — concluídas y destinadas a la venta seguramente — se han encontrado también los moldes en los que se vaciaban estas figuras de arcilla. Entre los diversos moldes hallados figura uno para formar la figura de Cibeles, la Diosa de la Tierra.

Cerca de la fábrica pueden observarse las ruinas de una serie de casitas que parecen haber sido tiendas. En algunas de ellas se han encontrado gran número de monedas, que yacen en el mismo sitio en que cayeron probablemente desde que los Macedonios de Felipe invadieron y arrasaron la ciudad.

El aspecto más interesante lo ofrece el espacio residencial. Lo cruza una calle recta, amplia, de unos quince pies de anchura. A los lados pueden apreciarse todavía restos de los canales de desagüe, colocados de Sur a Norte.

De esta calle parten pequeñas avenidas, que separaban las casas de los ricos calcidios residentes en Olinto.

Estas casas poseían un patio central empedrado al que daban las demás habitaciones.

Algunas casas probablemente constaban de dos pisos; en ellas había una gran habitación, la más importante de la casa, al parecer, tenía un piso embaldosado con toscos mosaicos, que alguna vez formaban dibujos; en el piso puede apreciarse una depresión central rectangular. En uno de los ángulos de la habitación había una cavidad para desagüe. Las paredes de estas habitaciones, aunque construídas de ladrillo como las del resto de la casa, estaban recubiertas por una mezcla compacta, de un color marfil o rojo Pompeya. Los techos eran también blancos o amarillos.

Aparte de algunas estatuillas de mármol, terracota y vasos, todo vestigio de cómo estaban amueblados estas habitaciones ha desaparecido.

En uno de los patios que debió pertenecer a la casa de un rico ciudadano, se ha descubierto una estatua de mármol de la diosa Hera, cuya cabeza ha sobrevivido a la acción de los siglos.

PAPEL Y TINTA

"Marido para mi hermanita", por Luis Cané. Editor L. J. Rosso.

Con este sugestivo epigrafe, el poeta Luis Cané acaba de publicar un ameno volumen en prosa, en el que se incluye unas entretenidas e irónicas cartas, llenas de profundo sentimiento y piedad terrena, en las que se destacan originales maneras de apreciar y juzgar la vida, sin acrimonia ni prevenciones bastardas, alcanzando momentos de intensa poesía, por el acento enternecido con que está expresado su pensamiento.

En "Tres finales", se agrupan tres trabajos cortos sobre la inconstancia y fugacidad de los sentimientos.

"El hombre de quien la vida se vengó con rabia", es una novela corta que se lee con interés. También merecen mencionarse "Carlos Méndez, estudiante de medicina", "Muchachos" y "Uno que sabe divertirse".

Por lo que queda dicho, se ve que el libro "Marido para mi hermanita", de Luis Cané, es una atrayente y divertida obra que, no dudamos, será gustada.

"El Pulgarcito", por Florián Oliver. Edición, Isely y Cía.

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación, "El Pulgarcito", de Don Florián Oliver, es un libro de lectura corriente que está llamado a tener un pronto éxito; pues, la forma didáctica escogida y la manera de llevarla a cabo, dicen a las claras que estamos frente a un buen texto de enseñanza para primer grado superior de las escuelas diurnas.

Merece hacerse notar también, que, por los temas tratados, en una prosa clara y sintética; la profusión de grabados que acompañan a los mismos, como por la orientación eminentemente práctica impresa a este libro de lectura, revelan en su autor un profundo conocimiento de la psicología infantil; tan necesaria, para que las teorías pedagógicas sean en realidad un hecho viviente, y no meras palabras.

"El Pulgarcito" es, pues, un texto, que ha de alcanzar una rápida difusión entre educadores y educandos.

"Amanecer", por Guillermo Perkins Hidalgo.

Este volumen de versos, que creemos es el primero que publica su autor, contienen poesías realmente felices. Felices, hemos dicho, y no nos arrepentimos de ello. Pues, quien lea "Amanecer", del señor Perkins Hidalgo, advertirá en seguida, que quien escribió este libro es un poeta; un poeta que sabe expresarse ágilmente, emotivo, y que se singulariza por cierta originalidad en la concepción de su pensamiento. Sin salir se de la forma clásica, este autor consigue hacerse agradable e interesante.

Corresponde decir también, que los motivos escogidos, sino son del todo originales, en cambio, por la manera de encararlos, alcanzan a darles un tinte nuevo, una frescura rozagante, resultando sus estrofas realmente bellas y musicales. Pero, esto no quiere decir, que estemos ante un poeta excepcional, no; no se trata de eso. Queremos dejar establecido, nada más, que el libro "Amanecer", es una obra de positivo mérito, que ha de servir de aliciente a su autor, para proseguir y superarse en trabajos de mayor aliento.

Las composiciones que más se destacan, son las siguientes: "Por el amor de la mujer", "Poesía", "La leyenda del Crespín", "Navidad", "Elogio a la aldea de mi infancia", "El dolor", "Ideal", "Reflexión", "Amor es todo" y "Canción romántica", para sólo citar algunas de ellas.

En suma, el autor de "Amanecer", es un poeta característico, de quien es dable esperar mucho.

"Almanaque Ilustrado Hispano-Americano" para 1929, editado por la Casa Editorial Maucci.

De los laboriosos talleres de la Editorial Maucci, de Barcelona, ha salido el libro precioso que dice mucho del acercamiento espiritual hispanoamericano. Veinte años hace que ve la luz y cabe la manifestación de que cada año transcurrido se ha presentado con mayor relieve, gracias a los trabajos organizadores de su director y fundador el notable escritor don José Brissa.

Posee este libro la atracción de todo Almanaque cuyo sentido rebasa los límites de lo vulgar; tiene unidad y nos ofrece culta literatura de las naciones de América que son hermanas españolas por las más prestigiosas de escritores y poetas de la lengua de Cervantes, y todas ellas merecen el puesto que ocupan por sus selectos trabajos y la amenidad que trasciende en todas las páginas de tan recomendable libro.

Cuanto puede apetecer el lector más exigente, lo encontrará en esta bella obra, que contiene unos 260 grabados escogidos con perspicaz espíritu crítico y con aptitudes periodísticas muy relevantes, ya que se da a la información y al comenario, pinceladas con mucha moderación, para que el conjunto del cuadro gráfico y literario sea grato y sirva de deleite.

Atractivo y educador, el *Almanaque Hispano-Americano* merece el cálido aplauso de los que en las cosas más corrientes saben apreciar las condiciones artísticas de toda buena iniciativa editorial.

EN EL TREN

Hay lugares en los que no se aburre uno nunca, aun en aquella época en que tres o cuatro personas, todo lo más, ocupan sus asientos. Estos lugares son los departamentos del ferrocarril.

Viajar en un departamento casi vacío no deja de tener su encanto aunque a veces no deja de tener también su peligro, sobre todo, si la viajera es una mujer joven y con las piernas bien torneadas.

Siete segundos antes de la salida, Ginette se instaló en un departamento. En él estaría tranquila, pues sólo iba un señor gordo y que al parecer, dormía en un rincón.

Los primeros vaivenes despertaron a aquel señor que había ido una hora antes a la estación para coger buen sitio, y que con el calor y los horrores de una digestión complicada se había quedado dormido. Bostezó, pero en el acto cerró rápidamente la boca para abrir los ojos de una manera que parecían decir: "¡Qué mujercita más guapa!"

Ginette al verlo empezó a perder la tranquilidad.

El señor gordo se acercó a ella y como parecía que sus manos querían hablar al mismo tiempo que su boca, Ginette retrocedió cuanto pudo.

—El hombre gordo continuó avanzando, la tomó por el talle y, acercándola a su grasienta humanidad, la dijo:

—¿No me dejará usted que la dé un beso?

Una sombra pasó por el pasillo del tren y Ginette, viéndola, recobró la energía.

—Le dejaré si lo consiente mi marido.

Y a gritos desesperados:

—¡Pablo, Pablo, ven pronto! Aquí hay un señor que quiere pedirte una cosa.

—Ese timo está muy gastado — dijo el hombre gordo. — Pablo no vendrá a darnos su opinión.

Pero se equivocaba. La puerta del corredor se abrió y el héroe rubio, esbelto, fuerte como un boxeador profesional, como los que se encuentran en todas las novelas inglesas cuando la heroína está en peligro, hizo una entrada teatral.

No se llamaba Pablo, pero lo había oído y comprendido todo, y quería dar su opinión inmediatamente a aquel hombre gordo.

Todavía asustada, la joven se acercó a él, y como el miedo que acababa de pasar fué grande, la reacción la hizo romper en una crisis de lágrimas.

Cuando una esposa llora delante de un testigo su marido debe abrazarla y besarla con ternura al mismo tiempo que con las manos la da palmaditas en la espalda y en las caderas.

Eso fué lo que hizo aquel hombre rubio.

Y hasta parece que llevó las demostraciones un poco más lejos, pues el hombre gordo se creyó en la necesidad de recoger su equipaje y cambiar de coche en la primera estación.

En aquel momento, y sin detenerse siquiera a reparar el desorden de su "toilette", Ginette dió entonces dos bofetadas al señor rubio y tiró del timbre de alarma.

—Puesto que tenía que ocurrir — dijo con calma, — he preferido habérmelas con un ranuja a con una bestia repugnante.

Renée VIRARD.

TEATROS

UNA TEMPORADA INFRUCTUOSA

Después de varios años de exilio de la escena metropolitana, volvió a actuar este año en una sala del centro la eminente actriz Angelina Pagano. La prensa y el público hicieron honor a la artista festejando con sinceridad y evidente adhesión, el retorno de tan celebrada actriz, que es sin disputa una de las más descollantes y simpáticas figuras del teatro nacional.

Debutó con una pieza afortunada, de un buen poeta contemporáneo: "El amor de Scheerezada" de Arturo Capdevila y se apreció desde el primer momento, desde las primeras escenas acaso, que el conjunto que la rodeaba no era como para realizar una temporada de calidad. Era un elenco mediocre y heterogéneo, que no podía satisfacer las exigencias de un público calificado. Pasó el sensacional estreno, — sensacional dentro de los modestos límites impuestos por las circunstancias — y sufrió su primer quebranto el entusiasmo con que el público se disponía a seguir la labor artística de la ilustre actriz.

Y allí mismo, a raíz del primer tropiezo, se empezó a desviar la concurrencia hacia otras salas que ofrecían espectáculos, tal vez peores, pero más interesantes desde distintos puntos de vista. El público es egoista. No presta atención a lo que no le agrada, ni tiene cortesías con quien no logra interesarle. Las razones sentimentales, le tienen sin cuidado. En general, y refiriéndonos siempre al gran público o público grande, no se preocupa de si una pieza es de autor nacional o extranjero y tampoco computa las teorías estéticas ni las vinculaciones afectivas de origen gremial que puedan existir entre los componentes de un conglomerado artístico. No entra a examinar intereses, ni amistades. Va a donde se emociona o se divierte. Y hoy aplaude acaloradamente a un actor en una pieza de éxito y mañana le deja el teatro vacío si una obra no le interesa.

Dos errores fundamentales han hecho infructuosa esta temporada de Angelina Pagano: error de compañía y error de obras.

Porque si el conjunto no podía aspirar a que se le considerase como de primera categoría, las obras representadas después de la del debuto no han hecho nada en favor de la señora Pagano. Obras mediocres como "Más fuerte que los fuertes", obras cursis como "La hermana María" y obras disparatadas como "En nombre de Cristo", no son las que pueden dar lucimiento a una actriz ni afianzar una temporada.

Respetamos y admiramos a la inteligente actriz, pero por lo mismo creemos que es deber de sinceridad hablar claro.

Las exigencias de nuestro público culto, que es muy poco numeroso por cierto, son muchas. Angelina Pagano ha perdido este año una buena oportunidad para conquistarlo. Sus prestigios artísticos nadie los discute. Su buena voluntad tampoco. Pero mientras no subsane los errores en que año tras año ha venido incurriendo, el público seguirá demostrándole su innegable simpatía en cualquier forma menos llenando de espectadores el teatro donde actúe.

"ARRABALERA", EN EL LICEO

Entre la mediocre producción de nuestro teatro por horas, de cuando en cuando, aparece una pieza de valores artísticos y en la que se trata de conseguir algo más que la risa fácil o el aplauso irresponsable de un público que sólo vé en el teatro un modo de matar el tiempo. Desgraciadamente no abundan las excepciones, pero las hay. Puede citarse entre ellas la obra del epígrafe, firmada por Folco Testena.

El prestigioso escritor nos presenta una fiel reproducción de ambiente, que ha escogitado en uno de esos arrabales de nuestra capital donde el vicio y el delito se hermanan en eficaz y segura alianza. Hay dos personajes que concentran el interés de la obra: un desengañado de la vida, que se ha hecho materialista y cínico, logrando en el ocaso de su existencia una holgada situación económica, y, por otra parte, una muchacha criada en el ambiente del hampa y que a pesar de vivir rodeada de varias hermanas pecadoras y un hermano delincuente, conserva su espíritu y su cuerpo incontaminados. El azar pone frente a frente a ese hombre y esa mujer. Ella ha sido llevada a la casa del hombre rico por una vieja celestina, aprovechando desesperados momentos de angustia ocasionados por la miseria de su hogar. Pero cuando él va a tomar posesión de aquella carne comprada con el dinero de sus latrocinios, reacciona la virtud de la muchacha y no solo consigue salvar su pudor y su honestidad sino que despierta un profundo sentimiento de amor en aquel hombre, quien termina por consagrar legalmente su unión con ella.

Con trazos vigorosos están presentados ambos caracteres y muy bien dada la nota de ambiente. Acaso existan en el diálogo ciertas fallas y tal vez, también, sea excesivamente frondoso y especulativo. Esto afecta por momentos la intensidad dramática de algunas situaciones, pero no por ello pierde la pieza su eficacia y sobre todo su dignidad artística.

Pierina Dealessi, aunque en un papel no muy afín con su temperamento, realizó una labor digna de aplauso. Sanda también logró llenar correctamente su cometido y los demás trabajaron con entusiasmo y acierto.

CUENTO VIEJO

Sufriendo traspies sin tregua
andaba en cierta ocasión
por Madrid, viejo y guasón,
un cómico de la legua,

que como andaluz, gracioso,
y como gracioso, aúdaz,
de tragarse era capaz
toda la villa del oso.

Entró a tomarse un café
con aire de soberano,
después pidió un buen habano
y más tarde no sé qué.

Diciendo mil cuchufletas,
y muy ocurrente alguna,
pagó su gasto con una
moneda de dos pesetas.

El mozo no era un rocín
y tras examen prolijo,
viendo que eran falsas, dijo:
—Son más malas que Caín.

Tiene el cómico una idea
y siempre amable y sereno,
contesta muy serio:
—Bueno,
devuélvame lo que sea.

—¿Qué he de devolver, redios?
—Lo que sobra.
—Usted está loco.
—Pero arma mía, oiga un poco,
¿es que son farsas las dos?

José MAR.

"HOY TRANSMITE EL ABUELITO", en el Smart

Las desventuras de varios cómicos fracasados que en sus andanzas van a dar en una estación de broadcasting, donde se suceden diversos incidentes más o menos chispeantes, han servido a Carlos Osorio y Antonio Botta para componer una pieza cómica en la que se han preocupado más que de satirizar determinadas actividades como pudiera sugerir el título de presentar un conjunto de escenas festivas en las que Ruggero tiene oportunidad de lucir sus grandes aptitudes.

No sabemos si en realidad está en el libreto de la pieza todo lo que hacen y dicen los actores, pero lo cierto es que el público celebra lo que ocurre en la escena y ríe de buen grado y a mandíbula batiente.

Aunque la mayor parte de la pieza es sustentada por la labor de Ruggero, cabe consignar que propendieron al éxito dentro de sus respectivos papeles los demás elementos de la compañía.

UN FRACASO

Es lamentable por muchos conceptos la indiferencia del público por los espectáculos que no tienen espectacularidad, sobre todo si se trata de espectáculos de cultura. La gente llena las salas de los cines, especialmente, cuando se anuncia una cinta que ha costado muchos millones.

Interesa lo voluminoso, lo apoteótico, lo que tiene gran aparato y ostentación, sin que pese en el comentario el valor estético, ni el sentido profundo, ni el interés cultural. Basta que todo sea grande, numeroso, caro.

En el teatro se prefiere lo grotesco a lo cómico, lo folletinesco a lo ingenioso, lo trágico a lo dramático, lo fantasmagórico, a lo, sencillamente, humano.

Por esto, ha resultado inútil el esfuerzo de los artistas Alemany Villa y Pablo Acchiardi al tratar de que se llenara de público el teatro San Martín con un sencillo recital de páginas maestras.

OTRA VEZ 'CRISTOBAL COLON'

Con algún retraso en la conmemoración histórica, pero con mucho éxito de público ha vuelto "Cristóbal Colón" al Argentino, el "Cristóbal Colón" de aquella pieza que Parravicini dió muchas noches con fortuna y que se titula "Cristóbal Colón en la Facultade de Medicina". Ha sido un acierto del gran bufo para orear un poco la sala donde actúa.

ESTRENO PROXIMO

El popular Muiño está preparando en el Buenos Aires las próximas novedades, de las cuales es posible que la primera sea la pieza de Pablo Suero "Allá quedaron mis pagos". En el número próximo, si hay caso de ratificar, comentaremos.

REPRISE DEMORADA

En el Nacional debió producirse durante la última semana la reposición de la pieza de Armando García Velloso titulada "Orán al freno". Sin duda, la maniobra del jockey ha sido un tanto exagerada y ello ha motivado el considerable retraso en la llegada a la meta. Deseamos que, no obstante, no importe ello inconveniente para el dueño del producto.

REVISTAS ESPAÑOLAS

En el número próximo nos ocuparemos de la compañía de revistas españolas que bajo la dirección del popular Palmada debe de estar actuando ya en el Avenida.

PICARESCAS

En el Cómico sigue actuando con aceptación la compañía de revistas picarescas, aptas para varones y señoras feministas.

EN EL MARCONI

La compañía dialectal napolitana que bajo la dirección del actor Bove actúa en el Marconi, ha sido bien recibida por el público.

GRAND SPLENDID

El aristocrático cine de la calle Santa Fe ha preparado para la próxima semana un excelente programa de estrenos en el que figuran cintas de todas las mejores marcas. Son verdaderas reuniones sociales las funciones de este coliseo, en el que nada falta para el agrado completo de su numerosa concurrencia.

CINE PARC

La sala predilecta de la buena sociedad de Palermo, tiene en cartera para la semana que hoy comienza gran cantidad de estrenos de las casas productoras de más renombre mundial.

CAPITOL

En extremo interesantes son siempre los programas de esta sala, en los que se tiene muy en cuenta el selecto gusto de su distinguida concurrencia.

GLORIA

Una de las salas más céntricas y favorecidas por el público es el Gloria, que se caracteriza por la novedad de sus programas.

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI



Ultimas creaciones de la moda femenina





1 — Traje de crespón de China color rojo con falda plisada ''sol''. Abrigo de marocain negro con pespuntes de seda cruda y forro de crespón de China rojo.—2—Traje para ''garden-party'' ejecutado con tela llama de flores sombreadas, fondo blanco con dibujos rojos estampados. — El pañuelo, la cintura y los volantes de la falda, orlados con tela de seda lisa roja en los tonos de los dibujos. — 3 — Traje sastre confeccionado en ''charmelaine'' azul marino, abierto por delante sobre crespón de China azul atravesado con tiras azul ultramar. — Cinturón barnizado negro. — 4 — Trajecito para la tarde, de crespón ''sokol'' color verde claro, trabajado con nervaduras y pliegues